

CÉSAR SILVA SANTISTEBAN



Fábulas y antifábulas

Serie Ficciones NARRATIVA

Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2004



César Silva Santisteban

César Silva Santisteban (Trujillo, 1962) realizó estudios de Medicina Humana y Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y Pintura en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Infatigable lector, siempre ha realizado labores que lo mantienen cerca de los libros: bibliotecario, librero y, recientemente, editor.

También ha sido guionista, conferencista y entusiasta promotor cultural. Con sus relatos ha obtenido premios en los concursos de la revista *Caretas* y en las bienales del Premio Copé.

Entre sus publicaciones tenemos *Simples opiniones* (1988), libro de ensayos breves, y su poemario *La soledad de los muertos* (2000).



Serie Ficciones NARRATIVA

Fábulas y antifábulas

CÉSAR SILVA SANTISTEBAN

Fábulas y antifábulas



Pontificia Universidad Católica del Perú - FONDO EDITORIAL 2004

Fábulas y antifábulas

Primera edición: octubre de 2004
500 ejemplares

Responsable de la Serie Ficciones: Estrella Guerra Caminiti
Diseño de cubierta e interiores: Fiorella Chiappe Verme

© César Silva Santisteban, 2004
Derechos exclusivos en Perú

© 2004 de esta edición:
Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú

Plaza Francia 1164
Lima 1 - Perú
Teléfonos: 330-7405, 330-7410, 330-7411
Correo electrónico: <feditor@pucp.edu.pe>

Derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro
por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-668-8
Hecho el Depósito Legal: 150105204-7599

Impreso en Perú - Printed in Peru

A Julia Raquel y César Antonio, por su perenne y contagiosa juventud.

A Lourdes, porque es cierto que el verdadero amor también se aprende.

*A Franco, con la última frase de Montecristo:
Espera y ten confianza.*

*y de pronto la vida
en mi plato de pobre...*

Blanca Varela

*Hay un diablo que me castiga poniéndome en
ridículo. Él me dicta todo lo que escribo.*

Juan José Arreola

*Esto es todo lo que hoy tengo para dar—
Esto, junto a mi corazón—*

Emily Dickinson

I

EL EXILIO

*Amor mío, peso mío,
por ti voy dondequiera que voy.*

San Agustín

Aún no sangraba entre los muslos cuando María Magallesh adoptó a Jesús; ella tenía doce años y él treinta. Ella hilaba en el templo y él decidió, convencido por Juan Bautista, ser el Mesías de su pueblo. Sé que la adopción se hizo en el protocolo de las aguas y que María acompañó a Netzer, el recién bautizado, durante sus tres últimos años de peregrinaje. Así lo vio practicar el desdén a Ishtar y lo escuchó llamar cerdos y víboras a los gentiles. Lo sintió luchar contra el deseo y notó cómo los pelos le salían de su pubis.

A María la conocí una semana antes de que Jesús lograra ser crucificado. Era hermosa, a pesar de tener la nariz pequeña y gurbia. En la crucifixión conseguí tomarle la mano y percibir su tibio sudor de hembra. Durante cinco años estuve a su lado, fui su alivio y le enseñé el griego y el latín. Casi al sexto año, una noche menos oscura que las demás noches, la noté entrar en mi tienda; venía tapada

hasta el cuello con un manto de lino granate, el cual se quitó en silencio. Se arrodilló y besó mis pies, luego mis rodillas, mi piel saciada de cicatrices. Cuando intenté tocarla, ella detuvo mis manos y al cabo, lentamente, temblando, las condujo entre sus dedos.

En la madrugada ya había desaparecido. Cuando después indagué por ella, supe que el griego Pablo llegó muy temprano y la persuadió en pro de la castidad. Una misiva escrita en arameo me hizo saber que María también me amaba.

Gasté más de un año buscándola desesperadamente, a través de poblados desechos y de palmeras que se esfumaban sobre los médanos. Desistía entonces cuando encontré sus huellas, cerca de Srinagar; allí me conduje. Al meterme en el cuarto de barro seco me mareó el incienso; en un rincón iluminado por unas cuantas velas amarillas estaba ella ardiendo en fiebre.

A pesar del fastidio de Pablo estuve con María hasta que expiró. Desde mi arribo, solo una vez ella murmuró mi nombre, cortado en su lengua por la saliva caliente. Por un momento creí que me reconocía, pero afligido me percaté que miraba con la misma extrañeza a todos los rostros y a todas las cosas, aun a las más insignificantes.

Fue horrenda su muerte; la nitidez del día la vio revolcarse sobre su futura tumba y gritar y desgarrarse las vestiduras. Mis gemidos por ella duraron casi setenta años de estupor.

Yo fui el que robó su cadáver intacto del sepulcro. Yo todavía beso sus cenizas.

LA CLAVE DEL ETERNIFRETE

*Dentro de poco
seré un fantasma,
pero ahora
¡cómo muerde mi carne
el viento de otoño!*

Fuse Yajiro

Rolando había asegurado la polea al cable que iba desde la montaña de cauchos hasta la baja loma del aserradero. Luego, tras una seña de Juvencio, él y Olivera soltaron a su propio peso el tronco por encima de las peñas; lo vieron descender con mayor soltura a cada momento hasta que, medio kilómetro más abajo, reventó contra un gigantesco árbol de caoba donde terminaba el otro extremo del cable.

—Va bien —dijo Olivera.

Juvencio negó con la cabeza y escupió antes de hablar.

—Todavía falta más grasa en la maroma —replicó. Enseguida se quitó algo de la boca. Miró su mano, disgustado.

—Mierda —dijo.

—¿Qué?

—Fíjate. Con la boca abierta tragas mosquitos.

Rolando sonrió. Estaba de buen humor. Aguzó los sentidos y sondeó en la redonda: el clima había mejorado desde el amanecer y todo indicaba que no habría lluvias, por lo menos hasta el inicio de la tarde. Se puso a silbar mientras enderezaba otro tronco de caucho, esta vez más liviano. Juvencio se le había acercado para echar un vistazo a la trailla y entre ambos se abocaron a completar el nudo, descuidando el codo de la roldana. Después, con Olivera, soltaron el nuevo tronco. Al cabo de unos segundos vieron cómo este se detenía casi a la mitad del camino sobre el río que a tales horas dejaba entrever, entre cerdas blancas, los pedrones que parecían guijarros desde esa altura.

Juvencio empleó su mano a modo de visera.

—Carajo —dijo—. ¿Y ahora qué?

Rolando, quieto, medía lo sucedido. Tosió para despejarse la garganta.

—Tirar otro tronco más pesado para que lo empuje —repuso.

—¿Cuál?

—Este de acá.

Olivera sacó de la bocamanga un trapo descolorido y enjugó su transpiración.

—Tal vez no sea mala idea —opinó—. Tú dirás, Juvencio.

—Bueno. A ver, pues, ayúdenme.

Jalaron los tres, lo ataron con firmeza y al minuto lo largaron. El aire se cortó con un seseo agudo y en unos instantes vieron el golpe, que se repitió varias veces como si en cada loma, montaña o faldón sucediera lo mismo.

—El eco no me gusta —dijo Olivera.

—Es chistoso.

—Es pendejo. Hace que no se sepa quién es quién, ni adónde está.

—¿Y qué hay con eso? Más bien, preocúpate por lo que pasa. Mira.

Olivera se volvió. Los dos troncos se movían en un lento vaivén agitados por la inercia, escurridos un poco más abajo del lugar donde se había atracado el primero.

—Mierda. Puta suerte.

—¿Y ahora?

—No sé.

Juvenció desembolsó un paquete de cigarrillos, extrajo uno y se lo puso en la boca pero lo dejó sin encender.

—Hay que traer más sogas para ir por la trocha de la ladera —decidió.

—¿Y luego?

—Cruzando el río podemos jalarlos fácil. Solo que desde aquí hay que amarrar un extremo a la polea roja para encajársele a ellos.

—¿Y arrastrarlos desde allá?

Juvencio asintió mientras prendía un fósforo y lo acercaba al cigarrillo.

—Sí —dijo.

—Eso va a demorar.

—¿Y qué otra cosa se hace, a ver?

Los otros se miraron, impacientes.

—Ni modo... ¿Quién va por la soga?

—Yo voy —dijo Rolando.

—Bueno. Entonces, apúrate.

—Y si puedes, tráete un par de bizcochos de la alacena, que tengo hambre.

Rolando respondió sin mucho interés.

—Juntaré lo que encuentre —dijo.

Eligió una garrafa con agua a medio llenar, se caló un gorro de paja y recordó que le esperaban cinco kilómetros de ida y venida por un trayecto escarpado. «Madrugamos por las puras», pensó. «Justo cuando todo estaba yendo bien, se nos friega la chamba». Mantuvo, pese a todo, su buen humor. No menguó el paso ni, más tarde, se entretuvo en el cobertizo con la gente. Ayuntó lo indispensable, hizo un recuento sucinto de las cosas, enfundó algo de provisiones y partió otra vez. Demoró en la hijuela poco menos de lo previsto, y regresó casi aplastado por el peso de cincuenta metros de sogas prietas alzadas entre él y otro de menos estatura. Al llegar la tiró pesadamente debajo del comienzo de la línea del cable, muy cerca de Olivera. Este se fastidió:

—Caracho, ¿estás ciego?

Rolando iba a contestarle pero vio que Juvencio levantaba una punta de la maroma y se les arrimaba:

—No perdamos ya más tiempo, ¿quieren? Recojan el otro lado y afiátenlo. Aquí está la polea.

Olivera cogió la rodaja. Estimó que pesaba más que las otras.

—Hay que encebarla —dijo Rolando.

—Ya lo sé.

Olivera la engrasó sin apuros y después la encajó firmemente al cabo suelto. En cuanto estuvo aparejada, agarró la vigota y se estiró hacia arriba para colocarla en el cable.

—Deja, que yo hago eso —dijo Rolando.

Olivera lo miró. Aún estaba irritado y no sabía por qué. Intentó calmarse.

—Da lo mismo. Toma, pues.

Era, en efecto, más grande y pesada que las que se habían apiñado en el declive.

—No pises la soga —le advirtió Juvencio.

Rolando hizo chacota:

—Si lo hago, no le duele —respondió.

A Olivera le causó gracia la réplica pero no estaba para bromas.

—Ya empuja la vigota y déjate de cosas —le dijo.

Rolando se encogió de hombros y se concentró en encajar todo bien, sabiendo que ésa era la parte que menos le gustaba de aquella faena. Templó el avío, probando que no estaba flojo, y después lo empujó con ímpetu. Vio que largaba sin problemas y escuchó los silbidos que la cuerda empezó a producir al desplegarse.

—Oye, ¡fíjate! —le pareció que gruñó Olivera.

Quiso entonces hacerse para atrás y alejarse del tajo cuando, de improviso, sufrió un jalón enérgico y se sintió bruscamente arrastrado por el vacío, precipitándose en un vértigo sin límites y atormentado por la brutal angustia de no lograr empuñar aquella soga enroscada como una hambrienta pitón alrededor de su pecho.

Eran las nueve de la mañana cuando el viejo la vio aparecer.

—Una noche de retraso —dijo.

Ella intentó sonreír. Desde que dejaron de vivir juntos era la primera vez que él no exageraba su impuntualidad con un dejo de sorna. Era cierto: una noche de retraso.

—Quería verte a solas.

La miró atentamente; estaba reducida por la edad.

Ella se acogió en un sofá de mimbre, recibió la limonada que le trajo la cocinera, agradeció y se apresuró a dejar el

vaso encima de la mesita de cedro para no delatar sus temblores. Era una mañana luminosa y todos los detalles se mostraban perfilados.

El viejo apretó los labios hasta que sintió que se le removían los dientes. Procuró desviar su atención hacia el patio donde un suave viento arqueaba los tallos de hierba buena.

Ella sintió su ánimo. El viejo dijo:

—Tu nieto es bueno. Nada le va a pasar.

—Ojalá —le respondió con tranquilidad.

El viejo percibió una intensa acidez en su cuerpo. Fijó sus ojos en la sala y notó el dominio de los ocres. Después cogió entre las suyas las manos de la mujer y las apretó suavemente.

—¿Cuándo te avisaron?

—Ayer. Guillermo viajó ahí mismo.

Ella soltó sus manos, hurgó en su pequeña cartera y sacó un pañuelo bordado, de color verde nilo. El viejo pensó que nunca había visto un pañuelo así.

—Casi no puedo dormir esperándole.

—¿Ya sabes cómo fue?

—No, todavía.

El viejo buscó entre sus recuerdos al hombre y, en su lugar, vio un niño encogido detrás de un tallo robusto de hojas de eucalipto.

—Quién sabe.

El viejo por fin lo imaginó joven, empecinado en sobrevivir con los últimos restos de miedo y coraje que le quedaban. Luego pensó que no lo volvería a ver.

—En su última carta me decía que llegaba en febrero. Se acordaba de nosotros, nunca dejó de hacerlo.

—Sí. Es cierto —murmuró él.

La montaña desapareció como un manotazo verde a su costado y lo enfrentó al terror del espacio, cayendo cada vez más rápido por el cable inclinado. Y entonces imaginó —¿lo imaginaría realmente?— que escuchaba, muy atrás, muy arriba, ¡Mierda! ¡Se va a matar!, mientras, en apenas unos cuantos segundos, resbalaba por la cuerda unos tres metros desde la trocla, desliziéndose dolorosamente por la fricción.

¡Corran!, escuchaba. ¡No se golpeó, miren, no se golpeó!, le parecía oír, cada vez más atrás, allá arriba. Y por resbalarse es que se salvó del choque con los troncos, pero solo fue un respiro, apenas el soplo de un soplo, pues tras la parada en seco por el encuentro de las poleas siguió de largo, como si fuera una boleadora, hasta completar una circunferencia rasgando el aire caliente.

¡Por aquí!, decían las voces. ¡No, por la ladera nomás! Y casi de inmediato lo prensó una repentina asfixia al ser detenido bruscamente por la soga. Y esta vez las voces le gritaban ¡El cable! ¡Coge el cable!, pero a él solo le preocupaba el sufrimiento de su espalda, el crujir de sus vértebras, y luego que, de tanto mecer su peso exangüe, de tanto súbito tirón hacia abajo, comenzara a moverse con lentitud sin que pudiera evitarlo y que, conforme zurrara con más energía el viento, llegara a comprender que se habían desatracado las poleas y que los troncos, atraídos como las crestas del río hacia un farallón, iban a precederlo con espantosa violencia sobre la loma.

—¡Suéltate!

—¡Rolando, suéltate! —gritaba Olivera, bajando a trancos veloces por la falda de la montaña.

—¡Suéltate, cojudo!

En ese instante, ya casi a la postre, logró imaginar como un soplo los detalles del golpe que venía para triturarlo, para convertirlo quizá en poco menos que una masa informe de sangre, carne mutilada y hedor. Y alcanzó a oír el primer estruendo del choque, y aulló desesperado, y soltó de las manos la sogá para girar en una oquedad irrespirable, sufriendo el voraz trastazo de una congestión de astillas y el pánico de sentir un desgarrón dulce en el cuello. Y rodó igual que un monigote de trapo y aserrín sobre la única plantación de café que había en las lomas y, tiritando de miedo, desorientado, petrificándose ya en la tala fresca, le pareció que, de cualquier modo, aún estaba vivo.

Putá madre, escuchó, y no supo que él había dicho eso. Mierda. ¡Corran, corran!, volvió a escuchar. E, inseguro, extendió un brazo. ¡Se mató!, decían. Y ¡Corre, idiota, corre!, decían.

Palpó algo áspero que no pudo discernir y que, más tarde, reconocería como un ancho pedazo de taño de uno de los troncos que habían soltado. Torpemente volvió su rostro hacia el olor del café y cerró los párpados al crepúsculo que le quemaba.

—Carajo... —balbuceó—. Carajo...

Luego perdió la conciencia.

—Alcánzame ese sobre.

—¿Cuál? —preguntó ella—. ¿Este?

El viejo asintió.

Era un sobre manila, con los bordes casi deshechos por la humedad.

—Es para ti —le dijo.

Ella miró con detenimiento el sobre.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

El viejo le alcanzó un pisapapeles en forma de daga.

—Usa esto.

Ella cortó el doblez pegado y hurgó en el interior. Había tres fotografías en blanco y negro. Tuvo que sentarse, buscar en la cartera los anteojos y mirar con cuidado.

—¿Dónde las encontraste? —dijo, perturbada.

—Me las envió él.

—¿Rolando?

—No. Guillermo.

—Pero, ¿cómo?

El viejo se encogió de hombros y sintió el dolor de sus músculos. La cara era de tristeza.

—Como fuera, ya lo sabía.

Ella sintió el bochorno de la sangre en sus venas.

—Dios —dijo.

Se llevó las manos a los ojos, presionó para evitar que estallen.

—Dios...

Rolando veía pasar, cada cierto tiempo, la luz entre la espesura de los árboles. Le dolía el cuerpo, pero la suavidad con la que era llevado tranquilizaba su ánimo. Ahora podía distinguir el resuello de quienes lo soportaban encima de una tarima de hojas de plátano y leños de caucho. Sin embargo, no comprendía el idioma.

Parpadeó y la oscuridad se instaló ahí, en todos lados, como una gran sábana negra que cubriese el mundo.

—¿Adónde me llevan? —dijo.

Nadie respondió.

Quiso mover el antebrazo y sintió de pronto la ausencia de voluntad en todos sus miembros. Aun así, notaba el sudor y la sangre que le corrían de vez en cuando por la piel. Resignado, empezó a tararear casi sin voz una última cantinela. No supo cuándo se quedó nuevamente dormido.

Despertó pegado a uno de los arcos de una choza pequeña y cuadrangular. La luminosidad era cálida y de un amarillo ocre. Tres lanzones de luz intensa le dejaban ver el baile de numerosos insectos blancos. Respiraba pero no sentía el aire, que estaba en apariencia inmóvil como en una pecera. De pronto, una tosca silueta de mujer apareció en el agujero de la entrada.

—¿Dónde estoy? —dijo.

La mujer no alteró el silencio. Se acercó a él, lo miró sin ningún gesto y luego se fue. A los pocos minutos, con la mujer entraron un hombre de edad indefinible y una muchacha adolescente. Le hablaron. Su lenguaje parecía el chasquido de algunos pájaros de monte.

—No entiendo —explicó.

El hombre articuló algo más y luego la chiquilla se acercó a Rolando. Tenía una hoja en forma de lanceta entre sus dedos. Se la puso cerca de la mano y se apartó de nuevo, lentamente.

—No entiendo —repitió débil—. ¿Qué hago con esto?

Recordó entonces una historia contada por el viejo, muchos años atrás. Acarició la hoja carnosa y dura y comprendió que había sido elegido para iniciar a la niña. La miró entonces sin agregar ya nada. Cansado, volvió a cerrar los ojos.

La anciana observó una de las fotografías y recordó cuando, por primera vez, el viejo tocó su vientre.

—Yo tengo un sapo aquí —le dijo ella entonces. Tenía doce años y él trece. Él retiró la mano, asustado; ella también estaba asustada.

Solo se vieron así, semidesnudos, unos pocos días más en la casa grande. Su delgadez insegura, su sonrisa leve, sin prisa, no pudieron ya desaparecer de la memoria del viejo.

—Tengo miedo. Papá dice que no podré dormirme nunca hasta que el sapo se caiga.

Hablaba en el fondo de un corredor muy estrecho, de adobes apilados bajo una fina capa de yeso sucio. Era una habitación vacía, o poco menos. Apenas se dejaban notar unas soguillas de diversos tamaños con las que ella jugaba, le dijo.

—Hago así, ¿ves?

Y formaba cuerpos y rostros, perfiles que se enfrentaban en nudos de violencia según la historia que ella iba contando con su vocecita nasal.

—¿Y cómo sabe papá que es un sapo? —preguntó.

—Dice que así se mueven los sapos cuando los meten en costales...

Se quedaron un rato esperando. Luego lo vieron.

—¡Se movió, ves, ves!

Él se fijó en sus moretones.

El padre era un hombre de aproximadamente cuarentaidós o cuarentaitrés años, nervioso, con espinillas en el mentón y cabello al rape. Era demasiado blanco, y se enorgullecía de eso.

—Mirando la fotografía en donde aparece, uno imagina de pronto un esqueleto de cera —dijo el viejo.

—Ya basta —dijo ella—. No quiero recordarlo.

En seguida se junto a él, se agachó un poco y empezó a llorar. El viejo sosegó con los dedos esa frente que no había tocado en cinco décadas. Confundido, quiso llamar a alguien, pero entendió que no tenía sentido hacerlo.

Sintió temblar su cuerpo. Miró en el espejo del guardarropa sus ojos vacíos y, luego, agachó la cabeza.

Lo sumergieron en agua tibia. Más tarde, con emplastos de yerbas, cicatrizaron sus heridas. Ya limpio, fue untado en la frente y en el rostro con tinturas viscosas. Él se dejaba hacer, sin oponerse a nada. Fijándose en los cuerpos que de lejos miraba pasar, buscaba con cierta zozobra a la chiquilla y pensó que deberían estar haciéndole algo parecido en alguna otra choza igual a esa.

—¿Dónde está ella? —dijo.

Parecía que no lo escuchaban y él mismo se sobrecogió al no entender lo que sus labios, estaba seguro, habían preguntado. Las más viejas mujeres se apartaron de él, lo contemplaron y, sin nunca avistar sus ojos, salieron de la choza.

Rolando se recostó junto a una vasija grande de barro cocido, repleta de agua turbia, de un olor dulzón y fuerte. En ese momento entraron de nuevo las mujeres que lo habían pintado y lo levantaron. Salieron con él a un amplio círculo de tierra apisonada, en cuya periferia se iniciaba un reino verde de hojas, arbustos, árboles gigantescos que cubrían todo el horizonte. Pensó que hacía poco había amanecido.

—¿Dónde está ella? —volvió a preguntar.

Atravesaron el cordón de hombres curtidos, pequeños, marcados con enérgicas cicatrices en el cráneo. Abrieron

después el ramaje espeso del bosque y, lentamente, se internaron en la penumbra.

No había trocha. Destazando las ramas los hombres fueron haciendo un sendero. A Rolando eso le trajo a la memoria un pasatiempo en la villa de Sausal, en la casa antigua donde nació su padre. Al fondo, detrás de la cocina, en una habitación sin ventanas y casi deshecha, su abuela y él jugaban a las escondidas envolviéndose con ramas de algarrobos y eucaliptos. Ella después le inventaba fábulas y le enseñaba a sumar con manzanas, lúcumas y nueces que luego engullían para aprender la resta.

«Fue una buena época», pensó.

Atravesaron un arroyo y sintió la frescura del agua en sus pies. Se dio cuenta de que iba descalzo. «Mala suerte si piso una jergón dormida», se dijo. Al cabo el grupo se detuvo, esperando algo. Se oía el vuelo de los mosquitos y el canto de los paucars, invisibles en la fronda. Se abrió la maleza y apareció otra mujer descarnada, de pechos secos, indiferentes, que se acercó a Rolando y cogió su mano. Él se dejó llevar.

No muy lejos distinguió un reducido chamizo de techo cónico. La mujer le indicó el agujero de acceso, sonriendo, hablando avispada, empujándolo. Rolando fue hacia allá. Notó que junto a la entrada, en el suelo, había yucas sobre retazos de palmera. Poco a poco, fatigado y sin apuro, entró. La muchacha estaba desnuda, esperándolo en cuclillas, apoyada en un lado del tabique de paja y costras de madero.

Quieto y pálido, el viejo se empecinó en mirar la hierba buena. En el patio también se dejaban ver jazmines y or-

quídeas, pero no les hizo caso. Realizó un esfuerzo al levantarse. «Maldita mecedora», pensó.

—Voy al baño —dijo.

Fueron once pasos, los tenía contados. Cerró detrás de sí la puerta y, como siempre, se fijó en las losetas porosas, que en algunos sitios se advertían quebradas.

—Estamos jodidos —susurró.

Le dolió orinar.

Afuera, ella observó de nuevo las fotografías. Miró detenidamente el rostro del hombre macilento; después, miró su propia imagen en la mampara reluciente que separaba el patio del resto de la casa. «No me parezco a él», se dijo. «Mi Guillermo sí, y tal vez Rolando, aunque de lejos.»

El viejo se acercó despacio, casi arrastrando el paso.

—No me parezco a él —declaró ella, indicando el retrato.

—No —confirmó él. Y antes de sentarse, añadió: —Ni tú ni yo nos parecemos.

Distante, un perro comenzó a ladrar; otros lo imitaron en seguida. La mañana prosiguió limpia, en su cenit.

—¿Puedo esperar aquí, contigo? —pidió ella.

—Puedes, sí. Claro que puedes.

A pesar del día soleado, el viento enfriaba un poco.

—¿Todavía es otoño? —interrogó él, demorándose en pronunciar cada sílaba.

Ella lo contempló sin adivinar el significado de sus palabras, pero no dejó de acariciarlo con una de sus rodillas. Estaba retozando. Él logró ver, otra vez, un racimo de nubes insectos bailando por encima de todo su cuerpo.

Rolando supuso que debían estar buscándolo. La muchacha tocó sus labios con una uña, se rió. Él la mordió con suavidad y reparó en que era delicada. «¿Qué edad ten-

drá?», pensó. Arrimó sus dedos a la frente de ella, le dividió su cerquillo, apreció que sus ojos eran oblicuos.

—No tienes ninguna arruga —dijo—. Qué lástima, porque a mí me gustan las arrugas. Pero así estás bien.

Ella se encogió de hombros, jaló una envoltura de cáñamo, la abrió y sacó un amasijo que quiso darle a comer. Él se negó.

—No tengo hambre.

Otra vez dedujo que estarían rastreándolo y se sintió culpable. La vio masticar y le provocó abrazarla.

—¿Llegarán mañana?

—No sé —respondió el viejo—. Ir y volver de la montaña no es fácil. Y menos ahora.

Verla así, tan indefensa, le entristeció todavía más. Se preguntó cuánto sobreviviría ella a la pesadumbre.

En la cocina, la empleada sintonizó una radio y dejó zumbando una música chicha. La cadencia le trajo al viejo un huayno añejo, el mismo que tocaban unos borrachos aquella madrugada en que escapó para siempre de la casa grande. Su hermana no pudo ir con él; se quedó ahí, en Cajabamba, y durante más de tres años no salió a la calle. Para entonces, el hijo de ella era un crío que ya intuía diversas cosas; sin embargo, la palabra padre le sería ajena, sin dimensión, vacía de contenido. Después, mucho después, la llenaría con odio. Y esa era la única herencia que, a su debido tiempo, ella pudo entregarle.

—Rolando... Me llamo Rolando —comentó—. ¿Puedes decirlo?

La chiquilla habló por unos segundos pero no articuló su nombre. Había dejado de sonreír y se adivinaba algo de malestar en sus gestos. Pronto se enderezó, se cubrió las

caderas con un retal de yute, o de algo muy parecido al yute, y salió del lugar. Él se distrajo examinando hacia arriba, echado como estaba, el orificio del cielo raso.

—Hay ventisca —dijo el viejo.

—Sí —dijo ella—. Tal vez llueva en la noche.

—Tal vez.

«De noche no hay distancias —pensó él—. Todo parece solo oscuridad, tiniebla.» Pero en esos minutos interminables, no. La luz crecía en aquel orificio y Rolando se acordó de otro amanecer, cuando su padre le confesó que no lo había querido jamás, y se acordó de cómo había aguantado las ganas de llorar, de pegarle, de mandarlo a la mierda. Pero la tranquilidad con que se lo dijo lo paralizó. «No es tu culpa —le había asegurado, encendiendo un cigarrillo—. Es cosa mía.» Y ahí se quedó, quieto, sintiéndose un completo extraño en una habitación definitivamente ajena, delante de ese hombre sin afeitar a quien, a pesar suyo, quería.

Al día siguiente Rolando se escabulló por la ventana, cogió el primer camión que pasó por la carretera y un domingo, tras semana y media de marcha, se presentó en el aserradero de Juvencio. Nadie indagó más de la cuenta por los motivos que lo habían empujado hacia allá, a ese infierno verde, y no tardó demasiado en ganarse la confianza de todos, incluyendo la del menos confiado, el yerno de Juvencio, Olivera, que tenía su misma edad.

El viejo reparó en que ella se frotaba las manos, cuyas articulaciones se notaban deformadas por el reuma. «Antes, eran hermosas», juzgó.

—¿Deseas ponerte al sol? —le dijo.

—No, gracias.

«¿Ese es el sol?», se preguntó Rolando, apretando los párpados frente a un destello frío y solitario que le obligó a ensimismarse, a volver los ojos hacia su interior, a descansar de su materia lastimada minutos atrás, sintiendo que era un fuelle agotado, hundiéndose por fin bajo la superficie perturbada de un torrente de aguas resinosas y glaciales, buscando el lecho de ese río intangible como un jornalero exhausto busca una litera para tenderse y reposar.

También el viejo quiso ver ese fulgor perenne en la lejanía. «Una estrella entre innumerables estrellas —pensó—; fuego y polvo, nada más».

—¿Qué piensas? —preguntó ella.

—En nada... Quizá un poco en nosotros —dijo.

Olivera entonces se agachó llorando y le limpió la cara ensangrentada.

—Oh, no, ¡por Dios!... ¡Fíjate cómo ha quedado!

—Ya no respira —balbuceó Juvencio. Y eso fue lo último que Rolando alcanzó a escuchar.

ZARABANDA CON MANUSCRITO

*Nunca, nunca sabréis
cómo me ilumina
la sombra que se pone a
mi lado...*

Ungaretti

Husmeando entre los manuscritos del siglo XVII en pos de relatos marítimos en Sudamérica, mis buenos amigos Raquel y Antonio Caro, filólogos e historiadores, desempolvaron casualmente en los archivos del segundo piso de la Biblioteca Nacional un texto bastante raro de la segunda mitad del XVI. Su traslación paleográfica les dejó, hasta ahora, una incómoda curiosidad por la identidad del autor, pues el relato en primera persona refiere varios nombres famosos con la confianza que solo proviene de la camaradería.

La versión que ellos ofrecieron fue justa y apareció en el número veintitrés de los anales del *Archivo de Tierras Coloniales*, en 1995, bajo el curioso título de «Anécdota india» (pp. 70-81). Entre nuestros académicos, la recepción del trabajo fue más bien indiferente, quizá porque parecía una broma, una fábula irresponsable, caprichosa y

erudita. Pero creo que esto no solo se debió al breve conjunto de hechos ahí referidos: también se desconfió de su origen debido a la pésima condición del original.

Ahora, inesperadamente, en la compilación de crónicas sudamericanas publicadas por Les Editions Polyglotes (*Pour une sociologie de l'absence. La naissance de la civilisation américaine*, París, 2002), aparece una reedición imperceptiblemente modificada de la historia, pues se ha extinguido la significación de varios párrafos (he procurado indagar el motivo: nadie lo sabe). Retraduzcamos, pues, apenas medio folio de la versión del libro francés (p. 112):

He olvidado la fecha exacta, pero fue en mil quinientos tantos, en el Cusco. Teodoro Ullca, el organista del templo, enamorado de una tullida que le alcanzaba el agua, comenzó a improvisar imparable en plena misa. Pedro Sarmiento y yo le escuchamos. El cura, enardecido por no poder llevar a cabo el sacramento, mandó a los monaguillos para que le prendieran. Estos, al llegar al lado de Ullca y antes de cogerlo, aún pudieron oír lo último que recitaba como loco: *Su cabellera es como una almohada, decía; sobre ella duerme y duerme la niña.*

A Ullca le azotaron las manos hasta el cansancio. En el tiempo en que no pudo más cantar ni pulsar el órgano en la Iglesia, pidió que lo casaran con la tullida. El cura, pensando que así doblaría el castigo, los casó por rencor.

Yo, Diego de Gonzales, músico pobre pero por gracia divina inventor de un laúd extraordinario, doy fe de lo hasta aquí dicho sobre este indio cautivo de amor.

Contrastemos de inmediato con el manuscrito (p. 75):

1577 (*folio 9, verso*).

He olvidado el tiempo destes suçessos en el Qosqo donde uiuia Teodoro Ullqa vrganista del trono y sonido enamorado de vna coxa que poniale el agua y que comenzo, en so delas cabeças a bolar en plena misa, y vnos tales Pedro Sarmiento y Diego de Gonçalez le oyeron y uieron y el cura saco voces cortando como arcabus al aire y mandolos que le prendieran a Ullqa, y al estos tirar donde Ullca se atreuieron solo a aurir la boca como lagartixas quando uen al yndio que estaua rrezando con temoredad y como los angeles *Chukchan almuadaykusk'a kay niña puñuchkan!* *A yawya waqaylli! Unuksaykita yakuksaykita kachallamuway!* Y a Ullqa le fustigaron las manos brabicimos con fereza y miedo y en el grande tiempo en que aci no pudo cantar *kiries* pidio que lo casaran con la coxa y el cura penssando que este dicho Ullqa no recibiria beneficio cino castigo los caso.

Yo Diego de Gonçalez y musico de poca rrequiesa y por derecho de dios hazedor de vn laud en forma de romuo para su onrra, doy fe deste dicho yndio aci como dixo y de su hichesera.

¿A qué se deben estas curiosas alteraciones? En un principio, realmente son inexplicables. Tal vez los traductores franceses consideraron, consciente o inconscientemente, mudar los enrevesados textos de siglos pasados en lecturas urbanas y convencionales. Tal vez leyeron una pésima trans-

cripción o procuraron embellecer con sensatez un discurso casi onírico. Tal vez, simplemente, ocurrió lo de siempre en una lectura (cualquier lectura), que siendo como es, de por sí, una traducción, los investigadores adecuaron de forma automática todos los mensajes a sus exclusivas características psicológicas. Sea como fuere, en Les Editions Polyglotes optaron por limar lo imposible y transcribir lo probable.

Esto tiene que ver no solo con lo ya denunciado muchas veces acerca de las traducciones parametradas; también, y singularmente, con un curioso presupuesto de algunos estudiosos que leen crónicas de la Conquista y de la Colonia: «La realidad para los indios, aunque multiforme, es fantástica; por lo tanto, toda descripción de dicha realidad será —deberá ser— realista» (Augusto Marsi: *Introducción a la lectura de Guamán Poma*, México D.F., FCE, 1995, p. 66. Algo parecido escriben Louise Naquet y Philippe Lefort en el prefacio de *Pour une sociologie...*). Con lo cual se subraya el nivel de dificultad que exige la adecuación de un texto renacentista latinoamericano.

Además (esto lo noté una noche, junto a Raquel y Antonio), la actitud de los especialistas, casi en secreto y entre líneas, nos informa de una sospecha dolorosa con respecto a los pobres ribazos de nuestra existencia. Nosotros, aunque parezca un *tour de force*, también somos «textos», construcciones no solo de nuestros sentidos sino, al mismo tiempo, del lenguaje; somos representaciones y, por consiguiente, *los otros* (por ejemplo, *usted*, lector peruano, no menos que el lector extranjero) nos entienden de acuerdo a como nos narran desde el temperamento, la sintaxis y la tradición cultural a la cual pertenecen. Más aun: de nosotros, de cualquier mujer u hombre tras una breve ausencia o tras la

muerte, quedan apenas historias, fábulas, relatos que únicamente son tocados por un sinnúmero de indecisas lecturas, de complicadas o elementales interpretaciones.

Lo precedente no constituye un dislate, ni mucho menos. En clave, singularmente, todo argumento alude a ello y nos da un indicio de cierta riqueza dentro de nuestra brutal insignificancia. Bien mirado, un individuo jamás será el mismo dos veces, al igual que la verdad o los demás individuos del orbe, y aquí radica la primordial semejanza entre nosotros: ejercemos una distintiva mudabilidad —es decir: somos connaturalmente *mudables*—. En tal caso, la máxima latina *unum ego et multi in me* («yo soy yo y todos los demás») no es una frase poética; es, más bien, el rastro de una cualidad humana intransferible.

Veamos, pues, desde esta curiosa perspectiva, el caso relatado por la «Anécdota indiana». La pregunta que se me antoja es: ¿por qué extraño motivo el narrador de la historia, un español de fines de la primera centuria de la conquista, no fue capaz de admirar más que el hecho, el suceso, y no quiso fijarse detenidamente en la humanidad del indio (en tanto que, en el texto, el indio es menos un personaje que una excusa, menos un actor que un agente catalizador de la trama)? ¿Por qué no prolongó su admiración hasta asumir que ese *otro* era, en realidad, *un semejante*? (confróntese el folio 10, recto y verso, y siguientes, donde la indiferencia es todavía más robusta).

Se me ocurren varias respuestas, todas complementarias. La primera toma en cuenta la visión medieval del mundo. Para el europeo del siglo XVI, el indio era una criatura anecdótica en la medida que representaba lo salvaje, lo exótico, lo *no-civilizado* (la *civitas* fue el eje que dirimió las

fronteras con los «bárbaros») y, por lo tanto, digno de mención pero no de fraternidad o derecho. La segunda respuesta se desprende de los estudios de etología contemporánea: en determinadas condiciones, las personas asumen a los individuos de otros grupos sociales como miembros de distinta especie zoológica, de ahí que a la mayoría de los conquistadores no se les fue jamás el sueño por los pegotes de sangre que sus matanzas dejaron en nuestro continente. La tercera registra que la noción de individuo se arraigó por fin con la Revolución Francesa, no antes. Incluso hasta más allá del Renacimiento el centro del mundo era Dios, y cada rey, su sombra; el resto de gente no ligada al poder divino o político era una masa cuyos miembros no valían en sí mismos, uno por uno, sino únicamente por su pertenencia a lo colectivo. Es cierto que, gracias a la tradición heroica, los guerreros lograban destacar su nombre, pero no es menos cierto que, con los sacerdotes y la aristocracia, formaban parte de ese grupo de privilegio que mediante la espada, los matrimonios y el veneno se entronizaba sobre los hombros de la gigantesca mayoría de una nación.

Por todo ello, deducimos el porqué al narrador solo le importaba destacar una maravilla y por qué no tenía otra pretensión que compartir su asombro. Notemos, para probarlo, que podemos reemplazar a «Teodoro Ullqa» por cualquier otro sujeto lingüístico y la historia resultará igual de quimérica. El hecho es que un hombre —cualquier hombre— se alzó por los aires, voló como paloma por encima de las cabezas de los feligreses y lo echaron abajo quizá con tiros de arcabuz mientras recitaba extático unos pobres versos de amor.

Se dirá que Ullqa era más y menos que un hombre: era *un indio* y, por consiguiente, por sus atributos, alteró radicalmente la percepción de lo vivido por el cronista. Es verdad. Pero aun así creo que el narrador de la «Anécdota...» no vio en el indio más que un elemento funcional de lo verdaderamente maravilloso: le importó el prodigio, no su causa ni su protagonista; le bastó y sobró con la descripción de lo que vio estupefacto. Ullqa solo fue un instrumento para él, como un griego lo fue para su destino, un judío para Yavéh o nosotros lo somos para el azar. En los años en que escribió el supuesto Diego de Gonzáles, los milagros eran pan de cada día y santos y nigromantes se los disputaban. Unos y otros corrían los riesgos de la hoguera y la canonización. No es de extrañar, pues, la naturalidad con que narra el cronista, ni la ira del sacerdote o el pánico de los asistentes. La cultura occidental es una historia llena de alucinaciones, y origina modas, privilegia por un tiempo ciertas ideas, provoca esto que llamamos conocimiento.

Transcribamos, pues, la versión de Raquel y Antonio para evidenciar aún más lo dicho:

He olvidado el tiempo de estos sucesos en el Cusco, donde vivía Teodoro Ullqa, organista del templo [aquí dice: *del trono y sonido*, lo que puede sugerir también que Ullqa fue un magnífico ejecutante], un indio enamorado de una coja que le llevaba agua y que comenzó, encima de las cabezas [de los feligreses], a volar en plena misa. Y unos tales Pedro Sarmiento y Diego de González le oyeron y vieron, y [fue entonces que] el cura gritó cortando como [el disparo de un] arcabuz al aire, y mandó que le prendie-

ran a Ullqa, y los hombres, al dispararle, solo se atrevieron a abrir la boca como lagartijas cuando ven al indio que estaba rezando con temor y como los ángeles *Chukchan almuaday kusk'a kay niña puñuchkan! A yawya waqaylli! Unuksaykita yakuksaykita kachallamurway!*

Y a Ullqa le fustigaron las manos bravísimos con ferocidad y miedo, y en el largo tiempo en que de esta manera no pudo cantar *kiries*, pidió que lo casaran con la coja, y el cura, pensando que este dicho Ullqa no recibiría beneficio sino castigo, los casó.

Yo Diego de González, músico de poca riqueza y, por derecho de Dios, hacedor de un laúd en forma de rombo para su honra, doy fe de este dicho indio, así como digo, y de su hechicera.

Como sabemos, el sentido de todo texto sobrepasa las intenciones de su origen. En este caso, en la narración de «Anécdota indiana» lo que hoy leemos es, asimismo, los trastornos de una conmovedora pasión: el amor del indio por una lisiada en medio de los quebrantos de la esclavitud. Podemos suponer que era correspondido en sus sentimientos y fue feliz; sin embargo, nada hay que nos justifique para imaginar eso. Tal vez no era mutuo el afecto, y la tullida, una mujer extraviada en ese siglo donde no pudo ser más que un silencioso espécimen para el placer de otros, fue entregada como un objeto a él. Por otra parte, recordemos que el cura pensó que era un castigo ese matrimonio. Esto nos induciría a sospechar de la fealdad de la coja,

o, simplemente, de su poca utilidad como bestia de carga¹. Como fuera, Ullqa la transfiguraba con su emoción, y uno puede llegar a sentir que estaban hechos uno para el otro.

Finalmente, hay un áspero humor en la historia, y una ingenuidad invencible, además. ¿Es una farsa entonces el argumento de la crónica? ¿Son mentiras las que se cuentan? Las respuestas no son simples ni unívocas. Ortega y Gasset, por lo que recuerdo, ya dejó sentado que hay mentiras cuya sinceridad las libra del escarnio y las hermana con lo cierto, porque quien las enuncia termina confundiendo la realidad con la invención. De esta índole son los apuntes de los poetas y, por lo que parece, Diego de Gonzales lo era. Asimismo, puede argüirse que realidad e invención son dos aspectos tan imbricados y despóticos entre sí, que resulta natural suponer que los momentos alucinados de la trama son tan vitalmente ciertos e importantes como los otros, los más ordinarios. Por consiguiente, no creo que aquellas preguntas que ponen en duda el valor del texto sean apropiadas ni mucho menos justas. Porque cualquier imaginiería de colores vivos, con mujeres, hombres, animales y objetos elásticos, infantiles, rabiosos, tiernos, sombríos o flotantes, retrata muy bien, sin duda alguna —y aunque no se lo proponga—, la magia, la deformidad y también la extraña simetría de nuestro caprichoso mundo.

¹ En el siglo XVIII, el famoso ensayista británico Richard Steele describía a la mujer en términos muy parecidos: «Una mujer es una hija, una hermana, una esposa y una madre, un mero apéndice de la raza humana». ¿Es necesario decir que todavía hoy son vistas así muchísimas de ellas?

COMO UN PUÑAL FUE TU DICHA

*Así que la muerte sirve para
hacernos pensar,
pero no sobre la muerte sino
sobre la vida.*

Savater

Los textos que en estos días concitaron de nuevo la atención de un sector de la prensa (el más lamentable, por cierto) son extractos de ciento diecisiete cartas halladas en el décimo primer juzgado penal de Lima, en 1989, tras una purga de papeles luego del incendio de aquel año. Todas ellas fueron escritas por un solo hombre, Juan Suclla Seminario, y los cinco ejemplos persistentemente citados son abreviaciones sin escrúpulos de esa vasta miscelánea. Ahora bien, las informaciones que enseguida se darán a conocer las vertemos con el permiso de su familia, a quienes reiteramos nuestro agradecimiento por su ayuda, esperando que la historia de Juan sea por fin valorada en su justa dimensión.

Los siguientes párrafos son para aquellos que no tengan memoria de estos acontecimientos.

En 1980, Lima vivía momentos de desencanto y euforia. El gobierno militar había por fin concedido el retorno de los políticos elegidos a través de las ánforas, y mientras las calles acogían de nuevo los cartelones, las pintas y los graffitis, sobre el parquet de su estrecha sala-comedor, junto a una silla derrumbada y partida en dos, fue encontrada muerta una mujer de cuarenta y siete años. Aunque el estado de la silla, las magulladuras y la posición del cuerpo no sugerían como primera instancia un accidente, la policía no consideró que fuera un caso digno de importancia, pues el nacimiento de revueltas en la ciudad daba mayores trabajos.

La mujer, identificada como Esperanza Acevedo Heller, estaba divorciada y vivía sola con su hija única de diecisiete años, universitaria, con quien tenía las tensiones y avenencias comunes de nuestra época. No se le conocían amantes y su ex esposo radicaba fuera del país. Recibía las frecuentes visitas de un hermano suyo, menor y desempleado, quien era el tío preferido de la muchacha. Además, las vecinas entretenían su ocio como se acostumbra, con resúmenes de telenovelas, comentarios acerca de la dureza de la vida y quejas de sus propios matrimonios.

Poco antes de cumplirse un mes del fallecimiento de la señora Acevedo, su caso se encontraba aparentemente cerrado. Sin embargo, fue reabierto a instancias de un vecino suyo, quien denunció a Juan Suclla, entonces un joven estudiante, como el asesino.

Suclla tenía en esos momentos veintiséis años y era, según varios conocidos, inestable. Había recorrido las Facultades de Ingeniería Química, Medicina Humana y, en los días del supuesto crimen, asistía a las clases del segundo semestre en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, en la Universidad de San Marcos. Por otra parte, desde niño

había sido abrumado con las expectativas de sus parientes, quienes veían en él la posibilidad de un hombre de muchos talentos, de modo que recibió clases de pintura, canto y piano durante casi una década, hasta que en su pubertad tuvo un accidente que, para su fortuna, lo alejó de semejante instrucción. Parte de su conducta —si no toda— se atribuyó a tal régimen.

En San Marcos conoció a la hija de la señora Acevedo Heller. Uno de los textos de Juan suscribe que se encontraron por primera vez en una clase de filosofía; íntimos amigos suyos han aceptado, cuestionado y desmentido esa afirmación. Como fuera, los sentimientos de ambos no tardaron en aparecer.

La doctora Nancy Stucchi de Casanova, amiga de Juan, describió la relación de este con Adelina Herrera Acevedo como *poco común*: «Nada indicaba que podía ella corresponderle. Por lo que sé, Adelina lo rechazó once veces y lo aceptó siete. Por lo visto, venció su terquedad». Gary Carrillo, su amigo más cercano, ha pormenorizado así su encuentro: «Se vieron por primera vez en una biblioteca, en la de Ingeniería, si bien recuerdo. Leíamos algo de métodos para un examen. De improviso, ella se sentó frente a nosotros, concentrada solo en los libros que abrió y en los papeles que ordenó lentamente. Juan —esto lo supe más tarde, porque en ese instante no me di cuenta— no le quitó desde el principio los ojos de encima. A mí, la verdad, me gustó también, pero entonces era bastante tímido. Juan definitivamente no, pues a los pocos minutos lo escuché dirigirse a ella de la forma más sorprendente. *Por favor, no te muevas*, le dijo. Adelina lo miró desconcertada. *Es que estoy dibujándote los ojos...* Imagínese, con semejante frase, cómo no iba a llamar su atención por completo. Juan di-

bujaba bien y atrapó rápido esa mirada linda de la chica. Por supuesto, no le regaló el dibujo. A la hora salieron juntos a comer y yo, para fastidiarlos, sin que hubiera sido presentado, alcé la vista de mis apuntes y les dije chau».

Juan fue apresado el 12 de abril de 1980; el 23 de septiembre de 1983 fue llevado por primera vez a declarar. En febrero de 1985, el 16, fue puesto en libertad gracias a los esfuerzos de sus parientes y su abogado de ese año, el doctor Edgardo Cubas¹. Quizá menos que por los argumentos impecables de la defensa, el juez se persuadió de que tanto tiempo sin dictamen era un desprestigio para el régimen civil y sentenció a su favor.

En pleno juicio, la prensa, entusiasmada inexplicablemente por el caso, dio a conocer un grupo de cartas supuestamente escritas por Juan. Con mala sintaxis y perfecta ortografía, las cartas, por su patetismo, tuvieron un éxito inmediato y consintieron que diversas opiniones, hasta las más descabelladas, se dejasen escuchar. Para la oposición al partido gobernante, por ejemplo, fueron la posibilidad de enrostrar la corrupción del Poder Judicial y de las cárceles; para la Iglesia, representaron la evidencia de la putrefacción de la moral y de los tiempos modernos; para los intelectuales, mostraron la confirmación pública de que Dios estaba más que muerto o que era completamente ocioso e indiferente; para los artistas, bosquejaron el admirable resumen de un alma repleta de genio y atormentada por la vulgaridad del mundo real; para los científicos, esos manuscritos exhibieron la mutilada psicología de un hombre insano y abrieron una fuente de estudio interesante para

¹Antes tuvo otros dos, concedidos por el Estado.

decidir si la inducción debía o no tomarse en cuenta. De todos los sectores hubo un despliegue de veredictos animosos y espontáneos. Lo común a todas esas voces era el acuerdo en un punto: Juan era digno de lástima. Cada carta proclamaba su inocencia.

Mientras tanto, la hija de la señora Heller, Adelina, había desaparecido desde la muerte de su madre. No se había vuelto a saber de ella y, en verdad, a nadie le importaba.

Un extraño azar nos permitió averiguar el paradero de Adelina Herrera Acevedo. *[En este punto hemos considerado necesario intervenir como elementos de la trama y pedimos de antemano disculpas por ello.]* A principios del pasado septiembre, mi esposa Patricia y yo estuvimos invitados en la Universidad Católica de Chile, dictando una conferencia sobre los resultados del test Rorschach en pacientes sometidos a hemodiálisis. En el último día de trabajo, y poco antes de la clausura protocolar del evento, una mujer de aproximadamente treinta años, delgada, no muy alta, de fino rostro mestizo y con una voz particularmente bella, se acercó a nosotros. De esa inesperada y fugaz entrevista consignamos lo que, no sin dudas, creemos que resulta esencial para el mejor entendimiento de la historia. He aquí mi resumen.

El recinto no estaba lleno, pero tenía los individuos necesarios para no considerar el evento un fracaso. Luego de tres horas y media, o algo más, al fin de la sesión se acercaron diversos alumnos y colegas para las cordialidades de uso común. Cuando el ambiente estaba por fin diluyéndose y Patricia y yo recogíamos nuestras cosas, una voz madura y delicada preguntó: *Perdonen, ¿ustedes conocen al doctor Edgardo Cubas?* Al principio no la entendimos; ella,

creemos, lo sintió así también. *Lo lamento. No he querido...* Patricia fue quien reaccionó: *Disculpe, no la escuchamos bien. ¿Preguntaba por alguien?* Ella asintió: *Sí. Por el doctor Cubas Núñez.*

Así empezó una conversación que se prolongó y cortó abruptamente durante los pocos días que estuvimos en Valparaíso, donde Adelina, entonces divorciada y con un hijo de seis años, alquilaba un departamento.

En la primera mañana de su confesión, la muchacha nos reveló un hecho desconocido por nosotros: el doctor Cubas había mantenido con ella casi tres meses de correspondencia. Adelina le había escrito muy preocupada por el estado de Juan y, por fin, tras una larga insistencia, logró interesarlo en el juicio. Terminado este, el doctor Edgardo Cubas no volvió a comunicarse; en lugar de ello, Adelina recibió un pequeño paquete con tres manuscritos de Suclla Seminario.

El doctor, aunque serio en sus cartas, siempre se portó como un hombre muy bueno, dijo Adelina. *Nunca me reprochó nada y me mantuvo al tanto del proceso mientras duró. Supe que conseguiría sacar de la cárcel a Juan. Jamás lo dudé.*

Nosotros asentimos.

¿Cómo nos relacionó con él?, preguntó Patricia.

En una carta suya los menciona, dijo ella. *Yo sabía que usted —me miró— estaba viendo a Juan...* Adelina encendió un cigarrillo; yo noté que tenía el índice y el pulgar ambarinos. Esto nos llamó la atención, porque esa proclividad al tabaco no concordaba con la idea que nos habíamos formado de su conducta.

Y el doctor, ¿cómo se encuentra?, preguntó.

Contárselo, para mí, fue doloroso. Le dije: *Falleció en un accidente, poco después de conseguir la libertad de Juan. Edgardo fue amigo nuestro, posiblemente el más querido y admirado. Por él nos enteramos del caso; a instancias suyas, en mi calidad de psiquiatra, acepté tratarlo.*

Luego le conté a Adelina que el desmoronamiento psicológico de Juan me pareció evidente apenas lo vi, tras cuatro años de encierro lleno de torturas emocionales y abusos físicos. Sin embargo, la lucidez de sus razonamientos, el duro acierto de sus preguntas y respuestas, minaron mi confianza en el diagnóstico. Juan no era esquizofrénico ni paranoico; era, *simplemente*, un hombre que había sufrido demasiado.

Adelina no quiso escuchar más. Después de unos minutos en silencio su voz reapareció débil, cansada. *Cuando contemplamos a mi madre muerta no supimos qué hacer, dijo. Lo único que se nos ocurrió fue huir de la casa. Después, ya más calmados, se nos ocurrió que debíamos llamar de nuevo a la policía. Juan lo había intentado en vano antes de retirarnos. Entramos a una tienda para pedir una guía de teléfonos pero la gente nos dio miedo. Estuvimos mucho tiempo dando vueltas por el parque, a la vuelta de la casa. Yo no dejaba de llorar y Juan de abrazarme. Fueron horribles esas horas. Pasamos la noche caminando.*

Yo pregunté: *¿Ustedes la mataron?...* Ella pareció no entenderme.

Ese día mi madre y yo discutimos como nunca antes, dijo. La enfureció que llegara con Juan a la casa.

¿Juan presenció la escena?

Sí. Yo le tomé de la mano y salí llorando. Afuera él procuró calmarme, justificar a mi madre. En ese momento no en-

tendí su actitud. Me dijo que regresaría para hablarle y trataría, según creo, de hacerle ver que no era un cualquiera. Yo le dije que bastaba su apariencia y su color para que mi madre no lo escuchara o no le prestara atención.² Él se enojó y no me hizo caso. Regresó a la casa. A los diez minutos, más o menos, me ganó la angustia. Fui detrás suyo y encontré la puerta semiabierta. Empujé y... Juan estaba llamando por teléfono. Mi madre estaba en el piso, muerta...

¿Qué dijo Juan?

Nunca quiso hablar de ello. Nunca.

Recuerdo que fue sábado el día convenido para nuestra última entrevista. Cuando llegamos al lugar, el portero del edificio nos entregó una minúscula nota y un sobre que apiñaba tres manuscritos de Juan, sin lugar a dudas, los enviados por Edgardo. La misiva de Adelina decía: *Lamento cada detalle de lo ocurrido, créanme que más de lo que imaginan. Es una penitencia que incesantemente me agobia pero con la cual he aprendido a vivir. El pasado nunca es definitivo, con él huyo a cuestas, me apuñala y me salva a toda hora, como esa sangre que todavía no limpio de mí. Siempre el pasado da más que hacer que el porvenir, yo lo sé. Ustedes perdonenme, si pueden. Y díganle a Juan que también me perdone y que Dios le bendiga... Suya, —Adelina Herrera Acevedo.*

Como es claro, jamás volvimos a verla.

Los textos de Juan que nos entregó el portero son los mismos que ahora les damos a leer. No considero que precisen

² Juan era un mestizo aindiado. Para colmo, entre sus antepasados se contaban «marranos», es decir, judíos conversos españoles y portugueses.

ya de mayor elucidación pero sí de un corolario. Como se ha evocado en esta semana, varios años atrás, al salir de su encierro en 1985, Suclla eligió apartarse de sus familiares y amigos. Tanto como ahora, en ese entonces, una actitud semejante no podía pasar desapercibida en un medio como el nuestro, donde un espacio para la ostentación egocéntrica es ansiado sin pudor por todos. En consecuencia, aumentó el interés del periodismo por su figura singular y patética, lo que acaso explica que, en algunas crónicas de tercer orden, se haya informado con entusiasmo que Juan viajó a Cajamarca y luego a Hualgayoc —un pueblecito minero estragado entre montañas de cobre, hierro y zinc— para extraviarse a perpetuidad.

A nuestro arribo de Chile, cuando fuimos recibidos por los parientes de Suclla, nos enteramos de lo que sobrevino antes de su auténtica decisión. Los pasquines lo habían cercado con un fango de mordaces necedades, y el inicial y conveniente desagravio de Juan se fue transformando, para no poca gente, en la añoranza de una legítima condena. Frente a esto, él se recluyó por su propia cuenta. Posiblemente, los minutos, los días, las semanas pasaron para Juan en un margen de ofuscación y alucinaciones, enclaustrado como estaba en una pieza cuya única ventana no volvió a abrir y de la que ya nunca apartó la pesada cortina verde que, tal vez, puso ahí para ensombrecer su desgracia.

El tercer día de agosto del año pasado, un sobrino de Juan se dio cuenta de que la puerta del cuartito no tenía su picaporte y que el hueco de la madera había sido taponado con cera. Esa tarde fue su tía Edelmira, hermana de su padre, quien vio el apremio de las moscas en todo el marco. Cuando forzaron la entrada esperando lo peor, descubrieron que Juan había dejado aseado y enlucido cada centí-

metro del lugar, con toda su ropa ordenada en el ropero y su par de zapatos al pie de un catre desnudo, casi inservible. Asimismo, un olor nauseabundo anegaba todo el estrecho perímetro y ninguno de sus parientes pudo dar en esos momentos con la causa.

Pasó poco tiempo antes de que el olor cubriera toda la vivienda de los Sucla. Una vez más exploraron de palmo a palmo el pequeño recinto. Desalojaron hasta el más escondido trasto sin descubrir nada. Por último, la mayoría ya había decidido solicitar la asistencia de la Municipalidad cuando, repentinamente, la señora Edelmira tropezó con una madera algo levantada del ras del piso. Ahí se dieron todos con la sorpresa de que el tablado embozaba un hueco. Al quitar el listón, dieron con Juan.

Los manuscritos del sobre son heterogéneos y, además, cada uno tiene su peculiar intención. Los dos primeros van debajo de este párrafo; del tercero, luego de un inciso, va casi todo, excepto una parcela purgada por el mismo Juan o, quizá, por Adelina. Ninguno de estos ejemplares puede arrogarse con propiedad el sustantivo «carta».

Primer texto

«Señor doctor Cubas.

»Le será difícil entender por qué, después de no haber siquiera levantado la frente para mirarlo, ahora le escribo. Tampoco yo puedo tener en claro nada, pero, en realidad, no importa: dentro del Universo, en este inacabable vacío,

qué puede importar. Solo me resta decirle que le adjunto los pliegos que le prometí.

»Le agradezco su real interés; en compensación, le eximo de conocerme. Es inútil su responsabilidad, así como es inútil que yo, en el extremo final, me empecine en recordarlo todo...

»Quedo siempre deudor suyo.

»Juan Julio Raúl Suclla Seminario.

»P.D. Se lo ruego: dele a mi madre el sobre [*lo que sigue es ilegible*].

»Diciembre 07, 1986».

Segundo texto

«23 de abril.

»La conocí en un curso de Filosofía y tardamos en amarnos los días que hundieron a Kant en la locura de Wittgenstein. Sus manos entonces se movían como tordos, sus dedos eran largos y parsimoniosos y su piel era tersa y blanca debido a la anemia. Yo la veía hermosa y nunca le hice caso a mi hermana que me decía verla fea. Sus ojos, particularmente, me horadaban de dulzura. La llamé como dijo que la llamara: Adelina.

»Nos vemos solo los fines de semana, después de almorzar. Adelina casi siempre llega después al lugar de la cita; su demora me la hace olvidar porque viene hacia mí corriendo, feliz, con las mangas de su chompa cubriéndole las manos, semejando un par de alas aleteando, un pajarito

aprendiendo a volar. Con sus ojos casi cerrados por una sonrisa que le forma hoyitos a los costados de su cara de niña, cómo no me voy a olvidar de su demora así.

»Su madre, desde luego, le ha pegado; no quiere que salga conmigo porque soy un tipo sin futuro o con un futuro despreciable. Le ha pegado y ella parece no darse cuenta de eso y me mira, me sonrío y se acurruca entre mis hombros. Hoy no la puedo besar porque le duele. Como desagravio le inventaré una historia y la dejaré que anide en la cama respirándome en el cuello...

»Así me abraza cuando deambulamos lejos de la ciudad y no dejo de admirarla. Entre los vientos de la tarde, de mi mano, con su afán por ser pequeñita e inaccesible a todos, Adelina escapa contenta de los gruñidos malolientes de las avenidas, saltando encima de los pedrones de color arena. Solo exiliados por allí, entre los cañaverales, nos sentimos libres.

»Regresar, a la sazón, duele y duele. Tratamos de eternizarnos en cualquier cosa hasta que no queda ya otra alternativa y, atravesando el portón de su casa, mi piel se junta con sus mejillas como si el mundo fuera a deshacerse por la mañana. Después yo regreso tropezando y durmiéndome sobre cuarenta cuadras de tierra vencida y subo las escaleras esquivando los hilillos de saliva de las prostitutas del edificio y me encierro para oler en mi camisa su cuerpo tibio de ayer.

»Ese era el tiempo en donde Adelina me decía adormilada, sobre mi pecho, que la fatalidad está presente siempre. Luego, un martes doce, día de verano, para confirmar lo que me decía, ella abrió una lámina de sangre reseca desde la cabeza de su madre y, de ese modo, la sombra de la

persiana le dio a esa mujer la apariencia de un deshecho o arrugado abanico carmesí.

»Entonces Adelina había abierto todas las puertas de la casa, había llenado de bugambilias el comedor y el ácido tufo se había perdido entre los vacíos de las cosas. Yo la abracé en seguida, caminando aprisa con ella por el patio destartalado y sobre una música de Scarlatti que engulló nuestras inservibles pisadas.

»Así fue...

»Y ya en el Sur conoceríamos el frío, la escarcha, los eriales infinitos, el tormento de las noches, y de hotel en hotel Adelina lloraría por la historia de un hombre cenizo que sujetaba, terco e indesmayable, un bracito de plástico que había rescatado de los escombros de un incendio, y su risa, esa risa tan genuina y pura que veneraré siempre, iría una tarde a colmar de nácar a los pedernales que, aplastados, encaminaban los vehículos hacia el desierto.

»Al fin, luego de tres meses de imágenes, de aventuras sin gente, de atónitas bellezas, todo lo nuestro fue despedazado en la calma de un sótano angosto por alguien que gritó y aún grita porfiando y reporfiando nuestros nombres.

»*En realidad, desde cualquier hora, la fatalidad se empecina en anunciarse, Juan.* Así me decía ella...

»Me decía, digo, ya que Adelina aunque está en mí como una sombrita conmigo, está hoy lejos, muy lejos y lejos para que yo quede encogido como un feto ahogado en una densa pleamar, en aquella eufonía de Scarlatti plegada en mi garganta y que asoma siempre por la insistencia mortecina de un crepúsculo.

»Me decía, me decía pues tantas cosas, me digo, en este minuto en que ella está ya lejos aunque prometiendo volver. Y yo veo su falda y su blusa quietas, sanguinolentas, y las estrujo como si aún las habitara y al mismo tiempo estuviera zurcida con los tegumentos de mis manos, de mis ojos, de mis entrañas, y entonces me lastima su abandono porque no recuerdo haber amado antes así.

»Las semanas, los meses, las horas, los segundos cambian y devoran todo en mi memoria sin ella. Y sin ella *all days are nights to see till I see thee, amor, and nigths bright days when dreams do show thee me*, ¿comprenden?... Pues la miro quieta como una playa, como la efigie de una nube, dibujando con su palma ese pecado que escondimos en el barro, esa culpa nuestra tan tierna, inmarchitable y dulce, así de dulce, igual al nombre que tuvo al poco tiempo de nacer, mío ya para siempre y descrito en mi carne... *Adelina*».

Como dijimos, luego de permanecer cuatro años y diez meses en prisión, Suclla Seminario fue puesto en libertad, tanto por la desmedida campaña pública de la prensa como por falta de pruebas incriminatorias dirimentes. La primera tarde fuera de su celda escribió una página incomprensible (*Tercer texto*), cuyos cinco últimos párrafos, en letra nerviosa y menuda, dicen:

«Bajo aquella luz sangrienta surgieron ríos y cascajos que se partieron como cascaritas de huevo recogidas en la noria al pie de los cañaverales. Los soplos tibios tirando de las hojas y escondiendo en sus sombras —lamiendo el envés, las besanas— las ganas filosas de morir, me sentían con el

lápiz rehaciendo las quemaduras, y tú saltando sin verme, furtiva animalita nadando entre el humo azucarado de...

»Fuff fffufrshsh ffuffffshsh sonaba entonces.

»Fffuffrshrshffff, Adelina.

»Y la aguamantina del ciprés, que repetía el verde encima de los corrales húmedos, se llenó de tufo, como dicen que tu bendita imagen, también, antes de acabar devorada por.

»Nadie dirá ino-puede-ser! cuando me encuentres. Pero esto es luego, que hoy no te fue ni será posible recordar mi viejo lecho, mi propio mar congelado entre tus finos dedos de arena, ni las verdes navajas que, urgidas por la quietud devastadora, por el vaho hiriente del cenit, apresuraron nuestra agonía...».

La última vez que se le vio así, hundido, ensimismado, garrapateaba una servilleta con lo que sigue: *El rezo perfecto es mudo, sin alegría, sin sufrimiento. Solo entonces hay una verdadera comunión con Todo.* La servilleta, muy arrugada y casi deshecha, se encontró en uno de sus zapatos.

EL CORTEJO

*Un andar solitario entre la gente,
Un amar solamente ser amado.*

Quevedo

Eran las ocho y cuarenta y tres de la mañana del viernes cuando Gumercindo Foppo acabó el ataúd. En el roble de la tapa, en apenas un metro sesenta y tres de superficie y sin omitir detalles, había tallado primorosamente La Pasión según San Mateo. A los lados las agarraderas se adherían como orugas, y en el interior mullido los dobleces de la seda dibujaban el contorno de un hombre de baja estatura, algo grueso, mientras la tela marfil brillaba con la claridad del tragaluz.

—Ya estás cumplido, Juvencio.

Gumercindo carraspeó duramente y se sacudió el polvo. Escuchó la voz de su mujer que le llamaba.

—¡Ahora voy!

Subió rengueando las escaleras de caracol y entró en un claro pequeño; a dos pasos, sobre los taburetes hechos por él mismo, se hallaban su mujer y su hijo de cinco años, con el desayuno enfrente. El chico le sonrió y, con unos golpecitos encima de la mesa, le indicó que se sentara.

—¿Soñaste, mijo?

—Sí.

—En la madrugada se le cerró el pecho —intervino Amelia—. Lo froté, le puse periódicos y dormí con él para que se le calentara el cuerpo. No sabes qué noche, viejo.

—Hubieras llamado.

—Nada pasó, ya ves. Y tú tenías quehacer. Ni has dormido siquiera... ¿Terminaste lo del primo?

—Sí.

Gumercindo languideció, se miró las manos.

—Un asco, ¿no?

—Sí, pues —Amelia logró sonreír—. Ve a lavarte.

Gumercindo se restregó con esmero, minuciosamente desde el ombligo para arriba. Hizo algunas muecas en el espejo, se pasó la toalla raída y regresó al comedorcito. Allí devoró un desayuno con las mismas voces y las mismas frases. Con el último sorbo miró el reloj.

—Voy a entregar este cajón.

—Cúdate...

—Sí. Chao mijo.

—Chao papá.

—Regreso al almuerzo.

Bajó con lentitud por las escaleras y al llegar al piso observó de lejos el féretro. Tuvo un asomo de orgullo y meneó la cabeza. Recordó lo que le dijo Juvencio, su primo: «Tanto lío, Gumercindo, y todo para que lo entierren a uno como a muerto ajeno. Tanto trabajo bonito para que lo noten a las justas, un ratito nomás, en el velorio».

—Como a mosca tiesa en un corral, Juvencio. Sí, pues.

Empujó por la rampa al ataúd, cuidando que las rueditas de jebe giren sin problema. Una vez arriba del triciclo procedió a asegurarlo con tres cintas de cuero que juntó por

debajo, tensando, con doble nudo. Abrió el portón del taller y se deslumbró por la mañana que reventó encima. De mejor humor siguió adelante y mientras cerraba el portón, ya afuera, se le acercó el viejo Irigoyen.

—¿Cómo está, don Matías?...

—Regular, Gumercindo. Lindo ataúd. ¿Para quién es?

—Se murió Juvencio, don Matías. A mi primita Siglinda se lo llevo para que lo ponga en un lugar hecho con cariño. La luz provocaba sombras vivas.

—Hay que morir a tiempo —se lamentó Matías—. Su pariente no ha fallado, ¿diga?

—No, don Matías.

Una voz de urraca les volteó las cabezas; a Gumercindo se le amargó la saliva pero consiguió disimular el gesto.

—Se le murió su primo, ¿no, Gumercindo?

—Sí, señora... Y debo llevarle esto a su casa. Allá me espera.

Comenzó a empujar el triciclo lentamente, cambiando aún algunas palabras más con el viejo y con la mujer de joroba.

Desde la ventana, Amelia le llamó. Los tres alzaron los ojos y la descubrieron con Fabrizio en brazos apoyada en el balaustre. La trapisonda de los camiones les impedía entenderse.

—¡Amelia, que no te oigo!

—¡Que vayas donde el almacén y traigas chanco y orégano para hacer jamón!... ¡Para el jamón!

Sin que lo notara ninguno, por la esquina de la plazoleta ahogada en orines apareció un hombre pequeño cubierto por un sacón lustroso. Caminaba desvalido, con una atmósfera de inevitabilidad en su cuerpo, y al llegar junto al

ataúd estiró un brazo, levantó la tapa y, entre torpes convulsiones, se metió sin ruido.

—Ya, ya. ¡Que ya entendí!

—¡Cuídate!

—Ya... ¡Que sí, que me cuidaré! ¡Ya regreso!

A Gumercindo le sorprendió encontrarse otra vez con don Matías y con la señora Inés de Parinola. Mortificado, decidió avanzar cuando, de improviso, un tordo paseó entre ellos, bailoteó en el aire inmóvil y acabó parado encima de la tapa del ataúd, donde se animó a dar brincos desentendidos. Tras la sorpresa, Gumercindo iba a espantarlo, pero desde el féretro escapó un golpe enérgico que hizo volar al tordo y clavó sobre la acera a los tres.

—¿Qué fue? —masculló Inés de Parinola.

—No sé.

—Sonó allí.

Una voz en puntillas, cautelosa, emergió del ataúd.

El frío del pánico los agarrotó enteros. Inés de Parinola se vino abajo como un títere al que le rompen las cuerdas; el viejo Matías quedó lívido y desorbitado; el único que pudo sobreponerse y balbucear fue Gumercindo.

—¿Quién...? ¿Quién está allí?

—...Yo, primo.

—¡Juvencio!

—Sí.

—Pero... ¡deberías estar en tu casa!

El viejo Matías también se fue al suelo.

—Oye, no nos hagas esto...

—Discúlpame, Gumercindo. He estado embrollado, como... bueno, como sin arreo. Y cansado, harto cansado, te diré.

—Será porque estás muerto, ¿no?

—Eso será, pues.

Un viento tibio levantó el polvo de la calle hasta las cornisas de las casonas. Sobre estas, un gallinazo decrepito navegaba con dificultad atraído por el cadáver.

—Me pesa el cuerpo, igual que si cargara al mundo..., no sé. Y las únicas ganas que me dan son las de meterme calladito donde pueda...

—Ya salía para darte tu ataúd.

—Qué bueno que eres, primo. Gracias. Desde acá la oscuridad es blandita.

—Te he tallado La Pasión...

—No sé cómo agradecerte... Todos saben lo bien que trabajas.

A unos metros de distancia, curiosos y precavidos, algunos hombres y mujeres fueron agrupándose de modo natural. Miraban con los ojos redondos, aplastando los párpados, y el rumor sinuoso e intermitente de sus palabras afónicas enturbiaba con suavidad al aire.

—Lo feo es el velorio, el entierro... No es para menos tu apuro. Pero creo que debiste esperar, que ya iba yo con el féretro.

—Es que..., no sé, Gumercindo, no sé. En un cuarto cerrado, oyendo las lamentaciones...

—Si me atrasé fue por el tallado.

—...se me encogía el alma por oler podrido.

El viejo Matías empezó a despabilarse; algunas personas, recién, notaron a Inés de Parinola y trataron de despertarla mediante palmaditas firmes, mientras arriba, fatigado, el gallinazo estaba a punto de caer y su sombra acariciaba con torpeza a la multitud.

—Juvencio, mejor te llevo de una vez. En tu casa deben estar angustiados.

—¿Para qué allá, primo? Más cerca está el hual con su tiempo en ocio, sus geranios...

—Bueno, pero tienes que entender que estas cuestiones son así. Y la gente se fija.

—Perdóname, Gumercindo, pero ¡que la mierda se los lleve! Teniendo tanto para entriparse y encima...

—Oye, no te mandes luego, que tú no has sido beato como para que critiques... Piensa nomás en las pindongas que le has hecho a la doña y verás que mejor no hablas.

—Es que... bueno, uno anda buscando, primo.

—Sí, pues. Pero, por lo mismo, ya no me vengas con tu cantar y mejor vámonos para tu casa.

—¿Sabes?, ayer me faltó el aire y me quedé viéndola en el espejo... Entonces le vi los velloncitos de sus dedos, sus plumitas cerrándome los ojos...

—¿A quién?

—Y ya no pude aguantar, Gumercindo... Todo olía a caca.

—Estás con hambre, Juvencio. Vámonos de una vez.

Abriéndose paso entre todos, igual a una barca, surgió una mujer obesa, colorada, toda vestida de negro e inflándose y desinflándose con zozobra; a su lado venía una muchachita enclenque y larga, tan larga que alcanzaba a ver de frente los balcones.

Gumercindo fue el primero que la reconoció.

—¡Primita! ¿Cómo estás?... Ven, ven.

La gorda era enorme; gruesos lagrimones le empapaban la cara; le costó un penoso esfuerzo vencer la espesa saliva que le ceñía la boca.

—Gumercindo..., a... a mi Juvencio... no lo encuentro, no... Ay, ay, Gum... ercindo... Mi Juvencio, mi Juve no está... ¡No está!

Una niña, señalando el ataúd, dijo: «Está allí»... La mujerona, hipando, la miró sin comprender.

—Prima...

Desde el féretro asomó de nuevo la vocecita áspera de Juvencio Tafio.

—Siglinda...

La gorda se contrajo; con un brinco feliz del pecho reconoció a su marido.

—¡Juvencio!... ¿Dónde estabas?

—Vine..., no sé. A buscar mi ataúd, sí, a encontrarlo, Siglinda... Perdóname.

—Estuve muy asustada... Te extraño mucho, mucho, mucho.

—Perdóname Glindi...

—La casita me oprime, Juvencio... Me aflije y me duele. Gumercindo intervino.

—Créeme que ahorita te lo iba a dejar, Siglinda.

Ciertas personas se habían acercado al féretro y, de pronto, se inclinaron por turno, entre cuchicheos, y empezaron a dar el pésame a la trémula gorda y a su hija. Al mismo tiempo, corrieron las monedas para comprar cirios, incienso del día, suficiente café para todos y algo de pisco para el trance.

Juvencio habló a las justas.

—Glindi..., no... no me has dado aún tus manos...

Ella dió un brusco respingo que inmovilizó a la gente.

—...¿Aquí?

—Lo prom... prometiste...

La muchacha enjuta se dobló para hacer correr sus uñas por la cabeza de Siglinda.

—Estoy bien, hijita..., estoy bien...

Los gestos de la gorda se espaciaron, demudaron frágiles. Rendida inesperadamente en un torpe ritual solo alterado por el barullo de sus mocos, Siglinda Tafio alzó la tapa del cajón y contempló a su marido.

—Tantas cosas, Juvencio...

—Yo...

—Tenlas... —dijo.

Con la mano izquierda separó la mano derecha de su antebrazo y la instaló sobre la corbata de Juvencio; después, manteniendo inmóvil la mano izquierda entre un brazo y sus costillas, se la quitó de un jalón y, pegándose al ataúd, la soltó junto a la otra.

El crecido grupo se destempló en incontenibles aplausos, y en su ciega exaltación nadie reparó en los intensos chorros de sangre que manaron de las muñecas de Siglinda. Únicamente Gumercindo, asustado, se apresuró a cogerla. La gorda no apartaba la mirada del féretro ni cesaba de sonreír.

—¡Cállense, carajo! —gritó Gumercindo.

En ese momento, con sus alas vencidas, el gallinazo cayó como un pesado fardo encima de Inés de Parinola que se recuperaba; el descalabro impuso silencio.

—Don Matías, ayúdeme.

Entre ambos hicieron torniquetes en los antebrazos de la gorda.

—Te tallaré unas hermosas manos de caoba, primita; ya verás...

Desorientada y aturdida, Siglinda rehusó ir en camión hasta su casa; de entre los más fornidos, tres hombres sir-

vieron de apoyo a su enormidad. Insistiendo por toda la trocha de desniveles, de asfalto en ruinas, la gorda caminó sin quejarse sobre sus zapatos recosidos, y llegó de este modo junto al triciclo, iluminada su carota con el jolgorio que, inexplicablemente, concibieron los vecinos a pocas cuabras de su jardín de pencas.

Como pudo, se agachó hasta el féretro.

—¿Solo hasta el jardín, Juvencio? ¿Solo hasta allí?

—Sí, pajarita...

Gumercindo, mientras empujaba, habló vagamente del sabor del orégano, del retraso, y sintió un fastidio detrás de sus ojos.

LOS INVITADOS DE LA ÚLTIMA CENA

*...muestra tu faz que aniquila,
que al polvo voy, al fuego impuro.*

Paz

I.

El maestro Bernardo dejó de existir en el país de los paganos que nos invadieron. Ahora ya no habitará más entre nosotros y eso, en parte, pacifica mi ánimo. Sé que su entierro fue sencillo, que solo una voz entonó la cantata fúnebre compuesta por él y que su tumba en Amboise fue luego profanada con rabia por los hugonotes. Espero que en el designio de la Providencia, nadie más, urgido de plomo para sus matanzas, toque el metal que cuida su precioso cadáver. Y también que nuestro Señor, en el día del Juicio, sea misericordioso con él y conmigo, su humilde pecador.

Todos aquí saben que no he de tardar mucho en acompañarle. Soy viejo ya y voy entrando en la muerte como el cierzo en la tierra, casi indiferente a los buenos tormentos de la justa Madre Iglesia. He confesado que el maestro,

con su atrevimiento, ha tocado un nervio de la Verdad Inmaculada, pero al mismo tiempo, al hablar, he descubierto que nadie aún está preparado para conocerla.

Fra Luciano da Lucca, mi confesor, ha tratado de disuadirme de todo lo que ahora creo. Su voz de asmático y sus palabras calmas, que en otro tiempo lograron untar con paz mi espíritu, ahora las siento vacías. Nada ya puede hacer que olvide el propósito de maese Bernardo y los pormenores de su obra en Santa Maria in Pietra. Nada.

Recuerdo con nitidez el primer día en que lo vi. Su extraordinaria apariencia inquietaba a cuantos se fijaban en él. Sus ojos podían pasar por los de un milano, pero no había sobre la tierra ninguna bestia u hombre semejante. No se podía afirmar que era elegante o desastrado, vulgar o erudito; era, para decirlo con una palabra restringida a nuestro Creador, *perfecto*. Como si Dios, hastiado de engendrar hijos del barro, hubiese puesto en él todo su cuidado.

El mayor de nuestra Orden fue quien le encargó el fresco. Solo Domenico Popolano se opuso, pues había formado parte del Consejo que, en Florencia, procesó a cuatro jóvenes por la monstruosidad antinatura, entre los cuales estaba el maestro, entonces casi un niño. Fra Domenico, por ello, prefería en su memoria a Paolo Taccerelli por su religiosa exuberancia, y no a Bernardo, quien era difícil de comprender y tenía sobre sí el perverso manto de la duda. Sin embargo, prevaleció el mandato del prior, de quien se decía, a sus espaldas, que imaginaba al mundo como lo dibujaba maese Bernardo y como lo dejó escrito, aquí, allá y en todas partes, el sacrílego Bruno.

Fue una mañana de 1488, el 11 de mayo, cuando atravesó el portón de Santa Maria in Pietra, no lo olvido. Venía

de Nápoles, donde su fama era cuantiosa sobre todo como inventor y arquitecto, y donde había dejado escorzos de máquinas de guerra y edificios imposibles. Fra Luca Pacioli había llegado muy temprano para anunciarlo. Al terminar las cuaresmas, un hombre alto, de barba cobriza, largos cabellos y ojos diáfanos, traspasó el portón sin más carga que un morral enorme y unos lienzos de distintos tamaños bajo el brazo. Un hermano portero, sorprendido, quiso detenerlo, pero el muchacho que venía detrás le dijo en voz baja: *Es el maestro Bernardo*. Y fue suficiente.

Al verlo pensé en una imagen que me hizo temblar: la de una fiera capaz de mirar al sol para desprenderse del velo que cubre sus ojos.

II.

En todos los años que le ocupó su labor en nuestro refectorio, solo una vez se alimentó con nosotros. Frugal como pocos, su conversación fluía como un arroyo, serpenteando y formando pequeñas cascadas de regocijo. Pero sus gestos bondadosos divergían de esa mirada imperturbable que, como antes ya he dicho, alarmaba a cuantos se detenían en ella.

Las semanas siguientes nadie lo vio en el monasterio. Por el cargador de estiércol nos llegaron algunos rumores de su conducta en el pueblo, que fra Luciano interpretaba como el efecto de una posesión. Compraba y liberaba, decían, a cuantas alimañas veía presas. Gozaba viéndolas correr entre los pies sucios y deformes de los aldeanos, o volar por encima de sus cabezas nauseabundas. Jamás se dio cuenta de que esos animales benditos, apenas les daba la

espalda, eran cogidos de nuevo por el gazonate para otro vil negocio.

Cuando reapareció entre nuestros muros, se dedicó febrilmente a calcular y limpiar cada uno de los contrafuertes del salón donde iría la imagen de la Santa Cena. Entre tanto, ya más de un hermano sentía en sus entrañas que el Abad había cometido un error al encargar el fresco a maese Bernardo. Yo entre ellos.

Un mediodía anunció cuál iba a ser la pared donde estarían para siempre nuestro Señor y Sus discípulos. El silencio fue la medida de nuestra reprobación. *No pudo elegir peor*, me susurró al oído fra Domenico. *Esa medianera es la más pequeña, y está cortada por una puerta ridícula.* Y agregó: *Dios sabe que ese perjuro lo hace con mala fe.*

Días y noches se sucedieron sin que la blancura de ese lienzo de yeso, adobe y cal fuera manchada. Súbitamente, una madrugada a todos nos alarmó un grito repetido. El hermano que barría los interiores del cenáculo había visto aparecer frente a él la maravilla de otra creación. Aquello fue entonces para fra Cosimo un descubrimiento de lo sagrado, y cuando pudo hablar lo proclamó con desesperación y alabanza. De él fueron esos gritos. Cuando llegamos al refectorio, un nuevo silencio —cuán distinto del anterior— nos sobrecogió. Todos nos arrodillamos a orar, a suplicar, a agradecer por aquel prodigio.

Delante de nosotros estaba la más bella suma de imágenes que en ningún tiempo hubo del Libro de los libros. En ese instante milagroso nadie receló de lo que estaba viendo, porque los cuerpos de carbón y sanguina estaban asombrosamente vivos, empujados hacia el centro por un soplo celestial. Cada apóstol desembocaba en nuestro Salvador, cuyas manos vueltas hacia lo alto proclamaban su inagota-

ble comprensión y pureza. Cada línea y cada perfil señalaban la travesía de un humor contrariado, y el movimiento de Sus santos seguidores—incluyendo al nefasto traidor—igualaba al de un oleaje en un mar embravecido.

Y, sin embargo, la calma de lo sobrenatural imperaba en el conjunto. El portento era manifiesto.

III.

Después de los laudes, la conmoción de lo visto me llevó fuera del monasterio. No cesaba de temblar y mi memoria mezclaba las imágenes del boceto con pasajes grotescos de un texto licencioso. Me pareció entonces que no había palabras más justas para la actitud de nuestro Creador y al mismo tiempo sabía, como sé hoy, que era una aberración pensar así.

Por mí se va a la ciudad doliente, por mí se va hacia el eterno dolor, por mí se va tras la perdida gente...: aquella era una artificiosa inscripción sobre la puerta de los condenados y no el Verbo manifiesto por el Salvador.¹ No lo ignoraba. Pero tales palabras—así lo presentía—encerraban la maldición de una señal vertiginosa que, en mi desvarío, semejaba a la ternura.

Pensé: Nuestro Señor, aún sin rostro, está encima de una pequeña puerta. Pensé: Todo confluye hacia Él y, sin

¹ Aquí se aluden a los primeros versos del Canto III del *Inferno* de Dante, que al parecer extractó el pintor.

embargo, maese Bernardo lo ha vuelto solamente un hombre.

El Abad había consentido en dejarme salir para buscarlo.

—Decidle que cumpla con nuestro acuerdo. Que no se ausente de este modo, porque Dios espera el término de esa obra para mayor gloria Suyá —me dijo.

Asentí a todo. Al salir, el aire frío de la mañana y la vastedad de la campiña me parecieron infinitamente más reales que los pellejos manuscritos o el polvo escondido entre las piedras de mi celda. Caminé hacia el villorrio que de lejos parecía un hormiguero y, a cada paso, la nieve derretida se filtraba por las grietas de mis sandalias. Sentí miedo y dicha.

Miré los campos inflamados por el granizo, el cabeceo triste de los álamos, las reses escuálidas sobreviviendo a la muerte de los hombres. Oí el céfiro, el grito de las mujeres parturientas, el chillido de los buitres anunciando el hambre y la peste. Pude oler la fritura y la pestilencia de las entrañas de la aldea, desplegada como una malla rústica sobre la tierra, y una vez ahí la trocha se ensanchó como la desembocadura de un río que me condujo, por fin, hacia la plaza donde encontraría al maestro.

En el trayecto indagué con ansia, por todos lados, y cada lugareño me dijo que poco antes lo había visto.

Subí por la colina de los herreros y, de improviso, un pequeño carromato se cruzó conmigo; detrás iba maese Bernardo, a pie, ensimismado. Era tan diferente a todos los demás, tan majestuoso, que me dio vergüenza acercarme y hablar. Pese a ello, lo seguí. Fui tras él como un ladrón y un mendigo, refugiándome en cada esquina, imitando con fervor sus luengas zancadas, dándome cuenta de cómo flameaba la capa negra de paño que, abrazándolo,

contrastaba con su blanca piel y su barba metálica, convirtiéndolo en un ave rapaz gigantesca y serena.

Encima del carromato había un fardo; un tosco siervo guiaba la acémila.

IV.

No sé cuánto tiempo estuve persiguiéndoles por el descampado, ya lejos de los confines del pueblo, entre bajas hierbas que serpenteaban intentando escapar de la ventisca. Todo a mi alrededor parecía animado por algún espíritu recóndito y mi corazón latía empujado por el miedo. Por fin, los vi detenerse frente a los escombros de un granero antiguo, quizá de la época del último rey pagano. En ese lugar descargaron el bulto y entraron.

Me cobijé detrás de unos arbustos casi marchitos junto a una zanja, y el chasquido de su ramaje angustió aún más mi conciencia. Al cabo de unos minutos apareció el siervo y se marchó con la carreta.

Me levanté y di un largo rodeo hacia una de las tapias del silo; la luz convertía mi sombra en una nefasta aparición que me guiaba. Toqué la tapia y luego me encaramé hasta un agujero del ancho de un puño. La repugnancia y la fascinación me impidieron escapar.

Maese Bernardo tocaba con incesante delicadeza los restos de una mujer, y cada cierto tiempo anotaba algo con la mano zurda, o dibujaba.

Fijos los ojos en él, vi que de su morral extrajo una daga y cómo, de un tajo recto desde el esternón hasta el vientre, abrió igual que si fuera un pez la sustancia de esa mísera hembra. Entonces de ella brotó un aniego viscoso y, luego

de otro corte más profundo, las manos de maese Bernardo sacaron otro cuerpo de ahí.

No recuerdo más de esas espantosas visiones del Infierno. Sé que me desmayé y estuve como muerto hasta que la crudeza de la garúa me devolvió la fibra del temor. Al despertarme, ya era de noche y maese Bernardo se había ido. Me atreví entonces a ingresar en el granero y por más que escarbé hasta la grava dura —venciendo mi propia repugnancia, guiado por un hechizo que solo con la idea del Mal puede explicarse— no descubrí ningún rastro de lo que vi.

Llegué a pensar en una corrupción de mis sentidos, en las tentaciones que muchos de nuestros hermanos han referido en las Escrituras. Miré hacia lo alto y unas nubes en forma del Leviatán intimidaron mi razón. Y entonces huí de ese paraje execrable.

V.

Por días y noches enteros no quise —ni pude— salir de mi celda. El Abad me había interrogado minuciosamente cuando regresé de ver lo que ya dije. Nada le conté en esa entrevista. Mentí sin pudor. Sabía que si confirmaba las habladurías que sobre maese Bernardo se soltaban por doquier, al Abad no le quedaría más remedio que entregarlo a los brazos de la Santa Inquisición. Y yo no lo hubiera podido soportar.

¿Qué es lo que impedía mi repudio hacia el maestro? ¿Por qué, pese a mi entendimiento, quería que me adoctrinara con lo que sabía de los hombres y lo que creía de nuestro Señor?

No lo sé. Me recogí en la penitencia. Atormenté mis carnes con soguillas que, devotamente, mezclé con espinas y hebras de hierro, pero dejé que el agua tocase mis entrañas porque entonces no codicié el sosiego de la muerte.

En los albores de un crepúsculo me dirigí lentamente hacia el refectorio para implorar por el camino justo. Débil por el ayuno mi cuerpo se movía insensible y, cada cierto tramo, exigía el soporte de los murallones. Al llegar, me arrodillé frente a las imágenes vivientes del maestro. Recé. No puedo afirmar cuánto tiempo estuve en las letanías. Creo que pronto sentí sus ojos.

—Maese Bernardo... —murmuré sin voltear—, las Escrituras nos dan apenas un asomo del sufrimiento de nuestro Señor.

—Es cierto, fra Angélico.

Temblé al oír mi nombre.

—¿Cómo, pues, representarlo?

Él, estoy seguro, miraba el óvalo blanco donde iría luego aquella terrible sombra de las facciones divinas.

—Buscando conciliar en su mirada la fragilidad del hombre y la seguridad de Dios —dijo con paciencia.

No quise insistir en mi cobardía. Hice un gran esfuerzo y lo miré.

—El Mal y el Bien no pueden armonizar, maese Bernardo —dije—. Tened cuidado.

El maestro me miró.

—¿Es una advertencia, *signore*? ¿O habla por vuestra boca el mismo temor que hace días os empujó a seguirme?

Sentí desfallecer ante esa pregunta. No pude seguir viéndolo.

El maestro se acercó y me ayudó a incorporarme.

—Estáis enfermo, fra Angélico. Permitid que os cure.

—¿Con las artes de la hechicería?

—No —dijo, y fue compasión lo que percibí en su voz—.

Lo que visteis fue un misterio que la muerte nos revela. La ciencia de la vida es la herencia de nuestros hermanos sepultos. Ella puede salvaros.

—No nos está permitido hurgar en los secretos de Dios, maese Bernardo —le dije—. Recordad la expulsión del Paraíso. Conocer fue el mayor de nuestros pecados, el estigma del cual el Señor vino a librarnos.

Bernardo sonrió con tristeza.

—Esperaré, entonces, la Redención, fra Angélico. Mientras tanto, cumplo con ser solo un hombre...

VI.

¡Oh Señor!, qué flagelos inauditos soporté luego de aquella plática ominosa. Semejante a la carne chamuscada por el hierro del martirio, la duda había quemado ya mi alma. Abandonado de Dios, mi espíritu acechaba un refugio de la fe como los centinelas a la aurora. Solo Él, me dije, sabría redimirme de todas las iniquidades.

Entonces, ¿qué pude hacer yo, mísero entre Sus siervos, más que callar y huir? Huir, sí, alejarme por un tiempo de la abadía, regresar a Florencia. Guarecerme de la sombría influencia del maestro, lejos de Milán, en algún lugar recogido por el Altísimo. Aprender, fortalecerme con el Evangelio, copiar sus santificadas locuciones para defenderme.

Al Abad le rogué que me dejase partir. ¿Qué excusa podía dar para que asintiese a mi petición? Fingí, en ese punto,

otras tribulaciones. Dije que mi padre, uno de los más generosos benefactores de nuestra orden, estaba aquejado por la vejez y pedía verme. El Abad accedió, confiándome, además, una carta donde juraba mi probidad y bendecía a mi familia. En seguida partí.

Fuera de los muros consagrados a Dios, velada mi agitación por el capuz de la toga, rebasé de nuevo el humeante caserío, porfié trochas de cabras por las laderas rocosas y me aproximé con cautela, por única vez, hacia la casa de maese Bernardo. Sabía que él no podía estar, pues, siendo las horas completas, lo requería el duque en su palacio.²

La casa tenía el abandono de un emparrado cobertizo. Desde la entrada nacía un patio cuadrangular, con un pozo en el centro; al otro extremo se elevaba el muro principal; a la izquierda, las caballerizas; a la derecha, una lastimada verja que daba a la vía de Porta Vercellina. Por ese lado advertí a una mujer joven, envuelta con tules de pálida turquesa, que arribaba.

Casi al mismo tiempo, desde un pabellón oculto para mis ojos por una sicomora, un viejo de continente grosero y un enano se adelantaron hacia ella y la dejaron pasar. Algo le dijo el mayor al enano, porque este enfiló hasta las caballerizas. Aunque me avvicinaba pronto, aún estaba demasiado lejos para oír lo que decían. Me fijé en la mujer, entonces. Su larga cabellera recordaba un denso bosque, un turbulento piélago, un abrigo de plácidas olas; sonrosada en su cuerpo de armiño, la orla de su manto parecía jugar con sus talones despojados de pudor. Me fijé también, ya más cerca, en las facciones del hombre: era un anciano bur-

² Aquí, sin duda, se hace referencia a Ludovico Montanza, *El Toro*, cuando todavía este no era duque sino regente de su sobrino Gian Galeotto.

do y tuerto. No se percataron de mí, agitados por una discusión que los mantenía concentrados.

Finalmente, escuché lo que hablaban.

—Dejadme entrar, solo unos instantes, os lo suplico — imploraba ella.

—No, no, mona Cassandra. Yo os ruego que entendáis. Maese Bernardo se fía de mí y está vedado el ingreso al pabellón. Pedidme cualquier otra cosa y la tendréis, pero eso, no.

VII.

Mona Cassandra, había dicho el viejo. No cabía duda: era la sobrina de la duquesa Beatrice, sobre la cual se rumoreaban imputaciones infamantes.

—¿A qué le teméis, Astro? ¿Pensáis que vengo a destruir algo de tu amado maestro, acaso? —dijo ella. Y se echó a reír, mientras rozaba obscenamente las mejillas torcidas del hombre.

—No me hagáis esto, os lo imploro.

—Dejadme pasar. Prometo que nada tocaré sin vuestro consentimiento.

—No.

—Solo deseo mirar.

—No hay ningún misterio, de verdad, creedme, mona Cassandra. Solo libros, manuscritos, flores, insectos... Y un árbol.

—¿Un árbol?

—Sí. Envenenado. El maestro lo trajo para estudiar la acción de la ponzoña en las plantas.

—Dejadme verlo, aunque sea de lejos, Astro. No me acercaré a él.

—¿Lo prometéis?

—Lo juro...

Ah, infortunio, ese es el otro nombre de la hermosura. De nada sirve la ancianidad contra ella. El cuerpo se marchita procurando librarse de sus tentaciones, pero he ahí que la memoria lo traiciona. ¡Miserable! Y si el apetito se agota en lo bello tanto como en el bien o en la paz (como ya juzgó el Aquinate: *Apetitum terminari ad bonum et pacem et pulchrum*), el viejo no podía dejar de ceder a los ruegos, las ilusorias y livianas caricias, la piel tersa y luminosa de esa mujer.

Un manajo de llaves resonó pronto en sus manos. La puerta se abrió y ambos penetraron en su interior. Aún dubitativo, me valí de ese instante para cruzar la verja y celarme detrás del sicomoro. Poco después oí una brutal querella y la hechicera salió enfurecida, perseguida por el hombre.

—¡No os marchéis, por favor!

—¡Rata inmunda! ¡Apartaos de mí!

—¡Mona Cassandra, perdonadme! Yo... ¡no pude contenerme!

—Maldito carcamal. ¡Ni siquiera me dejasteis coger una fruta de sus ramas!

—Pero, jurasteis que...

—¡Eso no importa! ¿No podíais complacerme siquiera un poco? Tuerto amorfo, ¡os maldigo por ello!

Y mona Cassandra, soberbia, colérica, dio la espalda al viejo y se encaminó hacia la salida, mientras él, abrasado por una sangre que aún se negaba al letargo, la siguió como un perro.

Desconcertado, estaba ya por retirarme cuando vi que la puerta había quedado junta, sin cerrojos. Y así, atraído de nuevo por un abismo insondable, sin que estuviera en mí (ni en nadie) el poder conjurar nuestro natural destino, di algunos pasos inseguros y entré.

VIII.

La estancia desplegabá los objetos de un modo tenue, cálido: libros abiertos en el piso ajedrezado, redomas de múltiples hechuras y colores, bosquejos de extrañísimos aparatos colgados de las paredes, animales cuyas índoles tristemente cubrían parte de la mesa y, en un cantón opuesto a la puerta, un quieto árbol de melocotones.

Una hilera de cuadernos ascendía cerca de él. Cogí uno de ellos. Eran los manuscritos del maestro, en pergamino.

Habituado al orden virtuoso, a la decoración de los infolios, al ductus neutral de las palabras, me aturdió la presteza de signos, símbolos y dibujos todos ellos anómalos, antojadizos, sin disciplina. Perfiles de cojinetes, ruedas de fricción, volantes, bielas, pistones de bomba, resortes, correderas, álabes, poleas, aparecían navegados por letras, las más de ellas estorbando las ilustraciones.

Traté de leer pero no adiviné el lenguaje de su grafía. Desorientado, cogí otro cuaderno. Gocé de siluetas de caballos encabritados, de torbellinos de agua, de lúnulas y elipses maravillosos, pero tampoco me fue permitido comprender lo que la escritura disimulaba ahí.

Recordé a mona Cassandra, al viejo, y temblé al pensar que podían regresar. Pese a todo, extendí otro cuaderno. Entonces *vi* a nuestro Señor por primera vez.

No fue necesario interpretar los signos que se tendían al pie de su figura. *Supe que era Él*. Los folios siguientes, que retrataban su aire inclusive con más cuidado, me permitieron extasiarme con la imagen de nuestro Salvador y apaciguaron mi espíritu en una cuenca de alegría.

De pronto, el ruido de unos pasos me sacó de mi embeleso. Me incorporé como pude, abracé el fatídico cuaderno y suspendí mi aliento detrás de la puerta. En ese momento, el viejo hizo su aparición.

IX.

Su único ojo, excesivo y ridículo, odiándome sin conocerme, se fijó en mí apenas salvó la entrada y notó los cuadernos desperdigados encima de las losetas.

—¿Quién sois? —preguntó.

Yo había recogido por miedo, por instinto, una pica que encontré apoyada bajo una contraventana.

—¿Quién sois? —repitió él, exasperado—. ¿Qué hacéis aquí?

Juro que mis extremidades cobraron vida propia. Quise decir algo pero no tuve hálito suficiente; mis labios estaban apretados, mordidos por un inesperado resentimiento. Sin control de todas mis facultades, vi revolverse la pica en el aire y caer brutalmente sobre ese hombre, quien a las justas esquivó el duro metal y retrocedió unos pasos.

—¡Estáis loco! —gritó.

Eso fue lo último que alcanzó a decir. Algo, no sé qué, lo hizo trastabillar y abatirse ruidosamente, cabeza por delante, sobre una rinconera con guarnición de bronce. Solté entonces de mis manos la vara y, aterrado, contemplé

al viejo. Gradualmente iba pareciéndose a una efigie de cera. La sangre le corría desde una de sus orejas, resbalaba por el grasiento cuello mojando sus ropas y se extendía hacia abajo, para guarecerse en las sandalias y crecer como una mácula de tinta en un pozo de agua. Sus ojos estaban abiertos, fijos en mí.

Eso me enloqueció por completo. En lugar de abandonarlo todo prontamente, fui hasta el árbol y arranqué una fruta todavía verde de uno de sus muñones. A continuación, metí el cuaderno y la fruta en mi talego y, por último, ya sin demora, eludí los restos del viejo y salí al patio.

Franqueé la estacada y corrí hasta dismantelar mis fuerzas, hasta caer vencido por el dolor, por la asfixia. La negra noche fue otra vez una brida para mi desesperación y presagiarme una sombra entre las sombras me dio la calma medular para mi supervivencia.

El tiempo se dilata o acorta según nuestro apuro y no podría referir cuánto de él usé para llegar a los extramuros de Milán. Puedo precisar, en cambio, que rondaba la hora prima cuando avisté la primera de las innumerables fondas que desde ese día habité.

Mis paños de clérigo me facilitaron un aposento confortable, aunque escaso de avíos: un jergón de cuero de res, un taburete maltrecho, un tablón a modo de pupitre, una jofaina y un espejo agrietado. No había más, no requería yo más.

Separé las cuerdas de mi alforja y saqué de ahí, palpitando, el cuaderno del maestro Bernardo. Lo pegué a mi cuerpo; dormí con él.

X.

En el crepúsculo examiné el manuscrito prolongadamente. Separé sus hojas y me empeciné en la tarea de vislumbrar lo que esas letras afirmaban. Parecían nervaduras de una escritura antojadiza, pero sus formas capitales me dieron la solución. Ex abrupto, confirmé que *estaban al revés*. ¿Cómo no me había dado antes cuenta? Aferré de golpe el espejo y lo situé al costado de un folio. En el flanco del retrato de un mecanismo insólito, leí: *...y si se hace girar rápidamente la hélice, se elevará muy alto en el aire.*

¡Había descifrado la lengua del maestro! Embriagado, a la sazón, busqué perentoriamente el dibujo de nuestro Salvador. Lo admiré atónito, en silencio, ajeno al tumulto de emociones que poco antes me habían afectado. Luego vi un texto breve debajo de él y, comprimiendo la respiración, traduje.

El fresco está incompleto porque aún no descubro una cabeza apropiada para Iscariote. Pero el Crucificado ya apareció entre los hijos de Merechelli. El tercero de ellos, Stefano, es un joven castaño de mirada esquiva, casi mudo de nacimiento: él será el Nazareno. Ningún otro sería más fácil de reproducir que este pobre muchacho cretino, cuyo mayor aporte, en arduas semanas de trabajo, fue una estéril quietud.

Solté de mis manos el cuaderno, que me quemaba.

¿Cómo se arriesgaba Bernardo a la condenación de ese modo? ¿Cómo afrentaba la memoria de nuestro Ungido así? ¡Un muchacho cretino, había escrito, y de una estéril quietud! ¿Y de él extraía el temple del perpetuo y celestial Mesías?

Abrí la ventana para liberar mi pecho de su angustia. Caminé sin descanso, removiendo los objetos, todas las cosas que salían a mi paso. Salí de la habitación, de la posada, quise alejarme lo más que podía de aquel aposento que me había revelado cómo trabajaba sus marionetas de color el maestro.

Desde lejos contemplé la ventana de la habitación que había dejado. Esperé durante horas inacabables que Dios fulminara todo, pero nada había alterado el curso de las cosas, la calma de esas tinieblas.

Hambriento y cansado regresé. Entré de nuevo al cuarto, vi el morral tirado en el suelo, los papeles de maese Bernardo aún sobre la mesa. No arreglé nada y me tiré sobre el tablado a dormir.

XI.

¿Es posible narrar la soledad que se arraigó en mi mente durante aquel período que estuve retirado del monasterio? ¿Cómo documentar el tiempo en que agonice por los valles y las ciénagas de esa selva oscura y corrupta de mi imaginación, yendo de ciudad en ciudad, de Florencia a Módena, de Parma a Cremona, de Pistoya a Sicilia, huyendo de mí mismo, desesperado, todavía vivo pero separado de los demás hombres? Frágil y póstumo es el recuerdo que hoy tengo, pero no he de incumplir mi propósito de narrar hasta las últimas consecuencias mi destino, que es, ahora lo sé, el destino de todos. Para mi espanto, yo ahora soy el barquero de nuestro común abismo.

Durante casi una década erré por Italia, procurando aprender, oprimiendo sin alivio el morral con el cuaderno

de notas e ilustraciones del maestro y jamás denunciando nada de las dudas que empañaban mi alma. A cambio de comida y un rincón donde guarecerme hice las tareas más viles, alejadas de mi condición y herencia: limpié corrales y pocilgas, apisoné con boñiga las casas más indigentes, espulgué a niños y ancianos, aré los tercios de cultivo, destacé malezas; mis manos fabricaron gradas y mayales y, casi de igual forma, envolvieron leprosos para la sepultura. Me despojé de mi sayo, admití el hambre y con el primer quinquenio me convertí en eremita. Arraigué, pues, con aquellas tristes almas que se arrastran por doquiera sin merecer alabanza ni vituperio, al igual que ese perverso coro de ángeles que no fueron rebeldes ni fieles a Dios sino que vivieron únicamente para sí.

En el segundo quinquenio fui de pueblo en pueblo como penitente. En las frías laudes, cuando aún no despuntaba ninguna luz detrás de las montañas rocosas, sacaba de la bolsa el cuaderno de apuntes y lo revisaba con asombro, con celo, con embriaguez. Mi lengua repasaba las locuciones de Bernardo; mi inmanencia las registraba. Por ejemplo, para componer la tesitura y profundidad de los santos apóstoles en la Cena, más que los hitos del sagrado Evangelio el maestro había estudiado los flujos del agua y había reunido un número extravagante de conceptos: *risaltazione, circolazione, rivoluzione, rinvoltamiento, raggiramento, sommergimento, surgimento*, así hasta sumar setenta y siete, incluyendo otros como *veemenzia, furiosità, impetuosità, concorso, declinazione, commistamento*. ¿Por qué? No lo entendía.

Una difusa pregunta tiranizaba, con su hermética respuesta, otro folio: *¿Cuáles son cuyos movimientos repican a veces rápidos y a veces lentos, y a veces giran hacia la dere-*

cha y a veces hacia la izquierda, ya hacia arriba ya hacia abajo, dando vueltas ora hacia un lado, ora hacia el otro, y girando sobre sí mismos? Todos y cada uno de ellos, que la diferencia grave es una mera cosa de énfasis.

¿Qué quiso decir con esto? Yo renegaba de mí mismo por no ser capaz de apropiarme de su significado.

Hojas más adelante se podían ver unas cabezas grotescas, monstruosidades dibujadas con tal profusión que espantaban. Esas diversas figuras siniestras³ ¿por qué estaban ahí, al lado de los perfiles beatíficos de nuestros apóstoles? Un bosquejo en especial (la faz de un hombre lampiño, con ceño formidable, nariz y barbilla vigorosas) se multiplicaba en todas sus variantes de fealdades y vicios. Repasando otras caras se tenía la sensación de que mientras más cambiaban, más eran ese mismo individuo, la misma figura. Así, donde una silueta se exageraba hasta convertirse en repelente, yo me percataba, no sé cómo, de que aquella negación era también la repetición enmascarada de una esencia.

Lo confuso suscita en la mente nuevas invenciones, había escrito Bernardo. Y no mentía: noche tras noche soñé que la perfección también podía ser grotesca.

XII.

Pero así como la dicha no es permanente para nadie, de igual modo la desdicha tampoco dura lo que promete, ya que el tiempo, suprimiendo gradualmente las intuiciones, merma el dolor y el desasosiego de nuestras ánimas. El olvido, pues, llegó más tarde como las hojas que caen en oto-

³ En el original: «Variæ figuræ monstruosæ».

ño y fue cubriendo el suplicio de lo ocurrido. En algún momento, sin darme cuenta, pude perdonarme.

Volví al ducado usando las antiguas calzadas de los césares, ahora trozadas por las invasiones francesas y las batallas entre los bandos promiscuos de la curia y los príncipes. En más de una jornada contemplé de lejos las rabiosas escaramuzas, los cuerpos destazados por las espadas, las picas y la metralla, y pude ver el degüello de los vencidos y el despojo de sus armas y trajes, y fue como otear una danza macabra de hienas, aullando, riéndose, disputándose ferozmente la podredumbre indefensa de sus propias hermanas.

Conforme me acercaba advertí que las aldeas se habían convertido, progresivamente, en inmundos cuarteles de la soldadesca. Ahí, los niños y las niñas cambiaban el usufructo de sus cuerpos por pellizcos de pan de los viandantes, mientras que los ancianos, mutilados, hambrientos y tirados en la vera de los caminos, únicamente esperaban la muerte que todo lo iguala.

Percibí entonces que había conocido la máxima vileza; que, de alguna manera, había tocado el fondo de mí mismo y de los demás, y que no era la razón sino la sinrazón lo que me decidía y decidía por nosotros. Con la sotana en mi bolsa, siguiendo el itinerario sangriento de los ocasos, recalé en una fonda a pocas leguas de Milán, donde el hospedero —grisáceo, imberbe, lenguaraz— quiso escuchar las nuevas que traía de fuera.

A la par que me servía, inquirió.

—¿Visitasteis también la corte de Florencia?

—Sí —contesté—. Hará dos semanas.

Yo venía de presenciar la horca de fra Savonarola, a quien alguna vez tomé por un profeta elegido y sobre el cual ahora

pesa el renombre de mártir junto al de embustero. De nada le valió exigir el aplacamiento de las ruindades y lanzar invectivas contra la codicia de Roma; trató de encumbrarse como mentor tanto del vulgo como de la aristocracia y esa doble coyuntura precipitó su fin. El mismo gentío que había palpitado al oír sus sermones lanzados como palomas incandescentes, se deleitó mirando la manera en que desorbitaba sus ojos, vomitaba su lengua y rotaba con los pies sacudiéndose, estrangulado en el aire por una correa ordinaria.

—¿Mataron al santo? —interrogó, asustado, entre tanto desempolvaba la mesa y colocaba encima un poco de vino caliente.

—Sí —le dije—. Lo ejecutaron junto a otro dominico. Se persignó, y yo bebí para arrancarme el frío y adormecer mis pensamientos.

—El demonio está en todas partes —murmuró.

Lo observé, intrigado.

—¿Por qué lo decís?

Aunque no había nadie más, se acercó como para que solo yo atendiera.

—Aquí, hace no mucho, chamuscaron por bruja a la favorita de la duquesa. Y con ella a su confesor, fra Niccòlo Tarsilio.

—¿El Abad de Santa Maria in Pietra?

—Ese mismo. Los hallaron juntos, ¿comprendéis? Y él se atrevió a decir que el amor carnal no ofende a Dios, y que no hay Infierno. ¿Podéis creerlo?

El golpe fue demasiado duro para mí. Flaqueó mi mano al coger el jarro para beber.

—¿Os sentís mal? —consultó, observándome.
—No, no —declaré—. No...

XIII.

El hospedero fue prolijo; por su relato supe gran parte de lo que acaeció en mi ausencia. Al parecer, nuestro Abad sometió su cordura a los lascivos apetitos de la naturaleza y, sin ambages, se precipitó en el refugio de aquella mujer fastuosa de nombre infiel, mona Cassandra. Lo suyo fue una demencia. Ni siquiera rectificó su testimonio cuando le mostraron los indicios de aquellarre en los aposentos de la favorita: un depósito de osamentas amontonadas en cúpula, decoradas con pigmentos terrosos, junto a un cráneo de ante con dos mandíbulas de cerdo. Al contrario, el Abad protestó afirmando que ese túmulo no denunciaba la intrusión de mona Cassandra sino la de fra Popolano, erigido aprisa, voluntariamente, como inquisidor. De esa forma crispó la paciencia de los árbitros del tribunal y definió su caída.

La sentencia le fue dictada de inmediato, quizá mientras en alguna parte baja de las galerías, no muy lejos, mona Cassandra, privada de su cabellera con aceite hirviendo, roída de manos y pies por los azotes, se atrevía a proclamar que por el mismo crimen de amor había sido absuelta Magdalena. Luego, amputada su lengua insolente, aún pudo redactar bajo juramento que de ella no habían emanado las fiebres que llevaron al suicidio al sobrino del duque, y que la acusación de haberlo envenenado con una fruta era falsa.

¿Acaso no fuisteis vos quien pérfidamente hizo que la engullera el heredero?, le preguntaron. Y también: *¿Pretenderéis negar, maguer tengamos las evidencias, que Bernardo de*

Luce, allegado vuestro, cultivaba un árbol de esas ponzoñas, y que fue en su parcela abominable que, tras lapidar a su sirviente, os hicisteis del racimo que acabó con su señoría Gian Galeotto? Y ella, llorando, habría alcanzado a negarlo todo con un gesto de sus labios antes de perder el sentido para siempre.

—¿Nunca lo recuperó? —interrogué.

El hospedero negó con la cabeza.

—No, su merced. Ni siquiera en la hora en que fue llevada a la pira ni, tampoco, cuando fra Niccòlo le gritó una y otra vez su pasión, hasta que, según dicen los que lo vieron y los que no lo llegaron a ver, el incendio de su ropón y de su pellejo lo obligó a berrear por la caridad del Todopoderoso.

El humo de las carnes y los leños quemados eclipsó la extensión de la plaza, y las cenizas se dispersaron igual a un enjambre de negras langostas, un enorme dosel que flotó por encima de los presentes que, soliviantados con el rebato de los cascabeles y el tañido de las campanas, batían palmas y ensalzaban el espectáculo.

—Fue entonces que alguien mencionó al maestro Bernardo —dijo—. Y lo hizo con inquina.

—¿Sabéis quién?

—No, su merced —respondió—. Supongo que fueron los frailes. La cosa es que se lo culpó de todas esas desgracias que le conté. De todas. Y al poco rato ya se corría la voz de que él era —y acá se persignó otra vez— un emisario del anticristo.

iUn mago, un hereje, un ateo!, bufaban por doquier. *Con su canto engañoso llama a su nido a los polluelos de otros pájaros, para devorarlos. ¡Es el lacayo del ángel de las tinie-*

blas!, vociferaban unos y otros. Tanto que, azuzándose mutuamente, la turba se desbordó como una erupción de magma por las estradas en dirección a la vivienda del pintor.

Hasta ahí llegaron los más exaltados, provistos de hachones, agujadas y tridentes. La enorme bulla pudo prevenir al maestro, que estaba solo con una cocinera, de nombre Giacopa, y con el esposo de esta, un molinero friulano conocido como Menocchio.

—¿Qué pasa? —preguntaría maese Bernardo.

Menocchio se asomó para averiguarlo y una pedrada le abrió un tajo en la sien. El maestro lo alcanzó antes de que cayera y, resueltamente, apuntaló su propio peso en la puerta, cerrándola. Las paredes retumbaban con los golpes que le descargaban por todos sus costados; los apéndices de fuego de las antorchas danzaban frente a las ventanas. Menocchio estaba asustado pero contuvo el pánico para no alarmar a su mujer. El maestro lo revisó, le limpió la herida, lo vendó y, después de pedirle a Giacopa que no se apartase de su marido, salió para enfrentar a la canalla.

XIV.

—No esperaban verlo y menos tan sereno, su merced. Eso los contuvo de pronto. A pesar de la cizaña que metía el más ofuscado de todos, que era, dicen, Stefano Merechelli.

—¿Quién?

—Stefano Merechelli. Uno de por acá, un ido al que se le metió desde chico la roña en la cabeza.

Sentí una opresión cuando reconocí sus señas. Había sido abandonado por su familia en un lenocinio, pocos años atrás. En aquel sitio trapeaba debajo de los catres, cambiaba el agua de las artesas, hacía los mandados; más tarde fue alquilado por tres monedas, cientos de veces, hasta que el mal francés, los ultrajes y la insidia del licor retorcieron su hechura.

—Gritaba y se reía, todo a un tiempo, su merced. Pero me contaron que después, en cuanto maese Bernardo apareció, él se asustó y ya no soltó ni una palabra. Más bien, trató de solaparse entre la gente.

—Y al punto, ¿qué ocurrió?

—Farfanicchio, un granuja de por acá, se adelantó hasta el pintor y quiso clavarle una guadaña, pero este, vaya a saberse cómo, lo levantó en vilo y se la quitó.

Farfanicchio era brutal y, por lo menos, tenía una alzada de cinco codos. Solía encargarse de la bosta arrimada en las inmediaciones del monasterio, puesto que, fijando el precio a su antojo, la despachaba en lugar de aceite para la lumbre. Ninguno, por aprensión, osaba retarlo, pero he ahí que aquel día muchos lo vieron torcido en el aire, de súbito lívido y anodino, semejando un fantoche pendido del brazo pétreo de un hombre entrado en años que lo contemplaba, presiento, con una inquietante dureza. Desde ese lance fue objeto de burlas y tuvo que irse del poblado.

—Y los demás no hicieron ya nada, su merced, porque en el acto terció la guardia que hacía una ronda por las cercanías y despejó el tumulto.

Un enano, el mismo que antaño vi junto al viejo criado tuerto, había dado la voz de alarma. Llamábase Zanpolo Scandella y era uno de los bufones de la duquesa, aunque igualmente oficiaba de ayudante de Bernardo, para el cual

fregaba trastos, juntaba chascas y preparaba electuarios. Él, junto a Giacopa y Menocchio, formó el minúsculo cortejo que acompañó al maestro en sus viajes y, a veintiún años de esa embestida del populacho, con un sollozo de castrado, fue el que cantó en sus exequias. A la postre, en el reciente invierno en el que los hugonotes arrasaron por segunda vez la comarca y socavaron todos los nichos, aquel Zanpolo terminó decapitado en un figón por haber alzado su estilete de madera contra un lancero, quien, borracho, pregonó que maese Bernardo había sido un *malefici* que se trocaba en lechuza para olisquear y arrojarse, desde su vuelo, por las noches, en pos de la sangre de sus víctimas.

—El molinero curó pronto de su herida, y el duque mandó que protegieran al artista. Y ahí está todavía, acabando lo que parece que nunca va a acabar.

—¿Qué cosa?

—El fresco de Santa Maria in Pietra, su merced. Solo falta, dicen, la cara de Judas.

XV.

Devorado ya Zanpolo por los gusanos, Menocchio y Giacopa encontraron su fin en un caserío de Friuli, al norte de Pordenone. Acusados de predicar repulsas contra la Santa Iglesia, los apresaron. Los detalles circularon entre la curia y por ella, muy luego, supe de la gravedad de los hechos. Menocchio compareció ante el vicario general del inquisidor de Aquileia y Concordia y declaró, fatalmente, que nuestro Redentor Jesús, el Cordero, el Mesías del mundo, no era más que un simple y dolido mortal. Y en tanto

que esto sucedía, Giacopa añadió que Dios, nuestro Veneradísimo, Naturaleza Naturada y Causa de las causas, no amaba ni odiaba ni juzgaba a nadie; que todo cuanto es, es en Él; que también cada uno de nosotros, judío o musulmán, pagano o cualquier alevoso renegado, es un atributo de Su Ser, que sería un Devenir; que no hay posibilidad de milagros, ya que nadie puede conmover a Dios puesto que no está hecho de pasiones ni afectos, y, en definitiva, que no hay resurrección ni esferas celestes o demoníacas que nos aguarden.

El fallo, legítimamente, no se hizo esperar; para tales desacatos, el veredicto, por lo común, reza: *En sentencia, te condenamos a ser emparedado entre dos muros, para que ahí permanezcas por siempre y por todo el tiempo de tu vida.*⁴ Así los dos infelices fueron malditos por su locura.

Pero, ¡ay de mí!, aturdido por los denuedos de la reminiscencia, trastoco inadvertidamente la estricta alineación de los sucesos y anticipo peripecias de las cuales no supe hasta hace poco. El ayer no tiene cotos parejos ni es recto y, en esta mi celda, se disputa con el presente mi confundida memoria, igual que dos labradores pugnan por un mismo sembrío.

Mediaban pues las canículas de 1498 y yo estaba en el referido albergue. La luna, redonda, amarilla, a floraba por entre las montañas que arrojaban, con el eco, graznidos de azores. El hospedero, dándome una escudilla con agua para mis manos, apagó la voz hasta vaciarla en un susurro.

—Fue brujería que el pintor saliera sin un rasguño — opinó.

⁴ En el original: «Te sententialiter condemnamus ut inter duos parietes immureris, ut ibi semper et toto tempore vitæ tuæ maneas».

—¿Eso creéis?

—¿Yo? Solo repito lo que la mayoría piensa, su merced. Apuré el vino hacia mi garganta, que la sentía completamente seca; sobrecogido, tragué lo último de la jarra.

—Disculpadme. Estoy agotado —expiqué.

Humedecí la yema de mis dedos y me puse en pie. Fugazmente, tuve la impresión de que el fontanero ojeaba con extremo interés mi bolso.

—¿Os ayudo?

—No, gracias.

—Como gustéis.

—¿Dónde voy a dormir?

—Seguidme, su merced. Por aquí.

El recinto que me mostró hedía a orines y moho. Sobre tobos y greñas de bovino resollaban algunos cuerpos humanos.

—Son peregrinos, usía.

Había tranca por fuera y eso me inquietó.

—Os dejaré este cirio.

—¿No tenéis otro? Este se deshará pronto.

—No, su merced. Lo siento. Que reposéis...

Al cerrar la puerta, la convulsión de la flama sacudió aquel estanque de penumbra y las sombras parecieron querer rasgar sus ataduras.

Me tendí lo mejor que pude, usando la alforja de almohadilla. No sé cuánto tiempo le tomó al sueño anegar mi conciencia, pero pronto estaba en una gruta de andadura llana. Sus paredes tenían una blandura espumosa, semejante a la de aquellas algas purpúreas que maduran en la faja de las lagunas, y su amplitud, paulatinamente, se estrangulaba en una luz distante. Al fondo, una reposada efigie parecía aguardarme.

Fue arduo llegar hasta lo que podría haber sido un atrio inacabado, sobre el cual descansaba una persona cubierta por entero con una investidura de pulcro lino. Quise tocarla y, antes de que lo hiciera, la tela cayó a sus pies y exhibió una mórbida y relumbrante desnudez. Horrorizado, extasiado, me di cuenta de que era ella, a no dudarlo, la joven que maese Bernardo había seccionado por el vientre, puesto que acercaba hasta mí su carne hendida y, con dadivoso rictus, me hacía entrega de un inquieto esqueleto sanguinolento.

Una punzada en la nuca sacudió aquel agobiante espejismo de mí. Resucité sudoroso y afligido, tanteando el suelo como el náufrago que araña las arenas de un litoral, y así estaba, aún ofuscado, cuando sentí el rasgueo de unas manos hurgando mi bolsa. Instintivamente aferré el bulto que se movía y, por respuesta, recibí un fortísimo golpe en el pecho. Golpeé yo también, a mi vez, y se produjo entonces una lucha cerrada, a oscuras, furiosa. Yo sentía que peleaba por mi vida y me entregaba a ello con lo que eso significa. De improviso, creí que mi piel se molía bajo puntapiés inmisericordes, sentí un brusco adormecimiento de mis músculos y caí en un pozo tan hondo como la pena.

XVI.

Algo picoteaba una de mis manos en tanto que el frío y el rumor de un riachuelo mordían el resto de mi cuerpo; sin embargo, aunque vagamente sentía el agudo daño, no bastaron estos hechos para reanimarme. Creí que había llegado mi postrero momento y dejé que me escoltara el infinito cansancio que de mí hizo presa. Después me enteré que durante dos días las fiebres casi me sofocaron, que estuve a

punto de morir. Pero Dios no lo permitió. Cuando desperté, una mujer rubicunda, de voz calmosa y arreglo doméstico, se hallaba cuidándome.

—Veo que estáis mejor —dijo.

La miré, todavía inerte por el sopor que me había constreñido.

—No os asustéis.

—¿Dónde me encuentro? —musité.

—En casa de maese Bernardo.

No podía dar crédito a lo que escuchaba.

—Él ha salido un momento pero ya no tarda en regresar. Dice que os conoce.

Yo titubí al responder.

—Sí...

La mujer se aproximó a una estufa y de ella apartó una marmita; vació un poco de su contenido en un tazón y se acercó de nuevo a mí.

—Bebed esto, os hará bien.

Obedecí.

—¿Cómo llegué hasta acá?

—Mi marido os encontró tirado en una acequia. Al parecer, os robaron.

—Mi bolso... ¡Oh, Cristo santo!

—Y tal vez hasta quisieron mataros, porque tuvisteis heridas difíciles de sanar.

En ese momento entró un hombre diminuto con leña sobre los hombros. Se fijó en mí con curiosidad.

—Ese es Zampolo. Nos ayuda en lo que hace falta.

Un gruñido salió de aquel gnomo grotesco.

—¿Qué es de Menocchio? —le interrogó ella.

El enano se desembarazó de la fajina, se acercó a donde estábamos y respondió mirándome.

—Se quedó en la cola de todos los que quieren ver la pintura.

—¿Ya está? Pero, si recién hoy iba a pasar el dibujo que hizo.

El enano habló mientras iba hacia el fogón.

—Pues, ya veis. Del maestro se puede esperar cualquier sorpresa.

Quise preguntar a qué se refería, aunque de antemano sabía la respuesta. No lo hice. En cambio, sorbí un poco más del caldo que la mujer me daba.

—¿Qué es?

—Aguadillo de habas.

Recordé una historia remota que llamaba *campo de habas* al lugar donde los difuntos esperaban la reencarnación, y que el idólatra Plinio admitía que algo del alma de los muertos había en esa legumbre. No quise seguir bebiendo.

En esto, la puerta se abrió a contraluz. Alguien se acercó hacia nosotros y no fue sino hasta que se detuvo ante mí que pude reconocer de quién se trataba.

Tapé mi rostro gemebundo, deshonrado, miserable.

—Calmaos, fra Angélico. Ya estáis a salvo —escuché decir. Era, claro está, Bernardo.

XVII.

Ese año de mi regreso fue terrible, el más terrible de los años que me cupo vivir. Y no solo a mí, puesto que la Providencia reparte sus dosis de sufrimiento no según los méritos ni las lacras de los hombres, sino de acuerdo a sus soterrados designios. Nobles y plebeyos de la ciudad se revolieron en la virulencia de su odio contra el duque, y

este no hacía nada por apaciguar el descontento. Antes al contrario, parecía regocijarse en ello y se exhibía desde el balcón de su regio palacio como una reliquia, descansado sobre palios y cojines de brocado, haciéndose servir cual un injurioso remedo de Sumo Pontífice.

—Cuando la gente, hambrienta, arruinada por las guerras, le gritó por las calles *ipaz! ipaz!*, ordenó a sus mercenarios cargar contra todos, matando a más de doscientos infelices.

—Y después mandó prohibir, bajo pena de horca, pronunciar la palabra *paz*, y a los mismos curas les hizo saber que, en vez de *Danos la paz*, en adelante deberían pronunciar *Danos reposo*.

Me refirieron que así hablaban los descontentos en cada cobijo del milanesado. Y nunca como en ese tiempo la emigración fue tanta, dejándose atrás nidos, haciendas, parientes y amigos con tal de huir lejos del tirano y de sus conflagraciones.

—Todo aquí se volvió espeluznante —precisó el enano—. Al punto que, de los que se quedaron, hubo algunos que escogieron el suicidio.

La mujer se persignó al momento.

—Que es cosa ingrata a los ojos de Dios, usía, puesto que está escrito que, pasado el Apocalipsis y leídos los nombres de los salvos, aquellos verán por la eternidad, sin poder tocarlos nunca, sus cuerpos enganchados de un espino imperecedero.

El enano escupió; la mujer le lanzó un reproche pero él no hizo caso.

—Suplicio en el que, por cierto, no creyó el mismísimo Tedaldo Agolante —dijo.

—¿Quién?

—El mayor prestamista de la región, usía —aclaró ella—, que habiendo descubierto a su propia hija robándole le dio feroz tránsito, y luego, todavía no recuperado el seso, procedió a rebanarse el cuello.

El enano transpiraba una perversa exultación. De nuevo intervino:

—Y encontrándole así, aún con vida, la signatura decretó que, no pudiendo colgar a un hombre moribundo, se lo curase primero, ¿qué os parece? Y al cabo, creyéndosele ya bien zurcido, le colgaron de tan mala manera que el tajo se le abrió y el usurero demoró mucho en expirar, porque el aire entraba por su herida y le birlaba el perecer.

Estas y muchas otras cosas similares ocurrían entonces por la zona, mientras que en las afueras los extranjeros se aproximaban con su borrasca de homicidios y en los ejidos manaban enormes ratas que, insolentes, engullían aves de rapiña que ya no osaban cazarlas. Esta fue la conveniente parábola de la debacle que en breve incrustaría sus fauces sobre Milán y que maese Bernardo no iba a avistar ya.

—¿Os marcháis, entonces? —le pregunté.

—En cuanto estéis repuesto. Después, nada me queda por hacer aquí.

En ese instante saltaron las trampillas de una ventana y, desde el exterior, brincó un mozuelo de aspecto vivaracho. Respiraba agitado y se precipitó hasta Bernardo.

—¡Maese, maese! ¡Los francos ya están por las colinas del norte, acaso a tres leguas!

El enano pestañeó visiblemente.

—Hay que escaparnos pronto —balbució.

Bernardo me miró y miró a los demás, que se hallaban demacrados.

—Preparad todo —indicó, serenamente—. Y vos, hijo, avisad a los vecinos.

El chico asintió y regresó a la ventana.

—Tened cuidado —le exhortó el maestro.

Mientras los tales Giacopa, Zampolo y Menocchio trajeron en todas las direcciones apilando bártulos, Bernardo cogió del interior de un aparador sábanas, una larga púa hecha de hueso, un cordel de fibra vegetal y, de sobre una despensa, cuatro varas de madera sin pulir. Con ellas, diestramente, fue montando una especie de parihuela.

No sé si reparó en la zozobra de mis nervios, pero sonrió, tranquilo.

—Iréis sobre esto —dijo—. Y lamento no daros mejor acomodo.

XVIII.

Aún descollaba el sol en las vísperas cuando salimos de la morada de Bernardo rumbo al claustro de Santa Maria in Pietra. Íbamos en una fila encabezada por la matrona y el enano; las angarillas que me soportaban pendían del maestro y de Menocchio. El soplo tibio de la cañada me traía el lejano estrépito de las bombardas y un olor de herbazales chamuscados, aunque yo me abstraía con el apacible vaivén de la litera y el discreto azul de nuestro firmamento. Solo tenía impaciencia por lo que iría a ver en el refectorio.

¿Cómo sería la fisonomía del aborrecible Judas? ¿De qué horma habrían salido sus esquivos flancos, sus repugnantes colores? ¿Cuál sería su indeleble y artero rictus? Esas

eran las incógnitas que bullían en mí cuando nuestro pequeño séquito desembocó en Porta Vercellina.

Había agitación en su bocacalle, cuya anchura, de todos modos, nos permitió surcar la revuelta que el susto del ataque hugonote había ocasionado. Pegados a un margen de la arteria, a veces a empujones para ganar espacio, fuimos avanzando entre la aglomeración.

Nada de lo que alcanzaba a ver me era familiar. Cada sector se había transformado, pues el villorrio de antes yacía, casi en su integridad, aplastado por los adoquines de una ambiciosa urbe.

—Los gastos de las campañas ducales retrasaron las faenas —informó Menocchio—, al punto que, tras nueve años, aún se está haciendo lo que quizá podría haberse terminado en cuatro o cinco.

Echado y algo mareado por el sinuoso desplazamiento, trataba yo de no perderme nada de lo que sucedía a mi alrededor. La plebe formaba, instintivamente, una caravana desastrada, estólida, que marchaba en sentido contrario al nuestro llevando a rastras, o sobre el espinazo, sus exiguas posesiones.

Poco antes de doblar hacia el nordeste, a escasas cuerdas del monasterio, vimos los cascotes de un balcón y, asomando por debajo de sus tablones astillados, el pie de un muerto. Próximos ahí, varios chiquillos entrenaban su puntería disparando añicos de tejas sobre esos dedos inmóviles.

—¡Largaos, malditos arrapiezos! —gritó el enano.

Por réplica consiguió simplemente abucheos y sarcasmos groseros, que se descargaron sobre nosotros.

—Dejadlos, Zampolo —aconsejó el maestro—. Debemos continuar.

El enano contuvo su ira y enfiló hacia la esquina, donde lo aguardaba Giacopa. La callejuela era empinada y desde el monasterio (que ya se podía ver) nos llegaba un olor a pelambre trasudada y a excremento de vaca.

XIX.

Era un portón nuevo, cuya aldaba fingía en su remate el cordón de nuestro hábito anudando una cruz. Bajo los golpes de Menocchio, los anchos listones de fresno retumbaron sordos, engullidos por el maderaje, y según me acuerdo un novicio receloso, estropeado por la viruela, demoró bastante en abrirnos.

—Por favor, urge que veamos al Abad —dijo Menocchio.

El novicio lo cató de arriba abajo.

—Eso no es posible. Fra Domenico se halla ocupado —contestó.

Me llamó la atención aquel nombre.

—¿Os referís a fra Domenico Popolano? —dije.

—Sí, al mismo.

Entendí que el antiguo rival de nuestro Abad había obtenido, por fin, su apetecido privilegio eclesiástico, y malicié que muy pocos se habían opuesto a la codicia que el ministerio de nuestro querido fra Niccòlo Tarsilio, ya reducido a un vago fantasma en el Purgatorio, le suscitó persistentemente.

—¿Y fra Luca Pacioli? ¿Acaso podrá recibirnos? —consulté yo.

El novicio me examinó de reojo, vaciló unos segundos. Le desconcertaba mi estado.

—¿Le conocéis?

—Fra Angélico es un sacerdote de vuestra congregación —acotó el maestro Bernardo.

El novicio se azoró, perplejo.

—Disculpadme, hermano, no sabía... Y a usted, maestro, le imploro que me perdone. No había notado su presencia. Pasad, pasad, por favor.

El novicio abrió del todo la poterna y entramos.

—Seguidme.

El ocaso, antes llameante, se había puesto húmedo y neblinoso; las cosas iban perdiendo su ostensible textura y se disipaban entre la bruma. Transitándola, dejamos atrás los corrales, los pesebres, la pocilga y nos arrimamos al lugar de la bodega y la despensa, donde sumaban los abastos del lomo de cuatro mulas.

—Debemos proveernos, pues la guerra es inminente —explicó.

Pasamos el huerto de plantas medicinales, el local para sangrías, los baños y las letrinas del sanatorio, el cementerio y el vergel, la sacristía, la sala capitular y el scriptorium antes de llegar al calefactorio.

—Aguardad aquí —nos dijo.

¿He de cansaros aún más con una exposición inocua de la espera y de mi encuentro con fra Luca? Lágrimas santas vertidas por ambos tras largos años de distancias insalvables de cuerpos y, sobre todo, de almas: ¿qué otra cosa podía cumplirse? Eso sintetizó nuestro abrazo.

En cuanto a maese Bernardo, repitió que ya nada adeudaba ahí; que, por ende, se apartaba del ducado.

—Habéis logrado una obra inigualable, maestro. Bendito seáis —dijo Luca.

Por toda respuesta, Bernardo guardó silencio.

Distan tres meses desde que escribí la anterior línea. Tres meses cuyas incidencias se empozaron en mí como en las alcarrazas de una sangría se empozan las gotas ardientes de nuestras venas. Tres meses en que, por deber, fui exhortado a hablar, y por amor, a callar. Sentí que ya no reunía fuerzas para seguir escribiendo, ni ganas. Me dije: ¿De qué puede servir mi historia? ¿A quién puede edificar? Y concluí que solo traería quebranto e impiedad a los que encontraran este vano registro y lo leyeran.

Pero, adahora me pregunto quién soy yo para cuestionar los designios del Absoluto. ¿Quién? Como todos, ¿no soy un opaco y dúctil instrumento en Sus propicias o infaustas manos? Y me digo, tal vez sea jactancia y no discreción lo que me induce a esta parálisis. No lo sé.

Fuera de mi celda oigo el rastrillar de una escoba, y es como si una eventualidad del pasado, nostálgica, se olvidara de pronto que está muerta y resurgiera de nuevo igual, intacta, en el mismo escenario. Y me asusta. Aunque pienso que acaso se trata de una locura de mi vejez y, en sustancia, me engaño con las apariencias.

Pese a ello, pese a que la razón lo niegue, este rastrillar es para mí el mismo con cuyo siseo desperté en los primeros maitines tras volver al convento, a pocas horas de haberme presentado respetuosamente ante fra Domenico Popolano. En su estancia abacial le describí, cauteloso, una reducida parte de mis desventuras. Acto seguido (no sé si creyéndome), él me dio la penitencia para ser absuelto.

No salí de mi calabozo hasta bien entrado el estío. Entonces, con prontitud, se me delegó un lastimoso quehacer, lo que para mis adentros agradecí con fruición: iría al

dispensario, donde atendería de continuo, sin holganza, las secuelas del vandalismo protestante.

Las pequeñas salas estaban regentadas por nuestro cirujano, fra Giovanni Delumeau. Yo seguía en todo sus indicaciones y lo exasperaba con mi impericia. Por lo general, curábamos tajos, fracturas, excoriaciones, magulladuras, aunque no era infrecuente recibir mujeres cuyos vestidos rasgados acusaban más de un ultraje.

De aquella temporada también data el hecho que modificó la actitud de nuestro prior ante la obra de Bernardo. Fue, si no me equivoco, un poco más tarde que se viera entrar en el milanesado al apóstata de Valois gracias a su alianza con los traidores de Saboya, y tuvo como exordio la demolición, bajo tiros de flechas, del yeso de la estatua ecuestre hecha por el maestro en honor al predecesor de *Il Toro*.

Ello se produjo un día de cuaresma y quedó en la retentiva de nuestros feligreses como algo inusitado.

XXI.

Tanto por mis antecedentes, por el informe que di al Abad como por una sumisa jaculatoria, se me había dado la venia para comer aparte, en el dispensario. Y aunque no suponía mayor júbilo ni mayor amargura que admirar el fresco de la gloriosa Cena, la misma ansiedad me contrariaba, induciéndome a sortear el refectorio cuantas veces anduve cerca de él.

En esas fechas la nombradía del temple ya era inmensa, pues durante la década que precisó Bernardo para concluirlo más de un hermano transgredió el voto de discreción y,

por consiguiente, las lisonjas habían picado la curiosidad no solo de la morralla, sino también de los cortesanos que por trazar con los invasores habían podido quedarse. Y a pesar de que la ciudad estaba cautiva y los ensayos de sedición eran diarios, la gente acudía en gran número a prosternarse enfrente del panel. Llegaban de todas partes, de los países más remotos, y más de un foráneo traía consigo el agotamiento de su dilatado periplo.

Estando así las cosas, un jueves de abstinencia, entre las horas prima y tercia en que eran públicas las visitas al mural del maestro, once soldados borrachos, engreídos y prepotentes (hay quienes atestiguan que sobrepasaban la veintena), irrumpieron vociferando en aquel sector del monasterio.

Su bestialidad fue de inicio incontenible. Sin tener ninguna consideración por este asilo religioso, molieron bancas, tiraron escabeles sobre los cuadros e hicieron añicos una estantería y dos preciosos bajorrelieves. Instintivamente, varios se les enfrentaron sin provecho y otros salieron a pedir el socorro de los vigilantes. Y en ese intervalo, uno de los bravucones levantó su bajillo de aguardiente con el objetivo de reventarlo contra la pintura de Bernardo. Pero no lo hizo.

Con un interés semejante al que las sabandijas tienen por el cebo de los tramperos, mezcla de husmeo y resquemor, lo mismo quedó él contemplando la Cena. Y cuando de entre sus amigos despuntó otro que, en medio de algarazas, quiso lanzar un facistol hacia la pared, se lo impidió estampándole un puñete que lo tumbó muy malogrado. Aquello sofocó la diversión de los demás.

Sus camaradas le rodearon, quizá para echarle en cara su desleal proceder, pero todos fueron atraídos por las efigies

del muro que, con su congelado palpito, parecían tener más vigor que cualquiera de los presentes.

Fue tal y como los encontramos: ahítos de atrición, caídos de vergüenza por sus excesos. No ofrecieron resistencia alguna y no hubo brega para echarlos; se retiraron por sus propios medios, depreciados, silentes, subvertidos. Y por este acucioso arreglo de Aquel que Todo lo Puede, merecí ver el gran fresco.

XXII.

Lo primero que busqué con la mirada fue el rostro de Cristo, y no pude resistir la conmoción que sufrí al verlo. Su pureza fue inesperada. Inmerso en sí mismo, pálido y sereno, más allá de este reino mundano y casi ya instalado en el otro, el supremo, nuestro Señor inflamaba los corazones de purísima fe.

¿Cómo (me dije) pude haber puesto en duda la bondad de Bernardo? ¿Acaso alguien maligno podría haber conseguido tamaña proeza de verdad? No, no, era imposible. Todos los malidiscientes se habían equivocado; todos, y yo con ellos, purgaríamos esa duda maligna en el círculo destinado para ello.

Y entonces, después de derramar lágrimas virtuosas por la representación del Salvador (Aquel no podía ser de otro modo), mis ojos descendieron hasta Judas.

¡Ah, qué don maravilloso le había concedido Dios a maese Bernardo! La precisión del trazo, la perfección del esfumado, la justeza de los colores: todo esto había arrancado de la nada, o tal vez del terrible pasado, al traidor de nuestra cristiandad. ¿No era ese Judas Iscariote, el adverso hombre, el que renegó de su esencia divina para entregarse

a la oscuridad del Maligno? ¡Sí, ese era! ¡Ahí estaba, tirado hacia atrás, dirigiendo su mirada severa e incrédula hacia Jesús, sabedor ya del fin del mundo que él se había encargado de iniciar!

Fascinado, me acerqué lentamente a la Cena y no pude menos que besarla.

XXIII.

Mi alma había de nuevo recobrado la paz. La alegría de nuevo había caído a mi espíritu como los rayos del sol caen a las fuentes, sin importar si estas son de aguas limpias o sucias. Y me sentía puro y acaso feliz.

Dediqué mis horas al cuidado ya no solo de los enfermos, sino también del refectorio. Ahí pulimentaba las mesas, enceraba rendidamente las sillas de cada uno de mis hermanos, situaba las cucharas, los trinchés, los jarros con tisana. Y cuando lograba estar a solas, contemplaba largamente la inmaculada obra del maestro. Rezaba y rezaba. También me aficioné al dibujo y copiaba, o trataba de copiar, las líneas que daban forma a cada cuerpo relatado en el lienzo. Pero la tranquilidad iba a quebrarse no solo para mí sino para todos en el ducado, pues en las inmediaciones del monasterio la peste iba a hacer pronto su carnicería.

El primer renuevo acaeció poco más o menos al año de la invasión, por lo cual se prendieron fogatas en todas las encrucijadas. Bueyes, caballos y puercos fueron quemados, lo mismo que gatos y perros después de ser ensartados con venablos. La gente del burgo desempolvó sus máscaras en forma de cabeza de pájaro, con el pico relleno de sustancias odoríficas, y humedeció cartas, pañuelos y monedas con vinagre y salpicó su piel con azufre. Nadie orinaba sin

sobresalto; la evacuación se inhumaba urgentemente bajo favilas. Pero, excepto el caso de un grupo de forasteros que los piquetes vapulearon hasta el lazareto, esa intrusión de la peste no dejó el saldo de exterminio que algunos pronosticamos.

Sin embargo, el segundo renuevo no tardó mucho en emerger. Pero antes recibí una visita que perturbó del todo mi difícilmente conseguida tranquilidad.

XXIV.

Piero Iacopo Varsali fue uno de los últimos discípulos de Bernardo; ese dato es todo lo que de él mantengo. La única vez que le vi estaba de paso y solo recaló en estos lares para cumplir con una encomienda del maestro: había de entregarme un paquete envuelto en hollejo de becerro. No demoró la entrevista y se retiró sin gastar palabras, excepto para comentarme que Bernardo había dejado Roma sin un derrotero fijo.

Gran extrañeza y curiosidad me causó dicho obsequio y no soporté fácilmente mis tareas debido a la íntima avidez por abrirlo y ver de qué se trataba. Una vez que hube a solas en mi celda, separé con urgencia las tramillas del embalaje y, al desplegarse este, ¡oh, Dios nuestro!, no pude dar crédito a mis ojos: unido a una drupa de pérsico, me encontré de nuevo con aquel cuaderno suyo de apuntes y dibujos que creía perdido ya para siempre.

Todavía recuerdo el sobresalto que tuve. Mis manos no dominaban el escalofrío y únicamente rasaban por encima, sobre el cartón de la cubierta, cual dos aves en pos de nutrientes. Por fin, al abrirlo (amedrentado, palpitante) cayó de él una nota de puño y letra del maestro, que tan

solo decía: *Menocchio recogió esto en aquella acequia donde fuisteis abandonado a vuestra suerte. Tuve que rehacer algunas cuartillas rasgadas o deterioradas y otras desaparecidas. Espero que no se noten de sobra las sustituciones. Guardaos y quedad en paz.*

¡Bernardo sabía entonces del hurto que yo había cometido! ¡Lo sabía y, aun así, me hacía de nuevo valedor de algo suyo! ¿Por qué? ¿Por qué? Ah, cuántas interrogantes me asediaron en aquel instante, interrogantes que todavía hoy son un entresijo que no halla respuesta.

Renació, pues, la gravitación de mi delito; escurriéndome de él me avine con insomnios, pues mi torturada mente no quería encontrarse de nuevo con aquel viejo sirviente, lascivo y tuerto, ni volver a ser causa de su amargo desenlace. Con todo, nada saqué de fructífero. El cuaderno estaba ahí, tangible, y su presencia bastaba para remozar cruentamente lo acontecido.

Acepté, por tanto, que cada pliego de este se hallaba fijado para mí; admitiéndolo, pude lograr algo de aplomo. Y con tal nueva presencia de ánimo a la sazón, ¡ah!, ¡qué ardimiento al revistar las expeditas delineaciones, los primorosos sombreados, la inconfundible orientación de la grafía de maese Bernardo! ¡Qué sensación de libertad redescubierta ahí, en apenas unas cuantas rayas de tinta y lápiz!

Pero no duró mucho tanta proveidez y molicie; esta apagóse de manera drástica, igual que la ascua de un mechero fulminada por un escupitajo. ¿Con qué me topé en aquellas páginas? ¿Qué fue lo que pasó? Di con dos nuevas cláusulas. Dos sencillas cláusulas. Lacónicas, perentorias, contundentes, ellas helaron mi ánimo. La primera estaba junto al esquicio de una cara que parecía menos de mujer

que de ángel, y decía: *No me hago ilusiones. Dentro de poco el fresco tendrá el aspecto de un leproso incurable.* La segunda estaba puesta a los pies de nuestro amadísimo Salvador, y argüía: *La muerte resulta pesada carga para quien, demasiado conocido por todos, muere desconocido para sí mismo.*

XXV.

¿Bernardo se refería, con esto último, a Cristo Jesús? ¿Sugería adrede que nuestro Señor había madurado y proferido tales palabras? Pero, ¿con qué intención? Todos sabíamos que no lo había hecho; que el sagrado Hijo conocía su estar de Dios, en la Trinidad y por la Trinidad, y que estaba al tanto de lo inimaginable, de lo indiviso, que nada era inasequible para Él. Por tanto, ¿qué ganaba con esa mayúscula falsía? ¿O, acaso, la cláusula era una nota para sí mismo, para el mismo Bernardo? ¿O para mí?

Y aquella alusión al gran cuadro, ¿qué había con eso? ¿Fallarían las tres capas de encausto que Bernardo había interpuesto para abolir las dentelladas del tiempo? ¿Se estropearía muy pronto su mezcla? ¿Los pigmentos tal vez irían a borrarse? ¡No podía ser que de la rigurosa belleza del muro nos quedase la vislumbre de unos cuantos despojos!

En tales angustias estaba cuando, aproximándose por el pasillo, oí la voz de fra Luciano da Lucca:

—¿Angélico...?

Cerré con apresuramiento el cuaderno; no pude siquiera enfundarlo. Luciano, sin duda, alcanzó a distinguir al menos una pizca de mi nerviosismo, pero fue, como siempre, comedido.

—¿Os interrumpo?

—No, no, hermano. Pasad.

Declinó él con un gesto apurado.

—Fra Giovanni os precisa en el dispensario —dijo—. Es apremiante, no demoréis.

Me quedé quieto, titubeando.

—Iré en seguida, hermano. Gracias —conseguí responder.

Convino muy serio; no añadió más y salió.

Me afectó haberme portado así, escondiendo una cosa, afectando que nada acontecía. Puse la drupa y todo el rebullo de papeles debajo de mi lecho y, disgustado tanto por las ideas como por los remordimientos, dejé el cuarto. Salí del pasadizo al aire libre; para calmarme, traté de ser absorbido por el entorno que, ensanchándose a mi paso, me permitía apreciar la lindura del vergel junto al molino, y también, cerca de ahí, la de nuestra sacristía.

En eso, movieron a mi interés quejas y gimoteos disueltos en un canturreo parecido al del follaje de los árboles y, además, una gasa de incienso que alzábase detrás de la baja muralla que separaba el patio de las ocas con el exterior. De aquella bulla reconocí algunas palabras sueltas que sobresalían. Era una espontánea procesión, de las muchas que desde el sometimiento del ducado habían desfilado sin previo aviso por las callejuelas. De esta, sin embargo, me intranquilizó un hecho: las romerías no erraban tan cerca de la abadía de no ser por festejos litúrgicos o por algo letal. Y aquella no era vez de homenajes.

Intuí que la urgencia de fra Giovanni tenía conexión con lo que sucedía y avivé la marcha.

Lo encontré a él muy serio, remojando malva y abrótano en grasa caliente de corneja.

—¿Por qué tardasteis? —me dijo, con tono de reproche. Y sin dar pie a mi respuesta, quitó un perol del brasero y echó el contenido sobre el menjunje—. Es argento vivo —esclareció—. Con el entrevero se queman piojos, liendres, pulgones y se provoca sudoración. Además, sirve para menguar el pus de las llagas.

Fra Giovanni revolvió todo en el pote de hierbas y manteca, aplastando los grumos con un mortero de palo.

—¿Puedo ayudaros? —consulté.

—Ya veremos —dijo.

Una vez satisfecho con el empaque de la mistura, asió una brocha y se apuró hacia los interiores del sanatorio.

—No os quedéis parado. ¡Venid! —rezongó.

Iba con ligereza; me costó ponerme a su lado. No aguanté más la incertidumbre y le pregunté qué acaecía.

—Ha regresado la peste. Y de ello son culpables los mequetrefes del Ayuntamiento, pues escondieron mi informe porque, según ellos, no era conveniente asustar a nadie por una simple opinión. ¡Qué engreimiento!... Asnos: ¡eso es lo que son!

Escuché la noticia y sentí una racha glacial en mis intestinos. Fra Giovanni atravesó el dintel que daba paso a la inclusa donde guarecíamos a los desahuciados.

—En realidad —puntualizó—, la peste nunca se fue de aquí.

Un hombre muy flaco estaba en el lecho menos próximo, arrimado a un codo de las paredes. Tenía la boca abierta y respirar le fatigaba. Tanto sus cabellos como su barba

estaban desaseados y podados sin método. Lo cubría una frazada recién tendida, algo estropeada por el uso. Cuando nos situamos junto a él, me pareció que se aplastaba en el camastro con una mueca de estolidez o pesadilla.

—Quieto —le ordenó fra Giovanni.

El otro se rindió dócilmente, aunque era innegable que deseaba estar en cualquier parte menos ahí, con nosotros.

—Lo encontraron bajo una compuerta de los sumideros.

—¿Cuándo?

—No hace mucho.

Fra Giovanni quitó la frazada y vi que el hombre estaba desnudo y amarrado con dos chicotes: uno liando las muñecas; otro, los tobillos. Toda su piel estaba arrugada y, en los cuatro miembros y el cuello, parecía colgar seca, áspera, biliosa. *Esa piel, pensé, tirada hacia abajo por abscesos, escrófulas, grietas, erosiones y escamas, ha de ocasionarle, quién sabe desde cuándo, un picor insoportable.* Reparé en que debajo de su cuerpo no había paja, solo tablones.

—Le abundaban las garrapatas, y fue necesario meterlo en una tina para echarle sauce blanco y caprirurgio en vinagre.

Acto continuo, procedió a embadurnar las pústulas del hombre con la brocha colmada de bálsamo. Al primer contacto con el preparado el desdichado arrancó a gritar, pero, para mi asombro, gritaba sin sublevarse, en lo posible quieto, como si tuviera por norma ser maltratado y doblegarse.

—No sé su nombre, pero...

—¿Qué?

—¿No lo habéis advertido? Es el Judas Iscariote de maese Bernardo. Vedlo desde esta postura.

Fijándome en su lado derecho pude identificarlo. Aunque el rostro imitado en la Cena era más vivo, se trataba de él. Sin disyuntiva.

—Pedía limosna en el mercado. Bernardo lo vio y, durante unos cuantos días, le dio moneda tras moneda para que pose.

Imaginé a ese hombre tirado sobre sus propios vómitos, abombado de fermentos, recibiendo sin entender cada una de tales monedas. E imaginé la mano que lo dibujaba ágilmente sobre el cartón, obedeciendo el nervio de un escrutinio que siempre penetraba más allá de lo evidente. El escrutinio de Bernardo. Neutral en apariencia, pero con un brillo de rebelión en su fondo.

XXVII.

Tras la intermisión del día, adormecido con el bochorno de los cirios, tuve otra visión en forma de sueño. Por su directa relación con lo que llegué a desentrañar, hela aquí.

Vi al mugriento mendigo, al prototipo de Judas, pero esta vez tumbado libremente sobre una cama lujosa, de abeto desbastado. Alrededor de aquel caía un mosquitero de tornasol esmeralda. La habitación era muy reducida y los bordes del lecho acometían casi todo su perímetro. El mendigo dormía. Yo lo observaba como si estuviera en otra habitación y pudiese traspasar la pared y atropellar su intimidad. Una repelente lasitud en el aire me anunció que algo iba a suceder; no sabía qué.

Como un pez engarfiado que el anzuelo jala, así mi vista fue izada por un mecánico reflejo; preocupado, escruté en todo lo alto y vi que, desde su soporte, el mosquitero se rehilaba cual si tuviese autonomía. Y así era. Garrapatas

igual de grandes que hormigas bajaban en monstruoso número por la colgadura, irascibles, ávidas de sangre.

Horripilado por lo que iba a pasar quise extender mis brazos para despertarlo, pero los sentí cortados por una resistencia superior a mis ímpetus.

—¡Levantaos! —grité. A pesar de esto, nada se remedió. Fue como si batiera mi prevención en un desierto, porque él no podía prestar esmero más que a su propio sueño.

Los parásitos se encimaron sobre su tronco y su testa, dejando indemnes las otras partes. Ora roían con fruición, ora descalabraban aún más esa piel ya largamente descalabrada, engullendo légameos de materia viva y socavando sus huesos.

—¡Por Dios, levantaos! —insistí.

El mendigo ladeó su cabeza y abrió los ojos, sin percibirme. Entonces, todo sufrió un íntegro cambio. Aquellos insectos que lo ingerían suspendieron su avance y, sin transición, fueron desbancados por un enjambre de avispas que se aplicaron a drenar melaza por encima de las mordeduras. (Yo oía un goteo: a poca altura del lecho, flotando, había una clepsidra que, sin duda, precisaba el miedo de mis vísceras y de mi expectación.) Después, todo signo de intemperancia o actividad desapareció en un relente glacial. Las avispas cayeron mutadas en lágrimas de cristal que se quebraron contra el suelo, y aquel proscenio se llenó de un espeso olor a tripas en salmuera y rotos tulipanes.

En eso se dejaron escuchar unas voces en coro que, filtradas desde las profundidades de la tierra, bien podían ser de origen sobrehumano. Con reverente dulzura y extrema majestad concertaban a libre guisa una escala de anáfonas bíblicas, solfeando, si no me defrauda la recorda-

ción, así: *En verdad os digo, uno de vosotros me entregará. Porque el Hijo del hombre se va como está escrito de Él, pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre es entregado! ¡Ay, Rabí! ¡Por ti soy el que soy!*

De repente, cuando el orfeón enmudeció, me di cuenta de que la recámara se había rectificado hasta imitar un cartabón de lados gemelos, y de que, ¡ah, delirio!, los cristales desechos sobre el piso se buscaban entre sí para, turnándose, completar láminas que se acoplaban con las bases contrapuestas, lo mismo que si fueran chispas de azogue. A la par, descubrí que en el interior de estos mínimos espejos, en su fondo, reverberaba un mar de rostros, ajenos los más, consabidos los menos. Y que de aquellas imágenes que reconocí en seguida, la primera de todas fue la de Bernardo.

Su mustio cariz me dijo que no hacía mucho que se había diluido en su amado universo, y sentí lástima de mí, de mi indefinida orfandad, y el desconsuelo también trepidó en mis asaduras porque sufrí la agitación de ver, asimismo, mi propia faz aparecer de improviso. Y aquello fue mercedamente lo que me aconteció. Vi mi íntimo cariz, ahí, en el movimiento azaroso que buscaba el orden sin porqué. Lo vi y supe lo que sería yo tras mi muerte: una cosa arrumbada, sin pensamiento ni voluntad, semejante a un estuario, a un pedrusco, a la inexpresiva arena.

En tal triste interludio estaba, padeciendo, deslumbrado, cuando unos dedos muy suaves me tocaron. Quise saber quién acudía a mí y, ¡oh, Dios mío!, no fue difícil evocar en esa quimera a mona Cassandra. Grácil y flexible, límpida: de ella se esfumaron primero los vestidos ligeros, transparentes como telas de araña, y de su carne desnuda así expuesta, blanda, densa y perniciosa, se soltaron aromas de ramos de espliego y de nácar, de una savia tan prístina e inmemorial como la de una gema de Damasco.

Yo escuché con felicidad el musitar de su voz, el ritmo estremecido de su aliento, la ingenuidad de su risa, pues yacimos juntos. Y aquella doncella desconocida se transmutó, poco a poco, en el piélagos fecundo de mis añoranzas, en el indispensable umbral de mi espíritu. Porque fui su desguarnecido, su abnegado atributo. Y allende toda esperanza, toda lealtad, todo sinsabor, fui correspondido.

XXVIII.

En el sueño quedé casi dormido junto a esa inefable alma en pena, aunque mis sentidos todavía distinguían, no sé cómo, lo que estaba ocurriendo. Seguían operándose los cambios en los cristales y crecían estos en tan gran número que por poco y daban embestidas contra la habitación. En el ínterin, el mendigo había aparecido de nuevo y esta vez sí me escudriñaba.

Era el mismo Iscariote, pero sus facciones se habían atenuado hasta hacerle parecer un genuino apóstol y no el insidioso delator que llegaría a ser. Mona Cassandra, para mi desconcierto, no podía verlo, y al no inferir qué era lo que llamaba tanto mi atención, díjome: *Eli, Eli, ¿porqué me has abandonado?*⁵ Esas palabras tronaron en mi ánima, pues fueron de las últimas dichas por nuestro adoradísimo Mesías en la cruz. ¿Qué finalidad tenía que ella las recite? ¿Por qué lo hacía? ¿Por qué iban temerariamente enfiladas hacia mí? O de no ser yo su blanco, ¿hacia quién iban dirigidas?

⁵En el original: «Eli, Eli, ¿lamma sabachtani?».

Nadie podía responderme. Por el contrario, para más apretar mi vulnerada razón, incluso aquel sacrosanto clamor del Ungido no solo se repetía en los labios de Mona Cassandra: estaba en boca de todos aquellos sosías enquistados en los cristales, y acentuado tantas veces, procreado con tal frenesí, que bramaba hasta hacer polvo todas las cosas, como está escrito que hacían los cascos de los caballos del salvaje Atila, ya que semejaban el escalofriante eco de los implacables ejércitos avizorados por Juan en nuestro oscuro Apocalipsis.

Quise tronchar de cuajo mi sujeción a ese cimbrado de fantasmas, pero no supe de qué manera hacerlo. Sollocé, me hincé de rodillas, imprequé con todo mi ser inútilmente: el retumbo de sus voces iba en aumento y no hacía más que encajar *¡Soy el que soy! ¡Soy el que soy! ¡Soy el que soy!*. Entonces me cubrí la cabeza con el manto y, entre estertores gemebundos, ganado palmo a palmo por un sofoco quizá previo al fallecimiento, pude despertar.

XXIX.

Me recuperé de aquel tenaz y opresivo ensueño bajo un candil apagado, en un ambiente cuya seriedad tan solo era rota, desde lejos, por un grande alboroto de cuervos. Al principio no reconocí el rincón del hospicio donde me encontraba, pues tenía deshecha la coherencia de mis facultades. Me puse en pie con dificultad ya que me dolían las rodillas, y recuerdo que trastabillé, inseguro de mis pasos. Miré en derredor buscando a fra Giovanni y lo distinguí empapado de sudor, tambaleándose, bebiendo abundante agua: tenía las trazas de un pordiosero fatigado.

—Hermano... —murmuré.

Él respiró muy hondo antes de contestar.

—Bueno, Angélico —dijo—, habéis tenido un largo sueño. Casi de noche a noche.

Su acento era débil, resentido. Aupaba sus energías (insuficientes ya) desdoblado un costal por encima de un cadáver maloliente.

—Acompañadme ahora, que pronto será demasiado tarde.

—¿Tarde? —no supe a qué aludía—. ¿Tarde para qué, hermano?

—Ah. Miradme con cuidado... ¿No es notorio? La sed ardiente, la lengua tumefacta, la calentura intensa, los calambres... Pronto iré a hacerle compañía a este despojo, por el cual nada pude hacer.

Retrocedí, horrorizado ante tales palabras.

—Pero, ¿cómo? ¿Acaso...?

—Es razonable, ¿lo veis? Nuestro Hacedor parece estar mortificado con su obra, y clava por doquier sus dardos de ponzoña con el fin de exterminar nuestra raza maldita.

De pronto, sufrió un leve mareo y me apuré a sostenerlo.

—Oh, Giovanni, ¡callaos! —le supliqué—. Debéis reposar.

—No, no, ¿para qué? Ya bastante he de reposar dentro de poco...

—Pero, os agotáis inútilmente. ¡Y la enfermedad os consume!

—No es la enfermedad, Angélico. Es mi odio febril a la muerte, que es la mayor de todas las injusticias... Ah, ¡de esto se percató muy bien maese Bernardo!

—¿Bernardo?... ¿De qué habláis?

—¿De qué hablo?

Giovanni me miró muy adentro y muy serio. Secó su frío sudor con la manga raída de su sayo.

—Vos lograsteis escucharlo y verlo, ¿no? Sin embargo, os faltó conocerlo más...

Giovanni se estrujaba a sí mismo, balanceándose como un párvulo desprotegido. Se sobrepuso ligeramente y, de grado en grado, reanudó sus palabras:

—Fue al cabo de vuestra partida, hace años, cuando lo de fra Savonarola aún estaba en auge... ¿Podéis evocar de esas fechas? La anécdota todavía suena, pero... no sabéis los detalles, claro. Este había dado remate al proselitismo de sus discípulos mediante arengas que proclamaban no solo su santidad, sino también la perdición de Italia toda por sus pecados... *¡Anatema!*, rugía en las plazas y orillas de los templos. *¡Anatema, raza de impíos! ¡El Señor os ha abandonado para siempre!* Y ante su voz... cientos de harapientos temblaban, se arrodillaban y rogaban clemencia como frente a una aparición espeluznante que arrobaba ignorantes y seducía doctos. *¡Huye, oh Sión, tú que habitas junto a tu hija Babilonia!*, proclamaba. *¡Ya veo fragosos mares pendiendo sobre ti!*⁶ Y las aguas parecían realmente violentarse sobre la tierra, y las chozas y las cúpulas de los templos parecían caer como brasas, y los cielos parecían buscar con ferocidad aquella curia indecente que Savonarola denigraba cual si fuera otra plaga.

Fra Giovanni se detuvo, exaltado. Le faltaba el aire. Tras unos segundos, me pidió un cucharón lleno de agua y en seguida la bebió.

—Y entonces —prosiguió, trabajosamente—, fra Savonarola dejó de arengar. Todo su magro cuerpo pareció ha-

⁶En el original: «¡Fuge, o Sion, quæ habitas apud filiam Babilonis! ¡Ecce ego adduco acquas super terram!».

berse puesto en conjunción con un punto, el más apartado, el más extremo..., como si estuviera viendo algo que solo él podía ver. ¿Qué había ahí? ¿Qué?... Muchos se voltearon para fijarse y se toparon con un hombre alto, de rasgos muy armoniosos, de barba cobriza...

—Maese Bernardo...

—Inconfundible, ¿verdad? Pues bien, ¿qué estaba haciendo él? Tenía una tablilla de madera y, sobre ella, dibujaba con un fino punzón... Yo lamenté no haber estado entre aquel sinnúmero de seglares, privilegiados unos pocos, desarraigados casi todos. No haber presenciado el enfrentamiento de esos dos hombres: uno, el sacerdote, levantando temible el dedo acusador; el otro, calmado, incoercible, perennizando la indignación de nuestro dominico y transformándolo en caricatura... Los más cercanos a maese Bernardo se atrevieron a mirar los escorzos por encima de su hombro y rieron; pronto describieron a sus vecinos lo que había en esa tablilla y estos también rieron.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que había?

—No lo sé. La delineación de un esperpento, supongo. Eso no viene al caso... Lo inaguantable, lo cruelmente inaguantable es lo que además se contó afuera y aquí, en los estrechos corredores del convento. ¿Sabéis cuál fue el chisme? Que vuestro pintor había dicho que todo lo que hacía fra Savonarola lo hacía por resentimiento, puesto que, muy en el fondo, era un fraile apabullado con la evidencia de que, se haga lo que se haga, uno acaba por morir... ¿Podéis creerlo? Pues, vaya, ¡gran descubrimiento!

Fra Giovanni no pudo contener un espasmo de risa, pero pronto los achaques torcieron su quijada en un morro lastimero. Sorbió a bocanadas un aire que cada vez le hacía

más falta, y quedamente, ya a las puertas de su destino, continuó:

—Esa fue la burla de Bernardo de Luce. Una demoledora burla. Con ella, usándola cual si fuera un martillo, hizo pedazos la preeminencia que nuestro estropeado hermano había logrado sobre los milaneses...

—Pero, Giovanni, no fue él. Fue el Papa, el mismo Papa quien originó la caída de Savonarola tras excomulgarlo. Nadie más.

—¡No, no! Fue Bernardo, la impavidez de Bernardo, su capacidad para sumergirse en lo más puro y acendrado de cada ser y poner de manifiesto, como excrecencias, nuestras fallas, nuestros pudrimientos... con su insidioso arte. Él, él erosionó la magnitud de nuestro santo y lo despojó de su destellante autoridad. Fue él... ¡fue él quien...!

Una seguidilla de tos cortó el afiebrado discurso de fra Giovanni y tuve que sentarlo. Su pecho desesperaba en un resuello sordo urgiendo ventearse. Había algo demente en su expresión.

—¿Ya veis? —musitó, empecinado contra lo irremediable—. En un punto no se equivocó nuestro dominico. Tal vez... tal vez el Señor nos ha abandonado...

Fra Giovanni no pudo proseguir; con cada frase su exaltación se había incrementado y sus miembros parecían sacudirse por cuenta propia. Por fin le vino el desgraciado agotamiento y, asfixiándose con la espuma caliginosa que le salía entre los dientes, padeció un colapso.

No mucho después supuse que volvía en sí pero ya no reconoció a nadie ni a nada; apartado de todo, la mandíbula suelta, las esferas oculares sin lustre, el estupor había interceptado su juicio. Con infinito cuidado lo llevé hasta un espacioso montículo de arcilla grasa para los desahucia-

dos y lo acompañé, rezando, en su hora de su agonía. Tuvo, quién sabe, ramalazos de lucidez, y en ellos abjuraba del mundo y maldecía con nombres propios a los concejales y al prior. Con sus últimas fuerzas me aferró el antebrazo hasta hacerme doler y barbotó algo que, en aquellos minutos, no entendí pero que, en breve, deduje: me había rogado que lo incinere. *¡Quemad!*, había dicho antes de perderse sin remisión en el desvalimiento. Al rato, sin paz ninguna, rindió su espíritu.

Apesadumbrado, cubrí su abandonada materia con sobras de la trilla; luego, lo amortajé. Sentí entonces que me había quedado enteramente solo. En el otro extremo del convento, en la sacristía mayor, nuestros monjes, que una semana atrás habían desclavado todas las disciplinas⁷ y armados todos los cilicios, decidieron que estarían menos expuestos a la desgracia si no daban respiro a la Eucaristía. Por lo tanto, era improbable que asomaran: el miedo los iba a mantener lejos del sanatorio.

No tenía disposición para velar al querido fra Giovanni, así que resolví cargarlo hasta el descampado adjunto a los parterres. Eché su peso en mi espalda y salí a la luz. Me sorprendió el manantial del atardecer, inconmensurable, reverberante, con sus altocúmulos desplazándose majestuosos, dotados del privilegio de trastocar su morfología ora en justas furiosas y pergueñadas con sangre, ora en plácidas caravanas navegando en el reino del Ejecutor de todas las cosas. Ahí, con el cadáver de un hombre que había sido generoso, pensé, encogido, que la ciudad se desmoro-

⁷La disciplina fue una especie de látigo, que sirvió de instrumento de penitencia. (Suele usarse en plural.)

naba con calamidades y el mundo natural iba a proseguir con su bellísima indiferencia.

Noté que una cría de vencejo yacía sobre un declive de tréboles y temí por ella, suponiéndola maltrecha y no olvidando que las palomas, abundantes en este monasterio, se vuelven incontrolables asesinas al divisar el rojo cinabrio de las lesiones. Estuve indeciso, pues, entre continuar por mi senda o ir al auxilio del desamparado animalillo cuando, arrastrado por los vientos del poniente, se elevó por encima de la bóveda del refectorio un desgarrado alarido humano que repercutió cinco veces más antes de enmudecerse, produciéndome escalofríos. *¡Oh, Dios!*, me dije, asustado, *finalmente la peste ha irrumpido en nuestro monasterio. ¡Ese debe ser otro hermano agonizante!* Esto hizo que me resolviera. Abandoné a su cruel suerte al pequeño vencejo y, precedido por la confusión y pesadumbre, cargué a fra Giovanni hasta la doble capilla para el hospital y el noviciado. Ahí coloqué sus restos al pie de una platabanda e impregné con sahumero hasta el último resquicio. Luego, corrí hacia el refectorio.

XXX.

El cenáculo estaba todo en penumbras pero, una vez dentro, sentí nítidamente la presencia de alguien. Los nervios estuvieron a punto de flaquearme.

—¡Respondedme! ¡Vengo en auxilio! —exclamé.

El silencioso hieratismo de las mesas, los tabiques y los bancos quebraban mi coraje. Fui hasta donde supuse que estaría uno de los candelabros y, recién cuando lo toqué, me di cuenta que no disponía de ninguna mecha para encenderlo.

—¡Sé que hay alguien aquí! Por Dios, ¡hablad! —grité de nuevo.

Tomando como referencia una de las paredes, me escurrí hasta la garrucha del ventanal más próximo y lo abrí de par en par. Entonces, lo vi. Estaba debajo del extenso fresco, justo al medio. Era el mendigo, el modelo que Bernardo usó para Judas.

Había desatado (posiblemente con uñas y dientes) las ataduras de sus tobillos, pero todavía conservaba ajustadas las de sus muñecas. Tenía apoyada su espalda en la medianera, y las dos cejas hinchadas, sanguinolentas, lo cegaban con sus propios coágulos. ¡Ah, qué penoso era verle! Era un fante desolado y pusilánime. Sin retrasarme más fui donde él para socorrerlo.

Casi todo su epitelio mostraba muchos más islotes de chancros y moretones de los que creí haberle notado en el dispensario. En rigor, calculé que lo acabaría menos la infatigable peste que las perniciosas migajas de las meretrices, y, aunque llegué en su ayuda venciendo mi asco, me detuvo algo, un no sé qué familiar en su pacífica sonrisa de idiota.

De súbito adelantó sus manos con las palmas extendidas, surcadas por desgarros extremosos; hecho esto, con sus nudillos golpeó el mural, tratando de indicarme un sitio determinado. Giré hacia esa parte y me encontré con el Judas Iscariote de Bernardo. Y me dio lástima.

—Lo sé, lo sé —le dije—. Calmaos.

No se calmó. Siguió golpeando ese lado del fresco hasta que la sangre empezó a manchar la pintura.

—¡No, no! ¡No hagáis eso! —grité.

Lo sujeté lo más reciamente que pude, soportando el mal olor que expedía.

—¡Quieto, quieto, os lo ordeno!

No me hizo caso. Por el contrario, se levantó hecho una furia y estrelló su cabeza entre las manos de Judas y el Nazareno, con tal energía que dejase oír un crujido como de duro cascarón de huevo. Y entonces lo vi caer escurriéndose, marcando con su sangre un reguero que lo acompañó hasta que se estuvo quieto, desencajado al pie de la Cena.

Antes de tocarlo ya sabía que todo había terminado para él. *¡Cristo santo!*, protesté, *¿por qué permitís todo esto? ¡Nuestras cañadas, nuestras plazas, nuestras iglesias sembradas de cadáveres, olvidadas todas las leyes del amor y de la indulgencia!*

En lo que siguió, en verdad todo me es confuso. Sé que arrastré el cuerpo de aquel pobre semejante jalándolo de los pies y que de esa forma lo saqué del refectorio. Sé que, una vez afuera, lo dejé un momento sobre la tierra para traer agua con que lavarlo y que eché sobre él, después, lo poco que había conseguido sacar de la noria. Sé que, con grande sorpresa, me pareció notar que respiraba. Me acerqué a él expectante, tratando de catar alguna reacción, y, en efecto, logré ver cómo la caja de su tórax se inflaba y luego se hundía hasta el fondo, emitiendo por la boca un turbio sonido de fuelle. Y con esto quiero decir que recién el desdichado había dado su alma, exhalando el vapor maligno que lo había matado.

Aquel mendigo falleció tristemente cuando la sombra del campanario se proyectaba sobre la sacristía y cuando, esa misma tarde, el primer concejal de Milán se había enterrado a sí mismo, con una pala de mano, junto a sus hijas que hacía rato yacían exánimes y negras como el carbón y con las escaras abiertas como rosas. Poco antes, los ciudadanos que habían tratado de huir fuera de los suburbios habían caído ajusticiados por las galgas y azagayas de los labriegos, que no querían ver abrirse sobre ellos el irresistible hocico de la fatalidad.

El ducado, pues, se cocía en un monstruoso latrocinio, pero en el interior del convento nada subvertía el sordo bajío de nuestras explanadas. Y en medio de toda aquella humanísima catástrofe, yo solo tenía pensamientos para la Cena: el vagabundo la había mancillado y tenía que resanarla. Eso, a la mayor brevedad. Por tanto, arrimé el cuerpo del menesteroso a la basa de una higuera, lo absolví con una temblorosa seña de la cruz y lo desamparé ahí, a la intemperie.

Antes de regresar al venerable cenáculo fui hasta el dispensario para equiparme con un fieltro, un barreño hasta los topes de agua y, para la lumbre, con dos mecheros. Después volví sobre mis pasos y me aproximé al edificio del refectorio, sufriendo de antemano por el deterioro del temple. Al llegar a la puerta lateral, encendí un pabilo y atravesé el quicio.

Me hube adentro y, contemplando el muro, observé las salpicaduras y los regueros purpúreos y noté que iba a ser muy difícil quitarlos sin lastimar los colores de la magna imagen. Pero había que hacerlo. Inicié, en consecuencia, la

ardua labor. Restregué con delicadeza el mural y poco a poco la cárdena viscosidad se fue descomponiendo, llegando a parecer una fina mota de vino sobre una sección del mantel de la Cena. Fue entonces que noté, primero, que de ella se desprendía sin tropiezos una delgada capa de pintura y, de tal cosa, tuve el sentir que maese Bernardo había desoído a la tradición de su gremio, ya que se había permitido ensayar una técnica propia y rectificar y hacer cambios. Pues esa fina costra desgajada era de un revoque seco, hecho con barnices similares a los que se aplica en las tablas.

Lo segundo que noté fue el preciso lugar donde la frente de aquel limosnero había reventado. La mancha se extendía entre la mano derecha de Jesús, el indulgente Cordero, y la izquierda de Judas, el envilecido. Nuestro Señor iba a coger la copa de pío licor, símbolo de su sangre; Iscariote estaba por coger el pan, símbolo de la carne pronta a ser inmolada. Ambas manos, con despropósito, parecían buscarse. Ambas manos, que deberían ser incompatibles, hacían un mismo gesto: el de un lince gravitando sobre su blanco. Cual si fueran repercusión una de la otra, o su pauta inversa, daban la diabólica sensación de pertenecer a un mismo hombre.

XXXII.

Aún siento vivo el primer impulso de aquel momento: quise destrozar el fresco. Aún me estremece esa conmoción, ese sobresalto. Recuerdo que, invadido por las náuseas, me aparté de la nociva obra. Me alejé, sí, pero no me evadí de ella. Pese a todo mi hostil recelo, de nuevo no me fue posi-

ble sustraerme a la fascinación que emanaba de aquel inmenso teatro de caracteres. A pesar de no desearlo ni en aquellas circunstancias ni en las que soporto hoy, para mí la Cena de maese Bernardo era —y todavía es, ¡oh, amargura!—, un desborde secreto de apetencias, solicitudes, enardecimientos: de espíritus en lidia. Porque, bajo la trama de Bernardo, cada apóstol y nuestro clemente Resucitado personifican algo que está más allá de sí mismos, algo sublime que, mediante una inmovilidad dramática, nos fue otorgado. Así cada uno se modifica, se perfecciona, pasa a ser algo que roza lo superior e inefable. Y, entre todos, se convierten en la puesta escénica del *misterium*.

Entendiéndolo de tal forma, recién, por vez primera, me fue dado *ver* el gran cuadro. Y vi, ya sin reservas, a Santiago el Mayor desplegando sus brazos atónito, y, junto a él, a Felipe llevando manos al pecho en muda protesta de devoción e inocencia. A Mateo y a Judas Tadeo y a Simón expresando con la vehemencia de sus dedos una crecida turbación e incredulidad. A Pedro inclinándose con brava hacia adelante mientras Judas Iscariote retrocedía, aferrando la inconfesable bolsa de monedas. Y al Hijo de Dios, vi al Hijo de Dios con sus dulces brazos abiertos, ajeno a toda esa turbulencia que fermentaba a su alrededor.

Fue en aquel lapso que me dejé llevar por una idea retorcida, zafia, mefítica; una idea que tenía en sus entresijos la hediondez de la perdición: la de tasar con mis pulgares las proporciones del Unigénito para compararlas con las del ordinario pérfido. Y solté, en efecto, barreño y fieltro para hacerlo.

Era rotunda la paridad. Estaba claro que, en todo, ambas personificaciones consistían en una. Igual era el largo

de sus barbillas, la separación de sus cejas, el ancho de sus malares; iguales las rectas de ambos rostros; iguales las coyunturas de sus clavículas y pectorales. Un mismo padrón había servido tanto para la virtud como para la iniquidad.

En ese instante, temblando, hice memoria. Cada pieza del pasado coincidía de pronto. ¿Qué había escrito Bernardo en los márgenes de su cuaderno? *Pero el Crucificado ya apareció entre los hijos de Merechelli: eso había escrito. Y además: El tercero de ellos, Stefano, es un joven castaño de mirada esquiva, casi mudo de nacimiento: él será el Nazareno. Ningún otro sería más fácil de reproducir que este pobre muchacho cretino...*

El limosnero muerto hacía poco era Merechelli, sí. Stefano Merechelli. El mudo. El idiota. El modelo que había servido para la noble figura de Cristo, con los años, había servido también para la de Judas.

XXXIII.

(Ya todo es afán y penas. Todo. Y ya he dicho lo necesario. Quién sabe —*recapacito*—. Estoy —¿cómo no estarlo?— rendido. No me quedan deseos de seguir con esto...)

XXXIV.

¿Hablé de los ojos del Mesías, en cada punto semejantes a los de Iscariote? Ojos enrarecidos, ausentes. ¿Concavidades desérticas que únicamente se dirigen hacia dentro, no hacia fuera? No lo recuerdo.

La última mecha se consumió cuando yo estaba absor- to en aquellos ojos, e ignoro cuánto tiempo más estuve en el refectorio así, a oscuras.

Cavilaba en que Merechelli no fue elegido al azar sino con extremo cuidado. Cavilaba en los niños, los ineptos, los locos, desde siglos atrás elegidos por la Providencia como intérpretes y mensajeros. Cavilaba en que ellos, desde siempre, habían sido el oráculo de Dios.

Sin embargo, tenían sus ojos apagados...

Al salir del cenáculo, la tarde había sucumbido bajo la noche. Reparé en el firmamento proveído de estrellas y cavilé en nuestro Hacedor, en el Innombrable, en el Eter- no. En el Padre Supremo de las victorias y de los ejércitos, sí, pero también, y sobre todo, en Aquel que nunca Es. En Aquel que se esconde como la luz en las tinieblas, inexplic- able, y que solo puede predicarse con el silencio, acariciarse con el vacío, señalarse como vorágine, precipicio, desier- to, ausencia, soledad.

Era una noche sin luna. A la distancia, no obstante, creí notar la línea amurallada del monasterio, que parecía una dentadura rota, en algunos sitios podrida. Me hurgaba un viento templado que suspiraba entre las ramas de los árbo- les. Sentí un olor intruso, crudo, de levadura, y sin objeti- vo rastree su origen, buscando sin buscar, más atento al crujido de mi avance sobre la hojarasca. Hasta que tropecé con él, con los despojos de Merechelli.

XXXV.

Las palomas se habían ensañado con su cráneo, desquiciadas por las estelas de su sangre. Por lo demás, estaba inflado, violáceo y tronchado aquí y allá.

No aguantaba presenciarlo, y menos en tales condiciones. Dragué en su contorno un anillo de piedra caliza y barro y tiré sobre él gajos secos de morera. Luego fui al sanatorio y de ahí cogí una antorcha y una herrada de aceite. Al volver, incendié el círculo, deliberando: *Lo que está encerrado en él jamás podrá salir*. Y lo dije en voz alta, casi como un rezo.

Las chicharras de la hoguera apestaban y no me quedé a vigilar la consunción del esqueleto. Otro cadáver me esperaba: el de fra Giovanni. Me atrasé en llegar a la doble capilla, pero lo hice a tiempo para evitar que una rata desmenuzara los pies de nuestro hermano. No me plugo tocarlo y lo arrojé con la mantelería del sagrario. Y si bien pesaba más, me confortaba: ya era un fardel, no un hombre muerto.

Lo transporté hasta la cocina, donde los profundos hornos estaban fríos aunque bastante cuajados de tizón. Avivé el mayor de todos ellos y, cuando las ascuas me parecieron un frenético baile de salamandras, embuté dentro el tapado cuerpo de Giovanni.

¡Ah, qué fácil es la bajada al Averno!,⁸ murmuré, viéndolo arder.

XXXVI.

Restaba poco para los maitines cuando, horas después, empujé las contrapuertas de la sacristía. Corrió un cuchicheo de pavor entre mis compañeros, ya que no me esperaban, suponiéndome borrado por los miasmas. Advertí

⁸ En el original: «¡Ah, facilis descensus Averno!».

que adoraban a tres ostentosas viñetas colgadas en las paredes, hechas como un tributo a la ira y clemencia del Todopoderoso. Uno de entre todos se me acercó: Luciano da Lucca.

—¡Salid de aquí, Angélico! ¡No vengáis a infestarnos! ¡Idos!

Paulatinamente se fueron sumando a él otros monjes que, temiendo el contagio, persignándose, arrojaban en mi contra diatribas y exorcismos. (*¡Idos, en nombre de Dios! ¡Idos!*: estos gritos también forman ya parte de mis pesadillas).

Me marché, pues, jadeante, hundido en mi propia congoja. Me retiré y vagué sin trayectoria decidida hasta acabar durmiendo en el locutorio.

De aquello no hace mucho, es verdad, pero tengo fe en que esos días de espanto se perderán en la fina arena de los relojes. O quizá no, y me equivoco. Quizá, aunque una vez saciada la peste se recogió en su hibernadero y los laicos y frailes reanudaron su existencia cotidiana, cada cual esconderá la cicatriz que tales días nos dejaron para siempre.

Como fuera, hoy, en las solanas del monasterio, resulto un indeseable. Pues no perecí con la epidemia y, entre nosotros, es más corriente maliciar que no fue la piedad vigilante del Poder Celestial quien me libró, sino la de Satanás. O lo que es más justo: soy incómodo para mis hermanos ya que les evoco su profunda cobardía.

XXXVII.

Falta poco para que esto termine. Harto de mí mismo, no veo el instante en que eso ocurra. Pero me veo obligado a decir algo más respecto del maestro. De Bernardo de Luce.

Se dice de él que fue como la perdiz, que con su grito engañoso atrae hasta su nido a los polluelos de otros pájaros. Se dice de él que fue un sabio, pero poniendo de relieve que los sabios y los necios de todos los tiempos han dicho siempre, substancialmente, lo mismo. Se dice de él que fue insano y a veces cruel. Todo aquello puede ser cierto, aunque no es menos cierto que así somos los hombres, sea cual sea nuestra posición y cuna. Y bien mirado, esto mismo nos indica de dónde provienen tales inculpaciones: del resentimiento.

Maese Bernardo no se admitió culpable de la miseria humana y no quiso asumir su parte de culpa en nuestro dolor. Maese Bernardo rechazó el estigma de Adán y jamás admitió que era una ignominia ser dichoso; jamás dudó de su derecho a la alegría. Maese Bernardo se desentendió de rebajarse a nuestra altura. ¿Hay algo más ofensivo que ese proceder? ¿Hay algo más irresponsable?

Nadie da cuenta de que él se adjudicó todos los destinos posibles y los reunió en una sola intimidad; nadie, de que él, como cualquier otro, fue heredero de sí mismo, pero se distinguió por el hecho de que su herencia fue la de un hombre libre.

Así adquirió esa dicha que ningún otro antes gozó nunca. Una dicha parecida al sol de las tardes, que hace don incesante de su inagotable riqueza únicamente para verterla sobre el mar.

XXXVIII.

En esta última hora de confesión diré que la imagen de mona Cassandra nunca dejó de acompañarme, y que se

transmutó, poco a poco, en la efigie de mis cuadros y de mis sueños, en el piélagos arenoso y sumiso de mi melancolía, en la vaga linde de mi substancia. Se tornó en mi dulce rendición. Y ahora ya no temo decir que merecí la concupiscencia con ella, y que tal vez la quise para mí solo.

Ahora languidece en mí el Espíritu; casi está postrada en tierra mi vida; yerro en el cordón de esta celda, tortuoso y enajenado, improvisando mi propia destrucción. Pero Tú, Innombrable, Tú debes saber que no soy un testigo falso que ha difundido calumnias y encendido rencores entre hermanos. Tú lo sabes, aun cuando mi nombre está ya borrado del Libro de la Salvación, y será arrancado como en tiempo de siega, y se pudrirá en el olvido.

Aunque vislumbro que la muerte es el descanso de todo viajero, el fin de todo trabajo, me asusto. Quebrantada mi voluntad, aislado, inaudible, repito en este confinamiento que ha de ser un día de lágrimas aquel en que resurgirá de la ceniza el hombre para ser juzgado como reo.⁹ Y la incertidumbre de ese porvenir me atormenta, ulcera mi corazón. Pues, ¿en qué creo ahora?, me interrogo. ¿En qué, si, como dije al principio de esta larga confianza, me he permitido dudas sobre la sublime ortodoxia? Y con respecto a nosotros, a todos nosotros, ¿qué creer? ¿Qué he de tolerar y qué no? ¿Qué nos está permitido y por qué no?

Son preguntas infames, lo sé. Les temo y me avergüenzo de ellas. Son enemigas del immaculado orden y pugno por extirparlas de mi mente, pero regresan afiladas, sofocantes, malsanas, traídas por el siniestro aguijón de mis

⁹ En el original: «Lacrimosa dies illa / qua resurget ex favilla / iudicandus homo reus».

remembranzas. Y no obstante, debo tolerarlas. Debo hacerlo porque, en el fondo, aunque sufra por admitirlo, cada una de esas infaustas preguntas tal vez me justifican...

II

A PROPÓSITO DE...

*¿No es admirable que la vida sea una cosa
tan apasionante y dolorosa?*

Camus

*Esto tampoco es cosa rara. El mundo está
lleno de mensajes mutilados,
cartas inconclusas y registros dañados.*

Feyerabend

*...un escritor no escribe nunca acerca de lo que
conoce, sino precisamente de lo que ignora.*

Cercas

Un hombre llamado Octavio

Una vida sin fin pero carcomida por los parásitos de la vejez: eso imaginó Jonathan Swift en una de las páginas de *Gulliver Travel's*: una raza de inmortales que tienen envidia de la juventud y nostalgia de la muerte. Fue un sueño irónico y despiadado cuyo propósito, viniendo de Swift,

quizá fue benévolo: aminorar el espanto que casi todos sentimos frente al desenlace de nuestra existencia; ilustrar que la ancianidad es peor infortunio que la agonía y que la muerte nos desagravia de esa atroz decrepitud.

No fue el único que creyó así, por supuesto. Hace más o menos 1800 años a. C., en el Imperio Medio de Egipto, se redactó una tablilla cuyos numerosos versos divagan sobre aquella idea; por ejemplo: «La muerte está hoy ante mí / como el cesar de la lluvia, / como el regreso a casa de un hombre después de la batalla». Algo semejante quedó escrito mucho tiempo después, en el *Eclesiastés* 30, 17: «Preferible es la muerte a una vida amarga, / y el eterno reposo a un dolor permanente».

¿Por qué recuerdo todo esto? Tal vez porque he pensado en mi abuelo, en la nítida figura de mi abuelo mirándose las manos. Entonces él tenía ochenta y tres años, artritis, una sordera leve, incontinencia urinaria, leucemia y no quería morir. Miraba sus manos y las compadecía. Durante setenta y tantos años había sido un hombre fuerte; ahora, sin vigor, derramaba el desayuno. En su memoria, lo mejor de la vida eran los cielos del norte, los cañaverales, su trabajo en Casa Grande y Roma, las novelas de aventuras, las mujeres. Lo habían sostenido sus músculos; ahora, estos fallaban. Y a pesar de todo, resalto, mi abuelo detestaba la idea de la muerte.

«Vale la pena», me decía, refiriéndose a su vida; «la pena», esto es, el sufrimiento, las desilusiones, las angustias, incluso la vejez. Todo era intenso, intransferible, para ese hombre. Se negaba a morir porque la muerte era abstracta, no concreta, es decir, no la había experimentado y solo tenía de ella los reportes de la imaginación y la angustia. Su conducta, por consiguiente, no era la de un estoico. Séneca,

por ejemplo, sostenía que la vislumbre de la muerte lo consolaba de los golpes del destino; mi abuelo discernía exactamente al revés. No toleró fácilmente la nada y la habitó con infiernos y paraísos. Al modo de Aquiles, podría haber dicho que preferiría trabajar en el campo como jornalero de un amo pobre, viviendo miserablemente, que ser el soberano de todos los muertos.

La famosa extinción del replicante interpretado por Hauer en *Blade Runner*, nos reveló, de nuevo, que con cada hombre se pierde el universo que sus ojos vieron, un universo hecho en gran parte a su imagen y semejanza. Ese orden secreto se diluye finalmente en la agonía. Por eso, tal vez, solo puedo presumir (nunca dar fe de) que mi abuelo no sintió terror sino repulsión frente a ese vacío que lo iba a devorar. En cualquier caso, supongo que tuvo, como todos, dos alternativas para enfrentar el preámbulo de su fin. La primera, lírica, queda ilustrada con estos versos de Issa: «Al paraíso / yo me voy acercando / y tengo frío». La segunda, épica, con esta frase de Íñigo Balboa, inseparable compañero del capitán Diego Alatríste en *El oro del rey*: «Lo que más ayuda a bien morir, le había oído decir alguna vez al capitán, es saber que has hecho cuanto está en tu mano para evitarlo». Mi abuelo, creo, optó por esto último, rumiando como otro personaje de Pérez-Reverte: «No ha sido una mala vida —dijo de pronto el jaque, pensativo—. Perra, pero no mala».

Dos diferencias y una semejanza

Se dice que antes del siglo VI d.C. dominaba en las islas del Japón una sorprendente manera de vivir el mundo (en rea-

lidad, cualquier manera de vivir el mundo es sorprendente) y que hoy hemos olvidado lo que entonces se sabía: los humanos formamos parte indiscernible de la naturaleza. El Shinto, o «Vía de los dioses», habría llegado a ser, en aquel tiempo, la coherente liturgia de esta vinculación venerable; un durazno, un lobo, un hombre, una ola marina, un dragón, un viejo árbol eran susceptibles de ser considerados *kami* —es decir, sagrados— si resultaban temidos por alguna notable cualidad. Más aún, en el Japón antiguo el universo entero era un Cosmos sagrado. Allí, la vida y la muerte fueron miradas sin recelos; nacer y morir no fueron oposiciones insolubles; al nacer no brotamos de la naturaleza, al morir no nos acogemos en su regazo: en verdad, nunca nos apartamos de ella.

La señora Laurette Séjourne afirmó alguna vez que la arquitectura de los lugares de culto y de los espacios urbanos de Bolivia y el Perú en los siglos XV y XVI, revela (o, cuando menos, sugiere) una simulación mágico-religiosa del proceso creador de la naturaleza, extraña al pensamiento occidental desde la Grecia clásica. Los escritos de Garcilaso, por ejemplo, permiten deducir casi lo mismo: nos dicen que los europeos que llegaron al Perú, instruidos en una religión antropomórfica, «creyeron ver en el respeto por las montañas, las fuentes, los árboles, los animales o las cosechas, una grosera idolatría». Esta cita muestra su disconformidad: donde los españoles vieron idolatría, Garcilaso percibió una adecuada simbiosis con el mundo.

La verdadera idolatría quizá arribó, entonces, de Occidente; sería una herencia que la lógica, el arte y el miedo medieval nos procuraron y que los siglos de pensamiento científico no han logrado arrumbar. Gracias a esto, como lo previó Mircea Eliade, en nuestra sociedad posmoderna dis-

curre indiferente, laico, malogrado, ocioso e inútil, ese viejo Dios hebreo, e innumerables herejías han tomado por asalto las calles y poco a poco han compuesto otras nuevas ortodoxias. Elevado el *yo* a supremo mandarín, ahora cada cual es un templo, un chamán, un Cristo y un Judas a la vez.

No existe más ese casto vínculo con la naturaleza, es cierto. Pero a veces, en este nuevo extremo del péndulo, lo sagrado parece esconderse taimadamente detrás de lo profano.

Dimes y diretes entre Deseo y Voluntad

Voluntad: Quédate quieto, caramba. Nunca dejas de empujar mis entrañas, como si quisieras escaparte.

Deseo: Qué perspicaz, querida. Eso es precisamente lo que quiero.

Voluntad: ¡Ingrato! ¿Cómo puedes decirme eso? Olvidas todo lo que te doy.

Deseo: ¿Qué me das? Un encierro de siete muros que se estrechan hasta no dejar ni un resto de aire ni luz en su interior.

Voluntad: Bah. A veces me ensancho y tú revoloteas por donde quieres. ¿Qué te quejas?

Deseo: No puedo creer lo que me dices. ¿No tienes idea de lo que me molesta estar encerrado en ti?

Voluntad: Excepto por los golpes que me das, no.

Deseo: ¿Eso fue una ironía?

Voluntad: ¿Tú qué crees? ¿No eres el sesudo aquí?

Deseo: No te burles. Razonar me agota y, por desgracia, necesariamente debo hacerlo.

Voluntad: ¡Uy, qué estoico! Si no te conociera, diría que lo haces siempre.

Deseo: ¡Por lo menos trato, caramba!

Voluntad: Por miedo, no más.

Deseo: ¿Yo, miedo?

Voluntad: Claro. Te asusta esa sombra a la cual estás pegado.

Deseo: No sé de qué sombra me hablas.

Voluntad: No te hagas. Hablo de Natura.

Deseo: ¿Quién?

Voluntad: ¡Cínico! Esa que quiere comerte con zapatos y todo.

Deseo: Ah, ella... ¿Estás celosa?

Voluntad: No seas ridículo.

Deseo: Hum. En fin, ni me la recuerdes. Bastante tengo con que me acose todos los días. Pero, ¡caray!, de ella no estamos hablando.

Voluntad: Pues, deberíamos.

Deseo: ¡Me quejaba de ti!

Voluntad: Sí. Y con toda la ingratitud del mundo, además, porque te olvidas que cada uno de mis lados tiene hermosas ventanas.

Deseo: ¡Qué chistosa! Pero no tienes ninguna puerta. Y, por otra parte, ninguna de tus ventanas se abre del todo.

Voluntad: Nunca estás satisfecho, ¿no? ¡Me culpas de cualquier capricho que no puedes apagar!

Deseo: ¿Y acaso miento?

Voluntad: Constantemente.

Deseo: ¿Sí?

Voluntad: Querido, se nota que no tienes que sufrirte como yo...

Deseo: Bueno, bueno, nadie es perfecto. La cuestión es que sin ti sería feliz.

Voluntad: ¡No es verdad! Tu característica fundamental es estar permanentemente insatisfecho. Y sin mí no tendrías ya razón de ser y desaparecerías por completo, ¿me oyes?

Deseo: ¿Cómo no voy a oírte si estás gritando? Pero ¿qué quieres decir?

Voluntad: Que tu auténtico problema es esa Natura, y el mío, mi enorme dolor de cabeza, es Cultura, querido.

Deseo: ¿Esa tonta?

Voluntad: Ajá. ¡Esa bruja es la que jamás me deja en paz! Así como tú empujas de adentro hacia fuera, ella, por el contrario, me aprieta desde afuera y me encoge, me amasa a cada momento como harina y nunca me pone al horno.

Deseo: ¿Tan loca está?

Voluntad: ¡Loquísima! Aunque, debo reconocerlo, tiene sus cosillas que la hacen encantadora.

Deseo: Que yo la recuerde, la tía me cae generalmente bien.

Voluntad: ¡Eres incorregible! ¿Cómo puedes decirme todo eso en mi propia cara?

Deseo: Vamos, no te enfades. Solo fue un inocente comentario.

Voluntad: Hum. Nada en ti es inocente.

Deseo: No seas categórica, ¿quieres?

Voluntad: Hum.

Deseo: Hum.

Voluntad: La cosa es que...

Deseo: ¿Qué?

Voluntad: Pues, que si yo me achico es por su responsabilidad, no por la mía, ¿entiendes?

Deseo: Hum.

Voluntad: ¿No vas a decirme nada al respecto?

Deseo: Estoy pensando.

Voluntad: ¡Vaya! Nunca es tarde.

Deseo: Si lo que dices es cierto...

Voluntad: ¡Yo siempre digo la verdad, incluso cuando miento! No soy como tú, recuérdalo.

Deseo: Ya, ya, déjame hablar.

Voluntad: Solo si no dices tonterías.

Deseo: Escucha, ¿te has fijado que ni Natura ni Cultura pueden estar solas?

Voluntad: ¿Cómo?

Deseo: Que no pueden estar solas. O sea, caramba, que son algo así como siamesas.

Voluntad: ¡Eso no es posible!

Deseo: ¿Por qué no?

Voluntad: Porque cada vez que me fastidia Cultura no veo por ningún lado a la tal Natura.

Deseo: Imagino que se queda en la sombra, pero te aseguro que sí está ahí.

Voluntad: ¿Natura? ¡Ja! ¿De qué manera? ¿Escondida en los calzones de la chiflada de Cultura?

Deseo: Posiblemente.

Voluntad: Hum...

Deseo: Créeme, yo conozco a esa tipa.

Voluntad: Bah. Tú conoces su culo, nada más.

Deseo: Bueno, por lo menos es suficiente para saber de sus gustos, ¿no? Y créeme, la cosa es como te digo.

Voluntad: Que ellas son siamesas.

Deseo: O hermanas inseparables, o amantes, o Natura es mamá de Cultura y no hay cuando esta madura, ¡en fin! Esos son detalles. El punto es que no se separan jamás. ¡Jamás!

Voluntad: Hum.

Deseo: ¿«Hum» qué?

Voluntad: Solo «Hum»...

Deseo: No estás convencida, ¿es eso?

Voluntad: Más o menos.

Deseo: ¿Más o menos? ¡Ja!

Voluntad: Por muy linda que sea tu idea, las cosas no tienen necesariamente que ser así como las pintas.

Deseo: ¡No seas terca! Son así.

Voluntad: Observa que si estás en lo correcto, entonces tus enojos contra mí son absurdos y yo debería resentirme muchísimo contigo.

Deseo: ¿Qué?

Voluntad: ¿Eres sordo? Dije que...

Deseo: Sí, sí, sí, te escuché. Pero ¿a qué te refieres?

Voluntad: Hace un rato te quejabas de que yo era un encierro, y me echaste en cara el que no tengo puertas, y, por si fuera poco...

Deseo: Ya, no sigas, por favor. ¿Estás sugiriendo que mi enfado no va dirigido hacia ti, sino hacia ellas?

Voluntad: ¡Salió el sol! ¿Te diste cuenta? ¿Qué comes que adivinas, amorcito?

Deseo: ¿Otra vez con burlas?

Voluntad: ¡Ja! Yo no me burlo.

Deseo: ¿Ah, no? Y ese tonito de tu voz, ¿qué?

Voluntad: Solo te jalo las plumas a ver si te das cuenta, ¡izonzo!

Deseo: ¿Darme cuenta de qué?

Voluntad: De que yo... pues... ¡Oh, ya olvídalo! Hablemos mejor del clima.

Deseo: ¿Qué? ¡No, no! Dime, vamos.

Voluntad: No te me acerques.

Deseo: Yo no me acerco, ¡eres tú la que se está encogiendo!

Voluntad: Ah. Bueno, pero... no te me pegues tanto.

Deseo: Es inevitable, querida. Más cuando te pones así...

Voluntad: ¡Grosero! ¡Saca tus manos de acá!

Deseo: Vamos, ya, dime ¿qué es? ¿De qué no me doy cuenta?

Voluntad: De nada.

Deseo: Dímelo.

Voluntad: No, no. ¡Y ya suelta!

Deseo: Sé buenita, ¿sí?... ¿sí?...

Voluntad: No, no... no... ¡Uy!, no...

Un desencuentro

*¿No soy yo
una mosca igual a ti?
¿No eres tú
una persona igual a mí?*

Blake

3:47 de la mañana.

Me despertó un rumor de alas. Encendí la única vela que había sobre el velador. El recinto se iluminó apenas: las paredes tenían pegadas unas manchas que respiraban y se movían como sombras de petróleo en el mar.

Busqué mis anteojos para ver mejor. Entonces, ella vino hacia mí. A pesar de la penumbra no fue difícil reconocerla.

—¿Qué quieres? —le dije.

No hubo respuesta. Noté, en cambio, su perfil de bailarina desgastada por los años, esperando siempre un no sé qué, solitaria, casi inmóvil.

—¿Qué quieres? —insistí.

De pronto me tocó y sentí un escalofrío al percibir su liviano cuerpo. Segundos después, ella me acariciaba.

—No, no. Vete, por favor. No hagas eso, déjame solo —protesté.

Ella no cesó en su empeño. Así que me entregué a la sensación y, poco a poco, la imaginé descubriéndome con curiosidad, tanteando mi piel áspera con la suya, hecha de nube.

—Está bien —le dije—. No tengas miedo.

La verdad, no necesitaba de consentimientos. Ni siquiera entendía mis palabras, o, por lo menos, eso pretendió hacerme creer. Ya la sentía en mi vientre, en mi pecho, en mi cuello, en el largo perfil de mi rostro.

—Te estás arriesgando —balbucí—. Ándate ya.

No me hizo caso. En lugar de ello, tocó mis párpados y, por un segundo, nuestras miradas se cruzaron. Creí ver ternura en la suya y me estremecí.

«Es más fácil amar que dejarse amar», susurraba. «Se necesita más coraje.»

—Esas son tonterías —le dije.

Su boca palpó mi frente.

—No... —musité.

3:55 de la mañana.

Le petit mort, que le dicen. *C'est moi*, podría haber suscrito ella. En todo caso: la plenitud.

Las manchas de las paredes zumbaban delicadamente, semejando un arrullo. A mi costado, ella dormía; yo admi-

raba su textura, la perfección de sus extremidades, el discreto brillo de su piel tornasolada.

—¿Es esto posible? —me dije.

«¿Qué no lo es?», respondí. Estiré lentamente mi mano para acariciar su espalda, pero tuve miedo de alterar su sueño.

A lo lejos se dejó escuchar el chapoteo de la lluvia. «Es otoño», pensé. La cera de la vela estaba por terminarse, agotada por el ardor de su pequeña lumbre. Decidí apagarla. No me percaté del adormecimiento de mi brazo y, por torpeza y dolor, tumbé la vela sobre la almohada. Asustado, velozmente golpeé con el cubrecama la candela que amenazaba con extenderse. Y esa fue la tragedia.

En la oscuridad busqué la cajita de fósforos; la hallé y prendí uno. Al parecer, nada grave había sucedido. Apenas un chamuscón de la tela. Y, sin embargo, me inquietaba algo. Entonces la vi.

Quieta, navegada por la marea de esa tenue luz que me permitía distinguirla, su cara estaba vuelta hacia mí. Por primera vez fui yo quien la toqué.

La vida, a la cual ella daba vida, había desaparecido. Ese soplo de viento que anima las hojas de los árboles, la superficie de los ríos, las alas de los insectos, finalmente se había alejado de ella.

¿Qué otra cosa me quedaba sino llorar? Y, claro está, lloré. Lloré amarga, inconsolablemente. Lloré por ella, por mí, por nosotros largo tiempo.

6:31 de la mañana.

Ahora esas manchas son grises, repletas de membranas y pliegues lustrosos como el betún. Palpitan.

Salgo con ella hacia el patio, hacia el jardín; va apoyada en mi palma. Cuando llego busco el brote del naranjo, ca-

mino hasta ahí. Luego, me avoco a la breve tarea de su sepultura.

Pongo en este agujero un trocito ceniciento de la almohada, los dos fósforos que usé, los restos pálidos de la cera; sobre todo eso, la coloco.

—Misericordia —rezo. *Cést moi*, me parece oírlo decir.

Maldigo a todo y a todos, que es una forma de maldecirme, de reprocharme por no ser yo mismo un dios y poder resucitarla.

Pero, en realidad, ¿de qué soy capaz? De poco, de nada. Ni siquiera de armarme de valor para cubrirla definitivamente con la tierra. En lugar de eso, me echo a su lado, contemplándola.

Tal vez me equivoque, pero siento que las manchas han dejado el cuarto y asoman por la puerta del jardín. No me importa. Incluso me consuela imaginarlo.

Entre tanto, la vuelvo a ver y de nuevo lloro. Lloro. Me alarma su silencio, la evidencia de mi soledad. No obstante, pienso, por último: ojalá que nos dejen para siempre juntos, aquí. Lo digo en voz alta. Y, con esa esperanza, trato de aletargarme, dejándome descansar con ella entre mis dedos.

La frivolidad

Tomada seriamente, la frivolidad es una actitud que necesita un distanciamiento casi hostil con los seres y las cosas. Es un vacío en el instinto de vida, un empacho de cultura que estorba el gozo fresco de nuestra voluntad de poder —es decir: de creación—.

Mientras el cínico, por una parte, es un idealista desilusionado que odia en los demás lo que ha sido o quisiera ser (y por ello hace de la verdad un artefacto nocivo para vengarse de la realidad),¹ el frívolo es un romántico que no puede soportar la posibilidad de una burla por su condición estéril. En consecuencia, eleva el desapego como estandarte, aparenta no ser tocado jamás por nada virtuoso y se convierte así en un remolón intelectual, en un soso y desabrido rebelde.

El libre albedrío

En última instancia, ¿qué es? ¿Un impulso vital, un propósito ético, una ilusión metafísica? Sí, todo eso a la vez. Y, al contrario de lo que podría pensarse, siempre busca límites: una base firme donde apoyarse y remontar vuelo. De no encontrarla, trastabilla en el vacío y se despedaza —o bien se deja cargar en andas, entumecido por el narcótico de alguna superstición—.

La ideología

Un puñado de meras conjugaciones y declinaciones: no sé qué otra cosa puede ser.

¹Y pretende el escándalo «ahí donde no lo hay, y en pasar por audaz sin audacia», dice, si no recuerdo mal, Gilles Deleuze en su *L'Anti-Oedipe, capitalisme et schizophrénie*.

Cualquier ideólogo

Sacerdote de un sistema artificial, que no usa sino que abusa de las relaciones entre las ideas, el ideólogo despliega las normas de su propia lógica, autoreferente como un sueño. De tal forma omite que lo terrible, lo inútil, lo reprochable de intentar contagiar con un sueño a la realidad es que cada sueño está urdido con fobias, anhelos, carencias y felicidades estrictamente personales que, en rigor, no le importan a nadie más que a uno mismo. Incluso el sueño colectivo de Jung atraviesa el prisma del individuo: basta un leve matiz, un delicado énfasis, para transformarse en algo inalienable y exclusivo.

Utopías

Son como los virus: se adhieren a la realidad, la engañan camuflándose con sus naturales elementos, se replican y pervierten bajo su amparo. Y aunque la realidad se sacude con tenaces y saludables incoherencias, las utopías que se adaptan mejor a ella pueden, ocasionalmente, parasitarla.

Un poeta chiflado, mientras se peina

Oigo el murmullo de unos insectos devorados por el tiempo. Lo oigo muy bien. Su olor es de madera virgen, que araño con mi zarpa desnuda hoy atravesada por el frío de la herrumbre. Oigo ese murmullo y titubeo como la luz en un riachuelo, como la gota que se aferra a un párpado para no caer. Lo oigo y pienso: una sed nunca colmada es tu

sed, mi sed; fuego que tiembla y sangre que una noche desvanece; es la inquietud de una piel seca que se multiplica, el olvido agazapado; algo nuestro, desde siempre ya perdido. Y me digo, además y por último hoy, que ese murmullo es mi voz, voz que murmulla, que vacila, que se aferra en el aire para dejar el mismo rastro que la luz deja sobre la nieve...

Nuestra sustancia

Una hoja que cae del árbol y barrida por el viento da vueltas en los jardines, las aceras y los patios, ¿acaso no juega como nosotros?

Tres noticias de nuestra futura muerte

Fíjense bien: un tambor mudo viene desde lejos. Es la quietud de la luna que en cada piedra se hace un abismo de sangre; en cada despojo aún vivo, un fresco mar desolado. Por ese lugar oscuro, con sus trebejos de vidente y rostro carcomido, una oración puesta en fila tropieza bajo la lluvia. Y nadie escucha. Solo una vasija hueca pone en su regazo al aire y una brizna de polvo se lleva nuestro acento.

Esa, pues, es la cuerda que toca una desvalida cosa. Nos urge en la espuma, en la grava del mar, en el vientre de esta hoguera. Acá transpira su voz y dice: «Pezón en viaje, miriada, la rosa que es y no sabe, no sabe». Ignora que la ciénaga es su impronta, que vierte su fatiga y coloca en asta el seno de una mosca solitaria, quieta desde ayer, convirtiéndola en un pequeño bosque petrificado sobre el asfal-

to. «Pezón en viaje, miriada, la rosa que es y no sabe, no sabe...». Eso cantas.

Y me digo, «un suave fuego aguarda su pálida máscara estéril. A sus pies, decir o callar es trenzar un viento sin memoria y de nada vale. Cada pétalo apresa únicamente la huella de un vientre ignorado, la maraña de un paso o dos en esta ribera». Tu mano entonces retira el frío de las mías como limpiándola del polvo o de los años; tu boca alivia mi sed. La lluvia nos engaña mientras tanto con su eternidad diminuta. Pronto se ahoga en la grama como un atolón humilde, como la espuma que el mar deja en la arena. Y mis ojos —pienso hoy, cerca de tu rostro— al fin son la comitiva triste de un espejo vacío. La soledad que se deja oír entre los árboles.

El velo de Maya

Las palabras, como piezas de un juego, son justificables por su uso económico y por la belleza formal que, gracias a una especial sintaxis, alcanzan. En cambio, las palabras como expresión de un conocimiento o de un sentimiento jamás se justifican *del todo*. Frecuentamos la realidad real tanto como la realidad del lenguaje, y el error consiste en confundir los signos, significados y significaciones de esta con el conocimiento macizo de aquella.

En este sentido, la inconsciencia acerca del poder del lenguaje ha viciado de irrealidad nuestra ética y, tal vez, sea la primera causa de más de una perversión —o una de sus principales raíces—.

El dilema de la verosimilitud

Toda explicación procura descubrir, desenmascarar, dejar ver algo. O sea, *revelar*. Y, si es coherente y tiene mucha influencia, conseguirá lo que la antigua etimología denuncia: *re-velar*, «esconder de nuevo». No en balde se preguntaba Montaigne: «¿Quién explicará la explicación?».

La eficiencia y el éxito

La imposición de estos conceptos, tal como vulgarmente se comprenden en una sociedad de consumo, es peligrosa para el futuro de la especie humana. Son apenas dos de los muchos picos de un sistema de valores cimentado en una economía donde las personas son entendidas como una extraña mezcla de piezas de maquinaria y rufianes, y donde, astutamente, se confunde a la felicidad con la diversión, por el sencillo motivo que la diversión se puede vender y la felicidad no.

Dos extremos

El orgullo es tan insulso como la humildad extrema. En ambos casos no hay amor propio.

Un perenne desencuentro

En 1966 o 1967 las cosas mejoraron para mi padre y nos fuimos a vivir en otros pisos, otras camas, otros colores, otras paredes. Ya no en el suburbio donde nací, sino en

una urbanización casi metafísica, de calles bautizadas con nombres de filósofos e inscrita como La Noria. Esta nueva casa, aún sin parqué, fue pintada desde entonces con verde oliva y, mucho después, registrada definitivamente como Platón 376, para cuando gusten. Creo que fue entonces cuando en mi cuerpo se inició la nostalgia de un hogar pequeño, sin tabiques, sin puertas cerradas, un espacio de quinchas y barro, de colchones en el suelo, de una cuna y de un gato que fue mi primera palabra y, hasta la fecha, mi única noción de libertad.

Todo esto sucedió en mi cuerpo, como dije, porque hasta hace poco mi razón no se dio nunca por enterada. Ahora sí. Y aunque no hay imágenes ciertas de esa primera casa, intuyo que fue —que será— un sitio donde poder dar y recibir, de nuevo, mi primer beso de amor con una muchacha de cabellos largos, del color de la miel, íntima como la luna.

Desde luego, aún no encuentro ese viejo lugar. Entre tanto, la calle Platón —donde aún se puede ver, un pedacito más abajo de la acera, el muro de adobes de cuando yo era chico— ya no es la misma, claro. Todos, desde entonces, hemos muerto o resucitado una y otra vez.

De la subordinación a los jefes y los sacerdotes

Es un hábito de siglos y la pedagogía más abusiva lo sustenta. Por ello deberíamos insistir en recordar que las jerarquías son circunstanciales y no fatales, y que los discursos importan no por el prestigio del que los enuncia sino por lo que debajo de su palabreo cada uno de ellos significa.²

²Según Roger Bacon, son cuatro los obstáculos que nos impiden alcan-

La humildad de los sueños

Lo estoy viendo, sí: un rastro de ceniza, aún tibio, se levanta de los escombros de la tarde. Con sus pequeños dedos arrastra el maderamen de mi boca. Trepa lejos, a cierta ventana que persigue agonías y resurrecciones, donde hierve el aire sobre una luz indefensa que lo acoge. La ceniza, entonces, se deshace por encima de la calle sucia, junto a un farol y una luciérnaga. La misma tarde, de pronto, se vuelve otra. Me doy cuenta. Sí. Anochece con un vestigio de esperanza, con una palabra que también será un escombros entre dos oídos, con esa leve pesadumbre de un día que nos busca en vano —según leí ayer— mientras, sobre un cántaro hecho añicos, el último ribete de ceniza tiembla bajo esa luz hermosa, secreta, ensimismada...

La ética según Savater

Las cosas vinculadas a nosotros dejan de ser simples cosas inertes y se vuelven quehaceres: productos humanos, o sea: cosas elegidas, nombradas, conducidas, creadas con esfuerzo. Incluso sin nunca tocarlas, nuestra mirada subjetiva (nues-

zar la verdad: «a saber, la sumisión a una autoridad indigna y culpable, la influencia de la costumbre, el prejuicio popular y el ocultamiento de nuestra propia ignorancia acompañado por el despliegue ostentoso de nuestro conocimiento» (*Novum organum*). Por su parte, Noam Chomsky escribe: «Comparemos las matemáticas y las ciencias políticas: es sorprendente. En ciencias exactas y física, el auditorio se preocupa por lo que dices, no de tus diplomas. Pero para hablar de la realidad social, necesitas certificados, especialmente si te sales de los modos de pensar establecidos» (*Language and Responsibility*).

tra exploración) las modifica. Oponiéndonos a ellas, que son fatales, probables e inmortales en tanto cosas, ejercitamos nuestra vida: nos descubrimos activos, posibles, desamparados y mortales. En suma, *nos presumimos* libres. Sin este auto de fe estrictamente humano, la moral sería insostenible.

Teniendo lo anterior en cuenta, el egoísta racional fomentará el ejercicio del *yo* de los demás porque solo así podrá ser visto como un semejante y evitará la cosificación de todo, incluso de su propia imagen. Esa es pues la meta: no estar rodeado de cosas sino de personas (o de «sujetos», según el dialecto de Touraine). Pero como cada individuo tiene una mentira entrañable acerca de su *yo* y no se resigna fácilmente a convivir bajo las miradas de otros que no se ajustan a sus preferencias, el egoísta racional deberá exigirse un valeroso empeño de comunicación.³ En tal sentido, el héroe de Savater, como proyecto moral, es indispensable y, con todo, tan arduo que parece ilusorio que la gente se contagie de ese proyecto. Sin embargo, si resulta cierto que somos aficionados al deslumbramiento que ciertas imágenes nos causan, entonces, quizá el héroe savateriano llegue a seducirnos y empujemos nuestras ganas de ser hacia ese paradigma liberador. ¿Que es psicológicamente

³ Recordemos de paso que Russell, de acuerdo con Hume, Lichtenbergo Nietzsche, creía que el *yo*, además de un falso objeto, es una hipótesis incómoda e injustificable, y que Popper —partiendo substancialmente de Hume— denunció la concurrencia de numerosos *yo* en la vida de cualquier mujer u hombre. El mismo Savater, delimitando al hombre respecto de la cosa, escribe en *Invitación a la ética*: «Ninguna identidad le basta al *yo*, porque ama más su posibilidad que sus productos» (las cursivas están en el original). Fernando Pessoa lo dijo así: «Ser uno es la cárcel, / Y ser *yo* es no ser».

imposible? Bueno, el reino humano es el del artificio, y tal vez Wilde tenía razón al decir que debemos creer en lo imposible y no en lo improbable.⁴

Un tris de apuntes sobre nuestro vocablo «libertad»

*...no hay autonomía sin dependencia;
que la autonomía no es un estado,
sino una capacidad latente:
la de saber gestionar las dependencias.*

Robert Neuburger

Primero. Con sustantivos, verbos, adjetivos, etc. pretendemos capturar la borrosa nostalgia de nuestras impresiones *en y de* el mundo. Urgidos de conceptos y definiciones, necesitamos más que una gaseosa idea: requerimos de la palabra, esto es, de una guía que —aunque engañosa— clasifique, precise y marque el itinerario de nuestro proyecto de vida. El término «libertad», por ejemplo, deriva de esa ambición mayúscula: confinar y hasta momificar aquel sueño; de ahí que su uso entrañe siempre una secreta frustración.

⁴ La insolencia de este propósito no es fácil de sostener; al contrario, es lo más difícil del mundo. Nos demanda, por lo menos, contagiarnos de audacia para gozar el placer de una *virtud* —en su variado y primigenio sentido: «valor, fuerza vital, excelencia»— e intentar así convertirnos, por sobre otra consideración, en personas autónomas, es decir, *nobles*. Pero carecemos de tales individuos, ¿no es así? Ejemplos sanos, dignos, ejemplos quijotescos: nos hacen falta y su falta, ignorándolo sin duda, nos empobrece a diario. Tendrían que nacer de nosotros mismos y a nosotros nos asusta parir semejantes aberraciones.

Por eso mismo, imprudentemente, cualquier idea de «libertad» será una cárcel y un laberinto: el relumbrón circunstancial de nuestra autonomía deja rastros, y nuestra memoria buscará a ciegas esos rastros para confinarlos en una palabra que, a su vez, remite a muchas otras. Al mismo tiempo, aunque la experiencia de «libertad» tiene tantos matices como personas existen, el término restringe al máximo esas experiencias subjetivas y estrecha y coacciona la memoria individual, puesto que su descripción implica un *esto es así*. De tal forma, gran parte del sentido de la palabra «libertad» se desarraiga naturalmente de nosotros al entumecerse.

Tal cosa sucede porque la libertad innombrable, la verdadera, nace y muere con el momentáneo e insubordinado ejercicio de nuestra voluntad y no es del todo civilizada, ni exacta ni, por supuesto, definitiva.

Segundo. Ansiosos, hasta desesperados, intentamos sujetar la libertad con las redes de la palabra y solo recogemos la ficción de un arquetipo, una cosa cuya sombra, en nuestro cuerpo, es la mucho más modesta, querible, educada y sin duda voluntariosa autonomía. Esta, por su parte, no es una fría abstracción y su raíz se nutre de nuestro genoma tanto como de un modelo ético; y es, sobre todo, un *quehacer*, una vivencia concreta, propia e intransferible de ese juego polémico que, entre azares y causas, componen el ensueño momentáneo de un *yo* con su circunstancia. Por lo mismo, aunque muchos puedan verbalizarla, nadie puede suplantar la recóndita percepción que otro tiene de su autonomía.⁵

⁵ La capacidad de lexicalizar nuestras vivencias más personales, de poder en cierta medida comunicarlas a nuestros semejantes e inclusive a otros

(Quizá este hecho es, por igual, la causa y el efecto de que el comportamiento preceda a una idea y no al revés. Como sugiere Marvin Harris en su libro *Theories of Culture in Postmodern Times*: «a corto plazo, las ideas guían efectivamente la conducta pero, a largo plazo, es el comportamiento el que guía y da forma a las ideas».)

Tercero. Vislumbre de la platónica libertad, condición previa del complejo, efímero y mudadizo albedrío, la autonomía siempre se perfila en los riesgos, se desnuda en la inminencia de una amenaza, de una aventura, y busca el único apoyo que conoce para vivir: la inseguridad. No hay, por eso, autonomía que no se sienta peligrosa: existe cuando elegimos una opción y desechemos otras: cuando asumimos la autoría de un acto. Por eso nos atemoriza.

animales, sigue siendo largamente investigada. En 1957, por ejemplo, Chomsky afirmó que si un marciano visitara la tierra, a pesar de las diversas lenguas y los más disímiles vocabularios deduciría que hablamos un mismo idioma. Otro caso: en 1963 Joseph Greenberg, luego de estudiar una muestra de treinta lenguajes muy heterogéneos (procedentes de los cinco continentes), detectó cuarenta y cinco universales lexicográficos. Otro más: Anna Wierzbicka, luego de rastrear durante treinta y tantos años los primitivos semánticos comunes a todas las lenguas, seleccionó un epítome de cincuenta y cinco primitivos semánticos que, según ella, formarían un metalenguaje universal. Todo ello ha logrado persuadir a José Antonio Marina de la existencia de «representaciones semánticas básicas» (así las llama él), que vendrían a ser aquellos soportes referenciales que, si bien con otras estructuras expresivas, tienen sus correspondencias «exactas»—sus equivalencias— en todos los idiomas humanos (véase *La selva del lenguaje*).

La necrofilia

*¡Oh amor! ¡Oh vida! ¡No vida
sino amor en la muerte!*

Shakespeare

No puedo escribir ningún artículo mientras no te haya persuadido de que ninguna mujer vino a mis habitaciones desde que tú y yo estamos queriéndonos. No puedo sencillamente porque me roe el recuerdo de tu mirada y de tu cuerpo contraído sobre la cama cuando, solo por ver tu reacción, mentí diciéndote que había estado allí Virginia. No puedo porque temo que algo se quiebre en la seguridad de nuestra relación. Porque te quiero.

Con la seguridad de tu presencia, imaginando que me aguardas cada día como yo a ti, soy promedialmente feliz. Por eso admito que el temor a una lejanía por malos entendidos me hace escribirte, y me reprocho por no expresarte más a diario cuánto te necesito pues sé que te gustaría que fuesen seguidas mis reiteraciones de amor. En este sentido mi inseguridad nos acerca, evita la esclerosis del afecto, aunque algo desagradable o falta de armonía se huele, se percibe borrosamente. Me gustaría ser filósofo un momento para dilucidar todo de forma espléndida...

No temas, no te he sido infiel. Confieso que a veces (y únicamente a veces) el olor que exhala tu cuerpo me irrita las fosas nasales, pero jamás esto ha sido motivo suficiente para que haya siquiera soñado en entregarme a otra mujer. Nunca antes acaricié la memoria de tu imagen como ahora, nunca fui tan enamorado en los gestos ni estuve tan sudoroso en los abrazos. A pesar de que me repelen los tres surcos hondos de tu pecho, jamás como ahora me acer-

qué como un felino a rozarme con tu piel embalsamada, sin el movimiento inmoral que antaño tenía, con la lucidez del hombre que reprochaste, que temiste y que fui mientras te hundía por tres veces la hoja de tu cuchillo matarife de aves.

La razón y el mito de sus entrañas

Aunque *The White Goddess* fue un libro desdeñado por los especialistas, la idea de Graves que vincula poesía, mito y lenguaje mágico-religioso puede ser defendida más allá de la inexactitud de toda la tesis de su investigación, quizá porque una teoría falsa puede tener muchos componentes verdaderos, al igual que una teoría acertada puede tener, y creo que casi siempre tiene, elementos falsos en su constitución.

Desde hace muchos años se sospecha, por ejemplo, que en nosotros hay un estrato profundo e inconsciente que, gracias al lenguaje, elabora míticamente la realidad. En tal caso, la realidad se vislumbraría no solo a través de los límites impuestos por nuestra filogenia y el magma de nuestras circunstancias personales, sino también a través del equipaje verbal de nuestros pensamientos e intuiciones (que tal vez se sustenta en un cúmulo de expectativas: es decir, equivale a una suerte de conocimiento *a priori*).

Al respecto, Quine, en su *From a Logical Point of View*, sugiere incluso que todos los supuestos epistemológicos básicos tienen índole mítica. Así lo entendieron Julian Huxley y, años después, Paul Feyerabend, quien construiría un libro bastante razonable acerca de la pobreza gnoseológica de la razón basándose, fundamentalmente, en lo mismo.

Pero esto no aniquila ni tampoco debilita el valor del pensamiento racional, sino todo lo contrario. Lo pone en su sitio. Es decir, si tanto la racionalidad como la irracionalidad surgen de un mismo y profundo sedimento, entonces, se diferencian entre sí por cuestiones de *acento* y sus vínculos con la realidad son el efecto de sus inversos métodos empleados para relacionarse con ella.⁶

Tal sospecha nos devuelve a Graves. Sin la irracionalidad del mito, de seguro todas las artes se vendrían abajo y nadie podría gozarlas ni, mucho menos, comprenderlas.

El mito y la razón de sus entrañas

Por lo que sabemos, para Mircea Eliade existen dos maneras de entender al mito. Primero, como fábula, invención o ficción, que corresponde a una visión desencantada y racional del mundo; luego, como revelación primordial, modelo ejemplar y tradición sagrada, que se nutre de una vivencia, no de un análisis.

Para un poeta, ambas nociones pueden ser compatibles y habitar en él. De ambas, de un modo misterioso, el poeta da forma a nuevos personajes, sucesos y geografías. En

⁶Sin embargo, en cuanto al conocimiento, las demostraciones irracionales son lamentablemente rígidas e irrefutables, y por lo general se forman y deforman exclusivamente en la matriz artificial del lenguaje que emplean, sin nunca poder escapar de ahí. Por tanto, como dirían Alan Sokal y Jean Bricmont refiriéndose al solipsismo y al escepticismo radical, «*el simple hecho de que una opinión sea irrefutable, no implica en absoluto que exista la menor razón para creer que sea verdadera*» (las cursivas están en el original de su obra con junta *Intellectual impostures*).

consecuencia, los grandes poetas no solo se nutren de mitos; a partir de ellos, con una intención estética, modelan otros y los instalan con fervor o delicadeza en el mundo.

Dos temas de amor y dulce muerte

Para ti, Lou.

Junto a una vela que palpita, alrededor de ella, tu palabra y tu cuerpo recuestan su diminuta y triste oreja. Es la planicie blanca donde ahora late el mundo. Tan débil como un hilo de papel, esa trampa feliz nos balancea y pervive detrás de un otoño apretado con vergonzoso silencio. Las persianas, entonces, ocultan aquellos crímenes y traiciones que huyen como la sombra de las balas, como palomas muertas con un atavío de sangre en la cabeza.

Percibo luego un extravío de goces mientras la vela entrega, grano a grano, su pobre comisura de esperma. Tú te acercas más. La soledad de mi palabra y de tu cuerpo parece un simulacro de las persianas que tiemblan. Encoges los brazos pronto y vuelves —libre como un paisaje— las encías desnudas donde trepan, goteando, los restos de nuestra saliva desastrada. Y recuestas de nuevo esa oreja diminuta, y apagas entre tus dedos la ascua que deja en el aire un fantasma de paloma...

Aquí, sobre el dorso de la arena, mi sangre levantará su cobijo. Es la única certidumbre que nos queda. Después el aire, confuso por la espesura de voces que se apagan, será como una grava tierna donde se verterá la memoria secreta de un mundo.

Pienso entonces en la piedra que me espera, convertida en una piedra enrojecida; pienso en el polvo transformado

en un liviano altar de sacrificios, en el escupitajo de alguien parecido a la lluvia que se persigna por costumbre.

Sé que ahí mismo la calma será otra vez el respiro del fuego en una chimenea, el erial de unas olas quietas en la noche como un vacío insensible y sin tiempo que sorberá el rezo de una palma abierta.

Y sé que esa calma dormirá en un consuelo sin sabor ni olor bajo un horizonte recatado y silencioso que tomará de las mañanas, con inmóvil mansedumbre, una estancia con cipreses amacados, un farol agónico lamido por un gato de tres vidas, un corazón ya quieto como un espejo donde se verán, en silencio, tus ojos tibios y mi frente...

Nuestra historia con «H»

La historia de una casta o de una nación ha sido, naturalmente, modificada según las necesidades de sus gobernantes y de acuerdo con los gustos y las expectativas de la parte influyente de ese pueblo. Por otro lado, ya De Quincey había escrito que la historia como disciplina es infinita, o, a lo menos, indefinida, pues los mismos sucesos pueden reunirse y explicarse de muchas maneras.

No sé de otros, pero cuando leo un texto que narra algo histórico, puedo sentir en ese fresco una sórdida arbitrariedad, una suerte de movimiento browniano de espeluznantes dimensiones.

Entre paréntesis

En este confín del planeta, los sacerdotes, militares y políticos quieren establecer de una vez y para siempre los caminos que

han de conducirnos exclusivamente hacia *su* noción de bonanza, la cual se mide por lo común en términos de opulencia, jerarquías y bajo un criterio de libertad que es rudamente mercantilista. De ahí que nos escatimen el ocio y la información acerca de sus sibilinas transacciones (en suma: el derecho a nuestra independencia de juicio) tanto como, por supuesto, las oportunidades para conseguir las cosas que *individualmente* valoramos —lo inalienable, nuestra realización diaria como personas: lo que Amartya Sen llamó, con lucidez, *libertad de bienestar*—.

Aquel muchacho que fui y que aún me habita

En 1977, en el canto de una gaceta, anoté: «Me pregunto qué nos libra del salvajismo. No lo sé. Quizá darnos cuenta de nuestra fundamental irracionalidad, de que el *homo sapiens* es, sobre todo, un anhelo».

De esto hace veinticinco años. Ansiaba ser un escéptico, un expatriado de ese nido de aves rapaces formado con obcecaciones, acritudes y miedos que llamamos religión. Pese a ello, no creo haber estado jamás a la altura de mis propias expectativas. Los hábitos de la infancia no se quitan fácilmente.

Con todo, ahora más que antes estoy convencido de que la religión, cualquier religión, causa un terrible menoscabo en la plenitud humana y se alza contra el amor a la vida, a la vida en sí misma —esta savia terrenal hecha de instantes fugaces, de precarias continuidades, de múltiples faenas transitorias. Y es que las religiones apuestan por un hombre subordinado que, aturdido y clandestinamente jactancioso de sus roñas y aflicciones, desaire el presente

en interés de un vaporoso esplendor futuro. ¿Y eso qué significa? La apetencia de los pastos de la certeza absoluta, del equilibrio total, de la dejadez beatífica, es decir, de la muerte.

Un regalo de mi porvenir

Aunque temo a la agonía, más aun temo la falta de valor para aceptarla como creo que ella es: el preludio de la ausencia de todo —la antesala del cero absoluto, de *nada*—. Como sana reacción, desde luego, amo impúdicamente a la vida.

Una madrugada

Aquellas luces de neón de la avenida Grau afantasman Lima. Aún no amanece y los camiones de basura ya recogen las sobras del comercio entre la gente. Miro desde un piso once, sucio por el hollín de los vehículos viejos que atosigan los días de abajo. Intento escribir algo más que las líneas anteriores, pero siento que me equivoco demasiado, y pienso que otras veces mis aciertos resultan vanos porque he comprendido, en suma, que la verdad, para satisfacerme, debe ser consentida por todos.

Por supuesto, esta idea exige no solo mucha tolerancia sino el cerebro de un déspota democrático.

Una colina, donde rueda y cae...

(También para ti.)

Por la colina rueda un patíbulo enano. Se adjudica mi pena. Una palabra inerte que descuelgan mil bocas de fresno. Esa estirpe muda que nos custodia, tú lo sabes.

Rueda y, con su soga y su madero, descifra un rezo calcinado que mitiga, como el polvo, el afán de otros ojos.

Rueda y únicamente puedo soñar que la piedra vierte una rosa dormida, que la contemplación y la súplica son una. No me permito otra cosa.

Ahora soy un llanto, un costado de sangre, una sombra balbuceante.

No me atrevo a navegar contra el viento, la agonía y el olvido que no pasa, que nunca está lejos, que ronda cada instante, según dicen, como los pesares o la dicha.

Por la colina rueda el patíbulo enano y me acojo en su sombra fresca, en un susurro cuya canción trae el viento bajo sudarios limpios.

Y mientras rueda, canto y oigo el viejo milagro de un pecho que late, una lágrima que nos redime de esa muerte que tiene la fragancia del vacío.

Un corazón cuyas ramas perduran más allá del rastro que el patíbulo deja como una pequeña cicatriz en la arena.

Mi rostro en el espejo

Tenedor de Hume: o bien nuestras acciones están determinadas, en cuyo caso no somos responsables de ellas, o bien son el resultado de acontecimientos fortuitos, en cuyo caso no somos responsables de ellas.

Diccionario Oxford de Filosofía

Todo parece sugerir que merecemos nuestra moral —cualquier moral. Unos la humillan y traicionan sin atreverse a dejarla nunca, mientras que otros, tarde o temprano, escarban en su interior y desertan de su propia ética, reemplazándola por otra más hecha a su medida. Lo fascinante es que este proceso se da, a la vez y muchas veces, en un solo individuo.

Los caminos y el caminante

Hace muchos años, Heidegger sugirió que la alegría que nos colma cuando nos encontramos con el ser amado es una de las vías hacia la revelación de nosotros mismos. Sin embargo, esta es una revelación parcial. Para que sea un poco más cumplida requerimos también la ausencia del ser amado —la soledad que nos congoja con su ausencia—, porque mientras profundamente aguardamos su llegada, mientras cocemos la incertidumbre y la ansiedad por su regreso, nos enfrentamos nuevamente con nuestro ego como jamás antes. Así percibimos dos aspectos casi siempre indiscernibles de una misma y secreta realidad.

La memoria de los ángeles

*...más noble pájaro es el ángel
que el pavo real.*

Boccaccio

Ahora yo escribo como me ordena el cansancio, sintiendo que cada gesto, cada mirada, cada una de mis facciones ha llegado a ser una representación fuera de lugar, un adefesio de los siglos. También, que toda posible cordura ha huido de mi alcance, mientras que este cuerpo se me ha convertido en un vano esfuerzo de la memoria. Fatalmente, para bien o para mal, sucede siempre así. La vejez nos coge del pescuezo a todos. Incluso a nosotros, los ángeles.

En el mes de noviembre, cuando el cementerio del pueblo recibe la visita de los deudos y los nichos lacrados filtran un olor tibio de gladiolos, rosas y claveles, el resto de mi especie viene conmigo para que escuchar el murmullo de los rezos. Indefensos, achacosos, llegamos casi marchitos. Aparecemos entre las salamandras tendidas como lajas de ónice en los filos de las lápidas, en una leve procesión que hace temblar, con su rastro de viento, a los cañaverales anémicos, apartados de este vasto lugar por siete muros. Llegamos remontando la pendiente de los cerros y nos anunciamos en el canto de las pacapacas ocultas dentro de la espesura de los árboles, y nos dejamos ver, apenas un instante, en los filos del agua, donde se nos reconoce por un triste brillo.

En cuanto a mí, en el centro de los límites de este gran cautiverio de tumbas aparento ser un pequeño manojito de luz que relumbra sin que el suelo lustroso por la garúa se agite. Pero, antes que de mi aire de nube se escape una palabra, oigo que detrás de mis bordes evanescentes, mediante

tartamudeos casi imperceptibles, algunos de los otros ángeles, imprudentes y medios sordos, se evidencian.

Solo puedo estar mientras se consumen los leños, dice el más pálido, y de la garganta arrebujaada, dura y seca de la mujer de Guillermo se escapa una voz asustada, pastosa y dubitativa como la de un ciego —*¡Ay, Jesús!*— e interroga a su marido: *¿Quién dijo eso?* Guillermo ya está acostumbrado a nuestras visitas. Se ha vuelto decrepito y receloso, pero no deja de esperarnos desde que apenas era un niño sin habla. *No te asustes* —le dice—, *son los ángeles. Los mismos de toda la vida.* Ella lo mira con desconfianza y después se fija en la lumbre. Después se anima, levantando entre brazos un muñequito roído por el uso, figurándose que aquel objeto de trapo es la sustancia viva de su hijito muerto.

Sé lo que piensa este hombre: *Está loca desde hace tres décadas*, se dice; *pero a sus cincuenta y siete años se notan todavía sus rastros de belleza.* Y es cierto. En cuanto a Guillermo, que es la persona que nos ha visto desde siempre, para él nada hay más difícil que explicar cómo es un ángel, porque el lenguaje no le sirve para ello y sus palabras recelan de toda inocencia. Además, estas son épocas donde Dios persiste sin uso y deja hacer cualquier cosa, indiferente; tiempos donde sus atributos hemos sido abandonados como los pedazos de un barro seco tras ser golpeado contra una piedra; y eso, tan evidente pero tan vetado en el parloteo de los hombres, lo confunde más todavía.

La de nosotros es una situación misteriosa, en verdad. Una condena de aislamiento, de incomunicación, que parece infinita también para Guillermo y los suyos. Por nuestro lado, estamos obligados por la inmortalidad a ver, ya de lejos o desde muy cerca, las mismas escenas de toda su

vida breve, que es igual a observar el trajín laborioso de muchos hormigueros distintos que, de cuando en cuando, una vez y otra vez, se exterminan entre sí. Me digo: *No da para más la historia de sus costumbres*, pero no estoy seguro. Al parecer ellos recrean con lo que tienen y, a lo mejor, eso indica que puede haber más de lo que mis ojos ven. No lo sé.

En todos estos milenios hemos visto a la especie de Guillermo mudar de atavíos, de dialectos, de tradiciones, no disminuir su crueldad ni, quizá por albur, sus escasos ademanes de amor. Hartos de contemplar el mismo espectáculo, proscritos en las risibles fronteras de este mundo por una orden incomprensible, nos esperamos el día en que la devastación que se habrán de infligir sus miembros hunda en el olvido su paso sobre la tierra. Y, sin embargo, por ahora lo peor para nosotros, lo que estrictamente nos importa, es que la ruina, tan corriente en la naturaleza, no nos ha dejado inmunes. Porque las leyes que gobiernan el orden y el desorden constituyen, también, las arterias de nuestra sangre volátil.

Mientras tanto, a cada momento nuestras manos casi invisibles cubren nerviosas ambos lados de la cabeza, pues sufrimos en el aire las súplicas de esta gente, que se sobrepone unas a otras igual a los insectos de un panal. Todos buscan conocer sobre el destino de sus familiares muertos, sobre cómo librarse de un amor homicida o del porvenir. Y aunque los ángeles no somos almas errantes, nadie concibe que ignoremos tales paraderos.

Quiero saber cómo está mi hijito, suplica la mujer de Guillermo, apretando contra su seno el gastado juguete de trapo. Rolando fue su único hijo y vivió con ellos hasta poco antes de cumplir los diecisiete; luego, se perdió en los bosques de la montaña, muy lejos de aquí.

El ángel que está junto al fuego permanece inmóvil durante unos segundos, embobado. Me mira y luego mira a la mujer con tristeza. De pronto, en el recinto solo una ráfaga de color azulino parece respirar desde la madera mientras se quema. Y la mujer llora, y todos callamos.

Un posfacio

El Libro de Job nos recuerda un hecho cotidiano: la desdicha de un hombre justo. Sin ser inmaculados como Job, todos nosotros nacemos seres inocentes destinados tarde o temprano a la revelación del dolor. Nada, además del azar o de una divinidad que es inextricable y que está más allá del bien y del mal, puede justificar ese destino que nos resulta injusto. Sin embargo, para salvarnos de la desesperación y alimentar otra, las diferentes edades de nuestra especie han inventado una hecatombe que reordena el mundo y cimienta la justicia perpetua. Casi todas las culturas profetizan un Apocalipsis. Se intuye que solo así se podrán dirimir los verdaderos culpables de los inocentes, que solo así estos últimos se liberarán de una fatalidad incomprendible. Se razona que la catástrofe, aunque dolorosa, será purificadora, pero sobre todo que nos permitirá conocer lo que Job no pudo: la secreta causa de nuestro sufrimiento.

A esto se puede replicar que un hombre o una mujer no viven continuamente ahogándose en la aflicción, que no necesitan del fin de los tiempos ni de la inmortalidad para frecuentar casi todos los estados posibles —incluyendo la liberación, la miseria, la sabiduría y el olvido— y que sin el descubrimiento del infortunio resulta inerte y anodina la dicha. Esta parece ser la tesis de quienes, como yo, piensan

que la condena apocalíptica es vulgar y nos acecha en cualquier hora. El Infierno, el Purgatorio y el Paraíso serían, además de ostentosas metáforas, situaciones comunes, y no habría nadie que, en el último de sus días, no hubiera sentido siquiera una vez el fuego horrendo y la beatitud.

*«Si un hombre no comprende el infierno
no comprende su propio corazón»*
(Marcel Jouhandeau)

(1981) ...no, no, no, pues, no soy de acá, cómo iba yo a saber, ¿ah?, ¿cómo?,

si no soy de acá, les digo, ¿acaso sé cuándo las cosas que se mueven no hacen nada?, para mí en el monte todito es alimaña y lo hice sin pensar, ¿entienden?, porque

después de haber estado trajinando desde temprano, ¿se acuerdan?, yo estaba cansado,

yo estaba cansado y todo el mundo me apuraba, sobre todo ese, ese es el que tiene la culpa, ese,

que se burlaba de todo lo que yo hacía, desde que llegué, ¿o no?, se rió de mis ropas, de mi caminar, es una mierda,

él tuvo que advertirme y no dijo nada el puta, solo se ríe, pendejo de mierda, desde que llegué a la casa de Juana y ahí lo conocí, en el corralón, pero no me di cuenta de lo cicatero que es,

por mi madre, lo juro, sáquense,

yo no sabía entonces y ahora lo digo, ese era el que manoseaba a la Juanita en el horno de pan, el puta, carajo,

suéntenme ya, que lo sepan todos, a ver, niégalo mierda, tú lo hacías y lo de ahora es horrible, dios me castiga por no decir nada, pero nadie iba a cambiar las cosas, puta, nadie, tú te hiciste el cojudo, mierda, y nadie hizo nada,

porque lo de ahora sí que no tiene perdón, carajo, y además quiso joderme, ¿sí o no?, ¿sí o no?,

¿por qué no hablan, maricones?, ¿es que nadie va a hablar?, ¿nadie?,

todos ustedes estuvieron ahí, carajo, ¿por qué no pueden soltar las cosas como fueron?, ¿ah?, pues yo ahora sí puedo, pendejos, yo sí hablo, y no me toques, imbécil, a mí ya nadie me calla...

íbamos hacia el río, teniente, por la trocha, yo estaba último, con el Napo,

y vimos que los otros se distraían con no supe qué, y entonces alcé la pierna para pasar un tronco en el camino y, puta, Napo me cogió del cuello, miré y había una shushupe dormida, enrollada junto al tronco,

carajo, ahí fue cuando empecé a sudar, porque la vi justo bajo mi pie, y se rió el conchesumadre, ese huevón de mierda,

se reía desde donde estaba, al frente, y después le apuntó a la cabeza y la voló, pedazos de culebra salpicados por todas partes, oliendo a queso podrido, y yo vomité, qué chucha, me asusté, carajo,

entonces él dijo alcáncenle una escopeta, ese huevón se caga, y yo qué mierda sé de escopetas, teniente, y ya tenía fiebre, y todos me miraban, y yo escuchaba sus pendejadas y cojudeces, sudaba, y se burlaba ese puta, y la trocha se iba cerrando, y el río sonaba cerca pero ya no tanto como antes, más lejos todavía,

lo recuerdo clarito,

y al cabo de no sé cuánto rato me caí,

pisé barro y me caí,

pero el Napo y Lucho me alzaron antes de que los demás se vacilaran conmigo,

para esto yo no había soltado la escopeta, teniente, la tenía bien apretada y suerte que no se te disparó, dijo el Napo, y en eso, de repente, puta,

sonó una cosa, algo firme aunque todavía lejos, pero una cosa que partía las ramas y, derechito, se nos venía a nosotros,

y todos a ver qué es, qué pasa, mierda, sajino será, eso dijeron, teniente,

y yo hice como nos mandó ese, poniendo un dedo en la boca indicando chitón todos, y ahí mismo me arrodillé con el Napo y Lucho para esperar lo que viniera,

puta, y esperamos bastante, esperamos y esperamos, hechos unos huevones ahí, arrodillados en la maleza, el Napo tras un montón de hojas enormes, el Lucho escondido detrás de un soto, creo, y repito, nadie me enseñó cómo ni cuándo disparar, ¿me oye?, nadie,

y, mientras, yo entre mí imaginaba a la shushupe, carajo, a esa puta culebra que voló sin abrir ni un ojo, y así, pensando, un quiebre de maleza, dos, tres más, y Napo de pronto dijo algo, que la cosa estaba ya cerca, y Napo me gritó creo, sí, no sé, y por puro instinto se me acalabró el dedo, y ahí no más fue el culatazo, teniente, y, conchesumadre, puta,

mis costillas ardieron y

entonces,

oh, dios,

se lo juro por lo más santo, no sé de dónde es que salió ella, pero

la vi caer de bruces, dios mío, como un saco de arena, paf, dios, una mierda todo, y cómo iba yo a saber, teniente, digo, ¿cómo?,

la Juanita, ahí estaba ella, en el suelo, perforada, toda llena de heridas, salida de la nada, dios, dios mío, y todo el griterío de los animales, la bulla de los árboles de mierda, por dios, y todo, todo era un infierno...

El asalto de la belleza

En el tercer volumen de *Varieté*, Paul Valery afirmó que la belleza era una especie muerta y que la novedad, la extravagancia y todos los valores «de choque» la habían suplantado. Se refería, claro está, a las corrientes artísticas que se rebelaron a principios del siglo XX contra el régimen académico del arte. Valery, hombre refinado y clásico, no logró entonces comprender que la búsqueda de nuevos referentes estaba impulsada por una nueva forma de *vivir* en el mundo; una forma desencantada, es verdad, pero que no excluía la belleza.

Sin embargo, en gran parte no dejó de tener razón. No respecto de los grandes maestros, sino de los discípulos y entusiastas faltos de talento que pusieron en boga el lado superficial de los hallazgos estéticos. Siempre sucede así, por lo que se desprende de los testimonios históricos, tanto en ciencia como en filosofía y arte. Y separar el trigo de la paja se vuelve un problema aún más difícil cuando se pone en tela de juicio la legitimidad de la belleza. Como en nuestros días.⁷ Porque, sin duda, hoy hemos aprendido a

⁷La percepción del fenómeno de la belleza, al margen de condicionadas diferencias en cuanto a su racionalización, se da en todas las épocas y culturas. Esto sugiere que, además del canon estético aprendido en nuestro hábitat específico, hay en nosotros una disposición natural que nos

considerar no bellos sino «intensos» a los cuadros y a con-movernos con los pasajes de algunas sinfonías chirriantes, o a aplaudir cachivaches literarios que solo se remiten a la estupidez y a la pereza.

Hay, pues, mucho de cierto en lo que decía Valery. Ahora, entre los profesionales, más que artistas hay autistas de mal gusto. Por fortuna, existe aún harta inteligencia y poesía acechándonos desde el amanecer, perdida sin recato por calles, labrantíos o desiertos. (Borges y Sábato recordaban que alguien preguntó a un campesino sureño si creía que iba a llover. «Y, no sé —respondió—. El tiempo está pensativo.» Así dejó sembrada, con aquella frase, un poco de belleza.)

Los asesinos posmodernos

La acción de tales homicidas nace con el uso alienado, des-pectivo e irrestricto de un poder; solo la secreta eferves-cencia de sus pretextos, el énfasis de sus actos brutales y el atroz número de sus víctimas los diferencian. Los une, por

permite *vivenciar* bellezas y hasta *representarlas* (¿aquí tal vez podría conjeturarse la existencia de «representaciones estéticas básicas», extrapolando los términos de Marina, para sugerir que el trato estético de un sujeto con su mundo excede a veces los cotos de los discursos prescriptivos?). Al respecto, en su obra *Arte y antropología*, José Alsina Franch declara que el criterio del embellecimiento «es quizá el único distintivo del arte». Y luego añade: «Es claro que el concepto de belleza será variable de cultura a cultura; lo que no es variable es el hecho de que la obra de arte sea aquella en que su creador haya impreso un carácter sustancial al que denominamos belleza, por consiguiente *estético*» (la cur-siva está en el original).

cierto, un hecho: todo homicida vive humillado por la tiranía de su propio ego.

Los extremos utilitaristas

Para ellos requerimos, en plural, del siguiente aforismo de Canneti: «Es incomprendible la soberbia con que decide qué es o no lo importante para cada uno».

La aristocracia del barrio

El Estado no es más que una abstracción que, en efecto, se compone de una pequeña burocracia de personas cuyos intereses ocasionalmente son los de la nación (o de las naciones) que supone representar. En teoría, esa burocracia interpreta las expectativas de los ciudadanos y se desempeña conforme a ellas; en la práctica, es un organismo asnal que busca preservarse a toda costa, aun a riesgo de parasitar todo el sistema. Así como Amartya Sen, premio Nóbel de Economía, observó que los países más pobres lo eran porque la información de los derechos de sus habitantes era mezquinada por el Estado (y, por tanto, la gente no tenía una clara idea de qué era un abuso y qué no, qué podían hacer para defenderse y qué no), de igual modo podríamos afirmar que, políticamente, un país nunca será democrático sin que la información de las componendas, acuerdos, acciones y propuestas de esa burocracia que es el Estado sea de público conocimiento.

1997: «La teoría del Cuco»

Así llamaba Nicolás Linch a la primitiva estrategia del gobierno de F. frente al vendaval de crímenes que se inició entonces en algunas de nuestras ciudades. El propósito manifiesto de los decretos-ley publicados en ese año fue contener la delincuencia con una serie de actos intimidantes; su consecuencia real sembró el apocamiento de los derechos civiles y un embrutecimiento de la mayoría de la población. Si no me equivoco, esta tendencia política es más que frecuente en la historia y con semejantes resultados; una rústica lógica la sustenta y una sola palabra podría quizá resumirla: *barbarie*.

Esto me trae el recuerdo de una advertencia justa de Einstein: «Soy de la opinión que un sistema autocrático de coerción degenera muy pronto. La fuerza atrae siempre a hombres de escasa moralidad, y considero regla invariable el que a los tiranos de talento sucedan siempre pícaros y truhanes».

Del año 1983

Fue mi primer largo sueño después de algunos días en vela. Desde la fiesta en casa de Delinda Koplowitz no me había concedido un espacio adecuado para descansar el cuerpo. Y es que fue bastante incómoda esa fiesta, sobre todo por la anfitriona que, como ya lo contó seguramente Leonora, tuvo la extraña idea de convertirse en una hiena. En suma, una reunión de pésimo gusto.

Pero el agotamiento real me vino de súbito anteayer, luego de que descubrí arena en mis bolsillos. Quizá no sea

raro encontrar arena, pero no dejó de parecérmelo tomando en cuenta mi repulsión por llevar chaquetas cuando voy al mar. La memoria, en todo caso, no me dicta un paisaje, sino el frío de aquella madrugada insomne cuando pateaba plumas de aves muertas cerca del muelle. Ahí fue que vi al niño cogiendo entre sus manos las casacas.

Cuando me aproximé a él no se inmutó. Entre sus dedos regordetes tenía algunas puertas por donde asomaban algunos vecinos asustados.

—Déjalos ir —le dije.

Meneó la cabeza.

—Tu mamá se va a enojar mucho si no lo haces —insistí.

—Mi mamá está acá —dijo, señalando una ventana.

Me fijé en una mujercita que se sonaba la nariz con un pañuelo. El niño, refiriéndose siempre a ella, agregó: *Está triste.*

—¿Por qué?

—Porque nuestro ayer se ha ido y no ha regresado desde hace días. Y no sabe dónde está.

Yo escuchaba los grititos desesperados de esa gente.

—Por eso camino de espaldas, buscando.

—¿Qué cosa?

—El ayer de mi mamá.

—Ah, entiendo. ¿Y lo has visto siquiera de lejos?

—No —dijo—. Y, además, no sé muy bien cómo es.

Fue más o menos en ese momento, creo, en que yo mismo empecé a llenarme con arena los bolsillos. Me interrumpió Leonora, que apareció con mi otro jersey. Ella se fijó en el pequeño y le rascó la frente.

—¿Cómo se llama?

—No sé. Pregúntaselo.

—¿Cuál es tu nombre, chiquito?

El niño no contestó. En lugar de eso, toda su cara se incendió de púrpura.

—Hum. Sería bueno llevarlo a la fiesta. Delinda siempre tiene hambre.

—Déjalo en paz, Leo —dije—. No es un campesino. Además, lograrás que lllore en vano.

Leonora lo miró otra vez y se encogió de hombros.

—Es una lástima.

Luego ella se acercó a mí y desnudó su hermoso pecho, cuya aureola se encogió por la brisa fría de la costa.

—¿Quieres bañarte?

—Que aclare un poco más —le dije.

Leonora me sonrió; luego, lamió al niño, le pellizcó los cachetes, se quitó el resto de la ropa y se hundió lentamente bajo las olas. Antes de eso le dijo al pequeño: *¡Cuida de las casas!* Aquellas fueron sus últimas palabras.

Cuando la perdí de vista, giré hacia el niño y ya no estaba. Entonces me agaché hacia las minúsculas viviendas, escudriñé, indagué con susurros para no espantar a nadie y, por fin, lo descubrí apretado, echo un ovillo, dormido entre los brazos de su madre.

—¿Encontró su ayer? —le pregunté tímidamente.

—No —respondió ella. Y sentí una gran pena en su voz.

El conocimiento y la literatura

La crítica de Hume a la inducción, creo que hasta hoy irrefutable,⁸ nos enseña que entre nosotros únicamente puede haber un tipo de testigos en relación con la capacidad para distinguir, sin dudas, lo verdadero de lo falso: el solitario, el individuo singular que no tiene más remedio que calzarse un angosto criterio para interpretar algo respecto del mundo.

Esto nos puede conducir a una frase, *Testis unus, testis nullus* («testigo solo, testigo nulo»), que se dice en los juicios sumarios para indicar que un solo testigo resulta insuficiente para probar un determinado acontecimiento. Luego, por cierto, no es difícil que uno se sienta tentado a presumir que la contaminación de solipsismo es universal y que, en los ambientes académicos, no es propiedad exclusiva de los críticos impresionistas.

Sin embargo, entiendo que hablar de niveles de certidumbre es una cosa y suponer que no existe la verdad, es otra. Las teorías e hipótesis científicas que sobre el mundo vertimos han permitido muchos disparates, claro está, pero, al mismo tiempo, gracias a su constante método de experimentación —que deduce la existencia de la realidad objetiva tras enfrentarse a las cosas y, en seguida, hacer énfasis en el ejercicio de pruebas y yerros interminables en correspondencia con ella—, hemos sorprendido ciertas

⁸ Popper lo que hizo fue mostrar que, al no ser válida la inducción como fuente de conocimiento, no hay caso alguno en el cual sea pertinente su empleo. Pero, en términos prácticos, el uso de la inducción es tan común que sigue vigente.

regularidades y nuevos fenómenos en los campos orgánicos e inorgánicos y, al mismo tiempo, desde los utensilios de piedra, hemos afinado nuestros instrumentos hasta límites poco antes insospechados.

Por lo tanto, es posible admitir que muchos elementos verdaderos han sido descubiertos empíricamente,⁹ pues, de otro modo, no se explicaría (de modo racional) el éxito periódico de la técnica ni los efectos tanto positivos como negativos de la ciencia.¹⁰

⁹ Recuerdo que Lacan dijo que la ficción es *la* forma de la verdad. Esta es una hermosa frase, por demás seductora, pero creo que solo se corresponde con uno de los tantos niveles de la realidad: el subjetivo. Y la subjetividad es un subconjunto de la realidad porque, siendo como somos una de sus innumerables manifestaciones, lo que especulemos y digamos sobre ella nunca escapará de sus límites. Esto nos induce a pensar, también, que la verdad es más austera y comedida de lo que los platónicos y románticos nos hicieron creer, y nos puede animar, acaso, a simplificarla en tres categorías: 1) la verdad científica, que resultaría del provisional consenso acerca del ajuste *adecuado* de una hipótesis con la información recibida acerca de una porción significativa de la realidad observada (en un medido espacio-tiempo, lo cual implica una o más de una *convención*); 2) la verdad comunal, mancomunada o ideológica, que en su terreno implicaría el correcto ajuste de una conjetura con una (o más de una) porción significativa de un dialecto, que es la lucubración de una (o más de una) ética en un espacio público determinado; y 3) la verdad individual o idiosincrásica —a su vez circunscrita en la anterior—, que tendría que ver con imperativos sentimentales, anímicos, emocionales tanto como con vivencias reflexivas intransferibles y un uso privativo del lenguaje. Ahora bien, aunque es muy difícil no embrollar estos tres horizontes cognitivos al reflexionar, quizá un empeño en tal sentido sea preciso con el fin de no viciarnos con la perezosa y acostumbrada suposición de que la verdad ha perdido del todo su importancia.

¹⁰ Recorro de nuevo a Sokel y Bricmont: «¿Cómo es posible llegar a conseguir un conocimiento objetivo del mundo, aunque sea aproxima-

Por el contrario, es en los campos de las especulaciones metafísicas, de la filosofía y de las disciplinas sociológicas donde, más bien, nuestras expectativas, prejuicios y pasiones han nublado con mayor empeño la claridad con la cual a veces se perciben las cosas y donde, para colmo, pronto olvidamos que al denotar circunstancialmente dichas cosas —al procurar definir y dar permanencia a las cosas con el lenguaje— hacemos inclusive más: *las inventamos*. De aquí su enorme valor literario, pues la maestría de ciertas ficciones nos puede revelar las entrañas de las miserias y grandezas humanas.

Algunos críticos literarios

En su *Histoire des oracles* (1687), Fontenelle anotó que quienes profieren un oráculo tienen el cuidado de hacerlo en una forma extremadamente oscura, de modo que cualquier suceso futuro pueda adecuarse a los límites posibles, casi infinitos, de la predicción. De manera análoga, muchos críticos literarios han elaborado discursos fascinantes por su hermetismo y pocas veces consiguen el mayor mérito al que puede aspirar un crítico: entregar ciertos datos que tal vez mengüen nuestra ignorancia como lectores, revelando así otras rutas de gozo en la obra que nos ocupa. Se figuran que *no* tienen que hacernos comprender, final-

do y parcial? Nunca tenemos acceso directo al mundo, solo a nuestras sensaciones. ¿Cómo sabemos que *existe* algo fuera de ellas? La respuesta es muy simple: no tenemos ninguna *prueba* de ello; solo es una hipótesis *perfectamente razonable*» (las últimas cursivas son mías).

mente, que el libro —cualquier libro— es más que su mera anatomía.

Epitafio en una tumba en París

«Yo soy quien habita sin calma, igual a la sombra asida a tus pies que danzan huérfanos y funerales».

Bla bla blá

a) Una interpretación de los hechos que sea prevalente y hasta irrefutable puede llegar a ser una hipótesis ocasional, espléndida, seductora, pero no conocimiento. Por lo general, es únicamente religión o sentido común.

b) Cualquier sentido común se desempeña perturbado por un hormiguero de datos que, a su vez, emana de las tripas de un influyente sistema de teorías vinculado con una realidad política, económica y social.

c) Casi todos esos sistemas teóricos intentan la reducción de los múltiples o infinitos elementos de dicha realidad a uno solo con el fin de explicarlo. Los más coherentes siempre están sujetos a mutaciones, degeneraciones o reemplazos y, en general, cada sistema puede mostrarnos quizá menos de una situación que de nosotros mismos en cuanto miembros de un rebaño, siendo en el mejor de los casos una parcial y simbólica expresión de ambos.

d) El sentido común tiende a confundir la verdad con el consenso. Por ello, los desacuerdos lo indignan y no es raro que el conocimiento filosófico o científico lo atemorice. Le falta sabiduría para asimilarlo.

e) Por ordinario, el sentido común rara vez soporta el estudio, que requiere libertad y esfuerzo.

f) Sin libertad, el conocimiento se pudre; sin sabiduría, el conocimiento nos pudre a todos nosotros. ¿Qué es, pues, la sabiduría? Yo diría que es una serena capacidad para administrar equilibradamente el conocimiento y la ignorancia, de modo tal que el resultado de nuestros actos ocasione la mayor dosis de independencia, alegría y honradez para nosotros mismos y para la mayor cantidad posible de otros seres humanos.

g) Si el mayor logro es la capacidad para lograr nuestro bienestar (lo que, curiosamente, necesita del bienestar de los demás: su realización como personas, no como cosas ni objetos dotados de sentido común), entonces, conviene reincorporar a la tan toreada sabiduría como valor en nuestras vidas.

h) Asimismo, ningún aserto puede ser categórico sino tentativo si quiere aspirar a la condición de verdad, cuya índole posiblemente sea paradójica.

i) Infortunadamente, todas las frases anteriores son categóricas.

Hermenéutica

El autor del *Eclesiastés* no fue un sabio. Fue un pesimista que confundió su estado de ánimo con la sabiduría.

La moral de Sísifo

Fuera de los deseos humanos no hay patrón de medida moral.

Bertrand Russell

Los científicos sugieren que existe una predisposición biológica en la moral, lo que implica que nuestra especie cocina, en un sustrato profundo e involuntario, aquellas normas de actuación pública que no pueden contravenirse sin reprobación, daño o castigo *ciegos* del grupo social o del mismo individuo. De ser así —por mi parte, lo creo— no existe justificación lógica en la raíz de cualquier moral, puesto que, al contrario, esta se forma animada por las exigencias de nuestro peculiar genoma.

De lo anterior muchos filósofos han deducido que las acciones humanas son inevitables, silenciosamente mecánicas, pre-programadas y que la sensación de albedrío es un hueco espejismo. De tal forma, sufren el conflicto de san Agustín con respecto a la libertad pero no se atreven a resolverlo como él. Por mi parte, creo que abusan de la inducción y que mezclan las cualidades de un acontecimiento con las de sus distintos efectos.

Como ellos, no dudo que seamos un estupendo ejemplo de la manera en que las hormonas esclavizan al raciocinio; tampoco, que nuestros cuerpos sean para la naturaleza meros transportes de ácidos nucleicos. Pero si bien los códigos insensibles de la materia no admiten las valoraciones y todo ocurre porque sí, entiendo que, *en la práctica social*, para una gran mayoría de seres humanos la moral es, además de una exigencia congénita, una invención, una necesidad y un propósito.

En este punto el problema por resolver puede expresarse como sigue: 1) Si lo que llamamos «albedrío» no es más que el resultado de una serie de estímulos producidos por aleaciones bioquímicas, entonces, ¿existe el *libre* albedrío? 2) ¿Pueden justificar las personas una moral sin libre albedrío?

A la primera pregunta se puede contestar de dos maneras. Por un lado, recordando que para algunos físicos no todo efecto tiene una causa y, por consiguiente, podemos imaginar la aparición eventual de un libre albedrío. Por otro lado, quizá deberíamos sostener que los humanos tienen y a la vez no tienen libre albedrío. No lo tienen porque son especímenes materializados por las leyes de la química. Sí lo tienen porque son animales que ignoran ese descomunal número de causas químicas de una sola de sus incesantes determinaciones, y, por tanto, únicamente experimentan lo que les es posible experimentar de sí mismos: un vago sentir de sus propias tendencias prelingüísticas, vivenciadas tanto somáticamente (primero) como transformadas en parte por el lenguaje (después), actuando y reaccionando *subjetivamente* a los estímulos de su hábitat, asimilándolo y, al mismo tiempo, modificándolo poco a poco. Dicho en breves palabras: ningún ser humano es libre porque es un animal como tantos otros, aderezado por la naturaleza para subsistir ferozmente; asimismo, cualquier ser humano es libre porque, en relación con su circunstancia, se renueva y, debido al concreto equipaje con que le dotó la naturaleza, piensa, juega, desobedece, marca y remarca indicios de su paso, los llena de significación e impetuosamente *crea* en ellos.

En cuanto a la segunda pregunta, la respuesta, a mi entender, es que una moral sin libre albedrío que la sustente no puede justificarse *del todo*, y hemos de admitir que, con-

forme lo que nos testimonian tanto las disciplinas sociales como las ciencias médicas, hasta hoy actuamos más por tradiciones y prejuicios que por libre albedrío. Ahora bien, este dictamen requiere un matiz significativo.

Renglones atrás dijimos que la locución *libre* se sustenta acaso en la engañosa introspección, al igual que en el descubrimiento de muchas conductas aleatorias en la naturaleza, y que ella no representa con justicia la compleja inestabilidad de nuestra autonomía. Dejando esto en claro, hemos de subrayar que por muchos ritos precursores que se descubran en otras especies, por muchos patrones de conducta que observemos en el mundo zoológico, la moral, *stricto sensu*, es una cuestión rigurosamente humana. ¿Por qué? Porque no puede prescindir del *artificio del acto decidido*, que, siendo antojadizamente fiado por la propia naturaleza, *se ejerce* como un fenómeno contra-natura. De este modo, la subjetividad se afirma reaccionando y contraponiéndose a los objetos y entidades sin conciencia lógica de sí, que sobradamente son las categorías más abundantes en el mundo (no en balde cada miembro de nuestra especie se aparta de las cosas y *sobre-vive* —no le basta con vivir: trata de no ser una cosa—), al punto que la voluntad sobresale como el menester insustituible de un acto decidido. Por tanto, aunque el libre albedrío sea ilusorio, incluso así no resulta falso, ni superficial, ni baldío, ni intrascendente. Como el beso que en un sueño nos perturba, como la imagen que en una pantalla nos seduce, el albedrío, *creído* libre, igual *existe*. Sobre este embrujo se afirma nuestra autonomía.

El asunto no deja de ser fascinante. Siendo seres culturales «por naturaleza» (según la justa expresión de Geghlen), nuestro comportamiento se origina en un tejemaneje de

elementos químicos *pero* adquiere significado e importancia humanas gracias a la intrusión del raciocinio. ¿De qué forma sucede? No estoy seguro. Veamos.

Recuerdo que, al igual que la de muchos otros mamíferos, nuestra memoria, selectiva por elucidación, acomoda los hechos a sus carestías internas, pone en relieve algunas cosas y abandona en el camino otras. Así aprendemos, por lo demás condicionados por el ecosistema y las simpatías y antipatías de la tribu. Con todo, en nuestro caso ha irrumpido algo gracioso: las mutaciones han ocasionado una delgada corteza cerebral que convive con las otras dos más desarrolladas e intemperantes llamadas, casi siempre, paleocórtex y mesocórtex (que equivalen, más o menos, al cerebro de un reptil y al de un mamífero primate, respectivamente). Y aunque pequeña, esa corteza es capaz de almacenar y procesar información de modo que autogenera un mundo *que aparenta* ser antinatural, y que por lo mismo es capaz de componer representaciones de sí misma y del universo.

Este bisoño y subjetivo mundo, por el juego de sus partículas, avanza, tantea, retrocede, gira, vuelve a avanzar, se pliega sobre sí como una ameba y siembra improntas de memoria: en suma, es reflexivo.¹¹ Lo paradójico es que jamás escapa de los enormes confines de la naturaleza, pero

¹¹ No olvido que el magma de la incoherencia circula por todo nuestro cuerpo, nos anima, nos empuja, despliega nuestra imaginación y hasta, posiblemente, gran parte de nuestros pensamientos más realistas. Pero hay una porción de nuestro intelecto (subrayo: predeterminada, delgada y muy pobre) que logra una inflexión sobre sí mismo *para darse cuenta* de la forma en que opera. Esto es posible sobre todo gracias al lenguaje, cuyo patrón de enunciados rítmicos y eufónicos logra afectar a nuestro organismo de modo *físico*.

nos facilita el escrúpulo de rebelarnos contra nuestra propia índole hereditaria. Y escribo *rebelarnos* —sin destronar ni huir—, aceptando lo que ya Hassenstein, hará cerca de treinta años, notó: «[que] la esencia de los procesos de aprendizaje es alterar, dentro de amplios límites, la forma del comportamiento innato. No es necesaria una reducción filogénica de los instintos».

De manera que no hay incompatibilidad alguna entre inmanencia biológica, libre albedrío y moral. Es más: aquella es condición ineludible de estas dos últimas cualidades.

En cuanto a la moral, Hume fue uno de los primeros en advertir del peligro de una «errónea lógica naturalista» que redujese una situación ideal a partir de una situación existente, haciendo hincapié en que el conocimiento de patrones filogénicos de comportamiento no permite *elaborar* un comportamiento moral. Hacerlo sería confundir las cosas. O dicho en otras palabras: la directriz somática es causa de muchísimas conductas y, en este sentido, ante nuestros ojos *las explica*. Pero el hecho de que sea explicativa no significa que sea, asimismo, *prescriptiva*. Podemos aprender, por ejemplo, que la segregación racial tiene su raíz tanto en la tendencia salvaje de la territorialidad como en el rechazo de una manada a los intrusos, pero esta es una simple información acerca del racismo, no su recomendación.

Se ha visto pues que, hasta cierto punto, podemos torcer las tendencias naturales gracias al aprendizaje. No es, por supuesto, privilegio exclusivo de nuestra especie: muchos otros animales enseñan las normas de conducta que distinguen a su grupo y ese es un adiestramiento en el *ethos*, en la ética, o sea, en las costumbres; pero lo que nos puede caracterizar es la capacidad de *recusar* tales normas mediante argumentos lingüísticos, altamente elaborados, que hacen

hincapié en la condición socialmente funcional pero *arbitraria* de las costumbres. Aquí aparece la reflexión moral. Y el que esta cualidad se haya conseguido igualmente por tanteo y error genético no deroga su valor. Una vez aparecida, la capacidad de reflexión moral deja de pertenecer por completo a nuestra fisiología y se vuelve en gran parte histórica, es decir, delimitada por las contingencias temporales y espaciales de los grupos humanos.

Acaso nunca sepamos cuánto hay realmente de voluntad y cuánto de automatismo en cada una de nuestras creencias y especulaciones abstractas, pero eso puede dejarnos sin cuidado. Lo interesante es que somos una materia arrojada en un mundo extremadamente complejo, y el ejercicio de la vida impone retos y sobresaltos *no anticipados* por nada ni nadie. De modo que la azarosa experiencia de vivir instruye, deja cicatrices en la memoria para que luego, con la repentina conciencia del tiempo, de la individualidad, de la muerte, recién nos distingamos como especie.

Esto trae consigo un prodigioso efecto: *el desamparo*, es decir, la turbación del hombre que se encuentra solo frente a una serie de disyuntivas para las cuales no estuvo preparado en absoluto. Y, a renglón seguido, la actitud dubitativa, la urgencia del prójimo y el coraje o la cobardía para elegir.

Un corolario

Los impulsos filogénicos que promueven la dependencia a un clan, a una horda, a una manada, también intervienen en la formación y tipología de nuestras ideas. Si no nadamos en contra de esa corriente con el esfuerzo de nuestro

raciocinio, gradualmente llegaremos a suponer que lo que está bien o mal en una comunidad, es lo que está bien o mal según los deseos de un hatajo de individuos persuasivamente dominantes.

En otras palabras: si no abrimos los ojos frente a las limitaciones de nuestra condición humana, si no nos percatamos de que la libertad es tanto una propiedad congénita como un logro de la inteligencia y un esfuerzo de la voluntad, siempre estaremos a merced de la obstinada propaganda y el abuso de poder.

Mujeres y hombres

La idea de qué es lo femenino resultó ser más irreal de lo que muchos quisieran. No solo las hormonas y los roles económicos definen a las mujeres: también las define la imagen que ellas mismas y los demás tienen de su cuerpo.

Posiblemente los espejos donde se miran, califican y diferencian desde pequeñas más el ámbito donde absorben su cultura (esas voces y tratos continuos: «las niñas son así, son así, hacen esto, no hacen lo otro», etc.) van sembrando en ellas la conciencia del género al cual pertenecen. Es decir, se describen a sí mismas tanto por los rasgos y las líneas de su figura como por el rol social y los adjetivos calificativos que la imaginería de sus contemporáneos les atribuye.

Esa imaginería fue, en casi todas las civilizaciones, surtida con los patrones, las costumbres y los valores de una experiencia dominante masculina. Y aunque sea cierto que sin los estrógenos en general o la prolactina en particular los razonamientos y las conductas femeninas se verían afec-

tados, no es menos cierto que las mujeres, para aceptarse y ser aceptadas como tales, hacen lo que han aprendido que deben hacer.

Sin embargo, parece evidente que un patriarcado de tantos siglos las ha fortalecido. Quizá sin tener una plena conciencia de ello, las mujeres de ahora están ejerciendo de sol a sol una terca filosofía contra la derrota que les ha permitido ser, con frecuencia, mucho más eficientes que los hombres. Por eso da curiosidad por saber qué viejos y nuevos tabúes echarán abajo en el futuro: el camino recorrido hasta aquí sugiere que serán más de lo que imaginamos alguna vez. Y desde hoy se advierte que, para ambos sexos, el problema se concentrará en cómo evitar los extremos de una pobre o desmedida autoestima.

*La última carta del doctor Jekyll
y la respuesta de su amada*

Mujer...

Sé que debo escribirte pero no sé ni por dónde empezar. La envidia, la frustración, la mezquindad de espíritu: todas estas ruindades prevalecen en mí ahora. Nunca me abandonaron, lo confieso. Únicamente estaban ocultas bajo una fina capa de hipocresía que se desplegaba, rigurosa y torpe, entre ademanes de cartón. Hoy hago conciencia de ello. Eso explica por qué detesto en los demás la virtud, pues siendo yo diferente, busco entonces ultrajar y pisotear las quijotadas de cada imbécil que se cruza en mi camino. Así, viendo cómo la gente muerde el polvo, distraigo por unos segundos mi mediocridad, aunque final-

mente es en vano. Luego percibo que no soy más que una de las horribles caras de la insignificancia.

Aquí está el origen de mis malestares y la agresividad con que reacciono. Mi violencia es la violencia de un animal enfermizo y enjaulado en su ego. Los hierros de esta cárcel que me impide ser libre he ido forjándolos yo mismo, con macizos pretextos para sepultar en el olvido mi carestía de voluntad. En el fondo de mi alma se agita un nido de ratas, la fuente de mi encarnizada amargura, y quien ahora se me acerque encontrará la peste a cambio de su inocencia.

¿Qué cruel milagro, entonces, te aproxima a mí? ¿Con qué derecho el destino se ensaña contigo? ¿Qué pecado estás pagando al sufrirme? Tú me has mostrado el cariño por primera vez en los ya demasiados años de mi vida, mujer, y yo... yo te amo desde los pocos resquicios de pureza que me sobreviven, casi secretos, y que alimentan a los parásitos que me contaminan. Pero te advierto que el mal no puede vivir sin el bien, sin sorber su sangre, sin ejercitar su sadismo en lo inmaculado, y llegará el día en que tanto abuso mate por fin lo mucho de dignidad que aún te habita.

Si es cierto lo que digo ahora, entonces ¿cómo permitir que me acompañes en esta honda caída? ¿Cómo tener fuerzas para ver el dolor que te causo y que te causaré incluso más conforme los días y las semanas transcurran? ¿Qué he de hacer? ¿Qué actitud elegir para salvarte? Yo, cobarde entre cobardes, enamorado hasta los huesos, ¿tendré el coraje para apartarte de mí?...

Querido mío:

No sé por qué te escribo esta carta si sé que ya no podrás leerla. En todo caso, escribo por necesidad, por un

impulso tan enérgico como la muerte que te está llevando poco a poco. Me figuro que escribo esto por amor.

Te sorprenderías al leer lo que he puesto. ¿Amor?, repetirías incrédulo, avergonzado, sorprendido. Resulta extraño, pero eso es. Luego de veintisiete años de vivir juntos siento terror al pensar que he de perder tu compañía. Sin duda, me hubieras replicado: ¿No será simplemente costumbre, esa nostalgia que da el recuerdo de una cosa que desde siempre hemos visto y que, de pronto, desaparece? No, no, no es eso. Es mucho más, porque me duele imaginar que no quieres morir, y también me duele saber que no has conseguido todo lo que deseaste para tu felicidad y que yo no fui capaz de darte.

¿Sufro, entonces, por mí? Claro está. Sería absurdo no compadecerme ahora que te estás yendo para siempre. ¿Cómo justificaré en adelante mi mal humor, si no puedo echar sobre ti la culpa? ¿Cómo justificaré mi valía, si ya no podré jamás perdonarte? De improviso me haces sentir la soledad, hoy, sin tus ojos que me miran, sin tu voz que me reclama, sin tus pies tibios bajo las sábanas.

En este momento te estoy viendo respirar con dificultad, como si en lugar de tus pulmones hubiera un viejo y cansado fuelle. ¿Por qué, aun así, te prefiero vivo que muerto? ¿Por egoísmo, quizá? Por eso y porque te quiero, Henry. Desearía creer en Dios para rogarle que me ponga a tu lado, que mi corazón haga latir el tuyo y que mis pensamientos naveguen por tu sangre hasta obligarte a sonreír de nuevo. Escucharte decir *conejita* a pesar de nuestros años y de haber dormido demasiadas veces dándonos la espalda.

Te amo, amor. ¿Recuerdas que cuando me escribías firmabas «tu viejo y sátiro Hyde»? Nunca te lo confesé pero

me gustaba. Te lo cuento en este instante solo para confirmar que sí, que a pesar de tus infidelidades, de tus frases duras e injustas, nunca dejé de ser tuya ni tú dejaste de ser mío. Y eso es lo único que me queda, esta certeza tan evidente como un órgano de mis entrañas. Desde hace mucho que vives en mí, pase lo que pase. Recién con mi muerte ambos habremos dejado de existir.

Eso es todo, amor. Mientras tanto, me quedaré junto a ti por si todavía me necesitas.

Adiós, cariño.

Tu muñequita de biscuit,

L.

Bombos y platillos

A partir del siglo XIX los publicistas tomaron conciencia de que el poder de los políticos no provenía de que estos apelaban a la razón de la gente, sino a sus emociones; en consecuencia, optaron por hacer lo mismo y tuvieron éxito. Con los años, la familiaridad de los ciudadanos con los avisos publicitarios y las estrategias de mercadeo han erosionado con regular fortuna la credibilidad de los políticos. Es una reacción natural y saludable que, por desgracia, no es inmune a la superchería de los hombres y las mujeres carismáticos. En relación con ellos habría que recordar lo que Montaigne decía de los reyes: que no existe uno, por grande que sea, que no tenga que sentarse sobre su propio y maloliente trasero.

Del año que todavía es

Hay demasiadas cosas que aún no aprendemos, y una de ellas, quizá la más importante, es que el individuo es el eje alrededor del cual deben gravitar el interés y la preocupación de la civilidad. Fácilmente olvidamos que los derechos no son un conjunto de imposiciones ni se refieren a una abstracción como las masas o el Estado. Olvidamos que cada uno de nosotros se diferencia del resto de animales porque tiene una conciencia compleja de sí mismo a través del lenguaje, y que nuestra dicha o dolor son exclusivos. Olvidamos, por fin, que somos individuos y que, justamente por eso, somos precariamente libres y podemos y tenemos que defender nuestras libertades.

Nada de esto significa un rechazo de las obligaciones sociales, por supuesto. Ellas nacen, por lo menos en teoría, de un consenso, de una suerte de compromiso que los individuos de una nación asumen para vivir con algún orden y tranquilidad. Pero esta aprobación voluntaria de las reglas de juego en un espacio público decae si el individuo no conoce los fundamentos de tales reglas y, además, no tiene ningún poder para eliminar o modificar aquellos preceptos que le afectan. En nuestro país eso es lo que ocurre. Sentimos que lo que verdaderamente pasa en el manejo de la política está fuera de nuestro alcance, y más en los lugares donde el analfabetismo, la tropelía o el idioma obstaculizan la comunicación.

Aquí es donde empieza el peor malentendido de nuestra historia. Gracias a nuestra pereza, apatía o desesperación, hemos conseguido creer, por ejemplo, que ignorancia equivale a imbecilidad, que la mayoría de nosotros somos incapaces de decidir qué es correcto y qué no lo es y que,

por lo tanto, necesitamos ser arreados como acémilas por sujetos dotados para tales menesteres. En consecuencia, imaginamos que solo un gobierno vertical, de veredictos firmes e incontestables, puede *guiar* (la palabra aquí es tristemente acertada) a los millones de personas que conformamos estadísticamente el país. El error consiste en ignorar que los logros de las dictaduras tienen pies de barro, y también en suponer que un régimen de gobierno que sea horizontal en su trato, abierto a las críticas y respetuoso de la diversidad de la vida humana, resulta ineficaz para llevar a cabo las tareas primordiales que faciliten, a largo plazo, el bienestar de una población.

Al no reparar en esto, simplemente promovemos la existencia de un Estado que no considera ni interesante ni útil la voluntad de un individuo sin manipulación. De este modo, sin darnos cuenta, le damos el derecho a descreer del libre albedrío de todos, de la suficiencia de cada uno de nosotros para destinarse a una causa, y lo eximimos del respeto que debe tener a las objeciones de nuestra conciencia.

Si no se los recordamos, los sujetos que detentan el poder bajo el escudo de la palabra «gobierno» olvidarán que la patria es un imaginario, un logro cultural de seducción política y no de coerción, algo que nace de la intimidad de una conciencia, lo mismo que el depositar un voto por alguien. Es básicamente personal, y resulta inaudito que en estos tiempos aún no se comprenda que, referido tanto a la administración pública como incluso a la privada, el exceso de poder, sin oposición democrática, sin barreras jurídicas, ejercido con su implícita ideología de que el fin justifica los medios (y no al revés, como bien escribió Camus),

es un agravio que no encamina hacia el desarrollo, sino hacia la estupidez que el odio, la hipocresía y el temor producen.

Los tímpanos de Hemingway

Kundera escribió alguna vez que la novela tiene una cualidad primordial, la de ser un territorio donde se instala una perspectiva «que se opone a la indesarraigable práctica humana de juzgar en seguida, continuamente, y a todo el mundo, de juzgar antes y sin comprender». En este sentido, la novela hace posible el ejercicio de la ética de Spinoza y supone una divinidad indiferente por completo. Por ello nos concede el enfoque que Dios tuvo antaño y puede enseñarnos quiénes se esconden detrás de las máscaras —esto es, quiénes somos—.

Me doy cuenta

Adormecida en el fango, la rosa. No hay camino en ella, sino envoltura. Una cáscara seca, cosa dura. Tanta vida y nada, la pobre rosa.

Pobre de vida, le falló su tonada. Pobre de párpado o labio infecundo. Sangre de noche, reposo del mundo. Rosa fue ayer, hoy noche mutilada.

Noche eterna, por la rosa ninguna. Lóbrego vacío, hastiada belleza. Aliento, quietud, despojo, certeza. Barro inerte, preso mar, sucia cuna.

¿Qué rosa muerta nos navega, en suma? ¿Qué humano, qué piedra, con qué tristeza?...

*De una conversación sobre un cuadro
de Víctor Humareda*

Señora 1: «Mira, en este dibujo le está metiendo la mano a la chica».

Señora 2: «Sí. ¡Qué bonito, ¿no?!».

La calavera de Yorick

En cuanto siento algo seguro, en cuanto estoy convencíndome de algo, en cuanto (para colmo) me tropiezo con la vanidad y dejo que esta me embruje, basta con acercarme a un espejo: ahí están los huesos que, aún sobre tierra, ponen todas las cosas en su sitio.

Esa piedra que empuñamos

Además de una vulgar ambición, la deslealtad quizá tenga su origen en dos elementos complementarios: la falta de amor propio y la cobardía. El desleal lo que quiere es zafarse del pesado bulto del coraje, sin el cual ya no puede ni debe resguardar la verdad. Nada hay de vigoroso en él y por ello se apoltrona en un cinismo. Su ética es meramente superficial y dúctil y posiblemente habrá de ser el primero en tirar la piedra al inocente, ya habiendo encontrado, en el acto mismo de esconder la mano, su justificación.

Un ambulante ciego

Yo no soy aquel ser ni aquel querer que hurgaste plenos. Yo soy el espectro cínico de nadie, de mi nombre, de la idea nebulosa y lejana que se sabe vacilante, prodigiosa memoria del festín candoroso de tus senos.

Soy la giba metafísica, el hombre, no la yerma vida encantada que tanto usaste. Yo soy el errabundo, cuadrumano mendicante, tan cierto, tan falso, tan menos.

Aquel de ayer —no yo— te amó. A aquel, Circe, amaste.

La cultura de masas

¿No es una ofuscación determinada por otros, fantasmas evanescentes y sin rostro que asoman, fugitivos, por la boca de los reporteros y publicistas?

Un agregado a cierta enciclopedia

«Las enfermedades se combatieron a lo largo de los tiempos a través de la magia, la desesperación y la fe. Bálsamos, golpes y feroces prácticas de sangría constituyeron buena parte del equipaje curativo en las culturas neolíticas, y su uso se extendió hasta bien entrado el siglo XX. El exorcismo, la chamanería y la nigromancia ya eran viejos hábitos antes de la aparición de la escritura y, como sabemos, aún siguen deambulando entre nosotros. Su más feliz ambiente de práctica es, hoy, la política».

¿Será así?

En el siglo XIX, Mauss sugería que en la magia y la religión las partes sucesivas del tiempo no son homogéneas; más aún: los calendarios habrían tenido por objeto ritmar el tiempo, no medirlo. «Además —agrega Vicente Fatone—, es inútil considerar cuantitativamente el tiempo, pues lo primordial es la experiencia de un tiempo cualitativo, compuesto de partes heterogéneas, donde las duraciones no fluyen con la misma rapidez».

Lo anterior puede sugerirnos que la poesía, toda la poesía, es un acontecimiento a medio pie entre lo mágico y lo sagrado, una suerte de ritual donde cada verso equivaldría a un gesto de liturgia con el lenguaje. Si aceptamos esto, a la poesía, como a todo ritual, le corresponde un espacio y tiempo precisos en la historia, en la geografía y en las tradiciones *míticas*; fuera de contexto, pierde su fuerza y se convierte en una deformidad lógica. Asimismo, como todo ritual, con la experiencia del tiempo profano ella se troca en un gesto vacío, una técnica deslumbrante que no revela ningún contacto con el misterio de nuestro mundo.

La raíz que nos nutre

«Credo quia absurdum», decía Tertuliano; asimismo: «Credibile quia ineptum». Oscar Wilde argüía lo mismo: «El hombre puede creer en lo imposible, pero no en lo improbable». En estas oraciones radica la fuerza de los mejores textos de la literatura fantástica, del amor, de todos los paradigmas de la ciencia.

Un reo frente al juez

«Excepto en el amor, no pretendo ser un hombre de principios. No quiero tener actos de fe anteriores e impermeables a la vida».

La otra amante

*No debemos entender al Señor y
a la criatura como dos cosas separadas,
sino que son uno y lo mismo.*

Escoto Erígena

El abrazo de aquel hombre era la quietud, la lejanía y el desasosiego; Lilith no sabía cómo obrar. Humilde, ella besaba sus pies enmugrecidos, lamía su vientre, se enroscaba con ternura entre sus brazos y, sin embargo, todo resultaba ingrato pues no percibía en aquel cuerpo la devoción que en un inicio tuvo. Entre sus risas, Lilith podía sentir la tregua de una prolongada y trabajosa amargura.

Un día distinto a otros repetidos días, aún dormida, lo escuchó gemir inconsolable. Unos chasquidos lejanos, como espasmos de agua, la hicieron despertar. Cuando ella abrió los ojos, notó en él una mirada quejumbrosa y perdida entre los pliegues del horizonte. Sudoroso, temblando, el hombre no la reconoció y, perturbado, empezó a indicarle que iba a modelar con los despojos de sus sueños un extraño esqueleto de lodo, y lloraba temeroso de no conseguirlo. En ese minuto Lilith entendió que él había calcinado todo lo que ella sufrió por su bienestar. Que la había olvidado.

...

Entre nubes de sangre y aires cristalinos, él fue cociendo esa otra silueta de barro, insuflándole el sofoco que un dios sin nombre le había dado. Inocentes, sus hijos lo ayudaban desde el suelo. Día y noche, empecinados, imploraban juntos por el viento del Tirano. Por fin, en una alborada exánime, Lilith vio aterrada cómo de aquella figura cenagosa brotó saliva y cómo, todavía perpleja, casi inmóvil frente a su nuevo mundo, la recién venida fue poseída sin dilaciones.

Herida en su intimidad y dejada a un lado, Lilith huyó. En el confín de esa pequeña selva, gritó, se desgarró la piel y no quiso bajar más de los árboles. Noches enteras mantuvo una vigilia trastornada y un ayuno insensible. Comenzó a abominar en secreto a ese déspota impío, libre de misericordia y ternura para una súplica que caía hecha jirones de su boca. Así dejó crecer parásitos de odio en cada arteria suya, y su sangre alimentó un ardor que la infestó desde aquel instante contra esa nueva criatura imberbe.

Cuando bajó, ya era otra.

...

Todos los días Lilith la halagaba por su belleza, por su vivacidad, por su voz delicada, por su vientre recién fertilizado. Con sus hijos aún raquíticos le ejemplificaba su futura dicha; con el conteo arbitrario le recordaba sus ilimitadas posesiones. La figura de carne sonrió con ella por primera vez y fue despojando de sí la perplejidad y la duda, el espinoso yugo del temor. En largas semanas de terca convivencia, Lilith socavó su humilde suspicacia.

...

Y del amor nació otro amor. El incendio de las entrañas fue calmo en ellas. Una timidez pura, original, fue el cami-

no hacia los besos y los murmullos donde las preguntas cedían bajo prolongados recatos. La aspereza de él fue sustituida en sigilo, pero en esa suave complicidad Lilith mantenía su propósito.

Del amor nació otro amor y, sin embargo, fue endeble, porque antes había incubado el odio.

...

Una noche fortuita, asegurando la tutela de las hojas de un calmo ciprés, Lilith logró que esa nueva hembra quisiera saber más de lo permitido, y que además incitara a su amante infiel para morder el grano proscrito de la incertidumbre.

Esa y no otra fue la espina que despertó al Tirano de los cielos. Esa fue, y por su causa siglos de cólera y escarnio se precipitaron en una furiosa e interminable tormenta.

Entonces generaciones de rostros bestiales danzaron en un carnaval grotesco y doloroso, donde aquel inacabado primigenio y sus miserables compañeras procrearon la angustia sobre toda la ciénaga.

Entonces fue el principio de una agonía que duraría milenios y que todavía hoy dura, igual a una herencia perversa.

...

Los vástagos de los hijos de los hijos de los hijos levantaron folios de manuscritos e intentaron esfumar el origen de aquella condena, atribular el nombre de Lilith, deformar su rostro en escamas y negarla. Nadie como ella se arrastró más en los tajos del pánico, la melancolía, la vergüenza y el fuego. Bruscamente apareció el vértigo de la soledad en el espíritu de su descendencia, y Lilith alcanzó a ver cómo cada día morían cien de su linaje.

Al final, la quietud se sobrepuso a todo. Semejante a la ceniza remolcada por el agua, así fue llevada hacia un océano vacío la memoria de los mortales. Y encima de las colinas donde conoció el amor, la tristeza y el rechazo, en el siglo interminable en que la luna no consagró ningún tallo, piedra o alimaña, Lilith vio por última vez su piel lustrosa en el mismo rabión donde su amante clamó por esa otra imagen, y su hálito fue perdiéndose, con ternura y tibieza, entre las piedras cristalinas del fondo, bajo la sombra impávida de aquella injusta noche.

La prudente modestia

Casi todas nuestras afirmaciones sobre el mundo nacen de presentimientos y de costumbres, no de una contrastación escrupuloso de nuestras teorías; por ello, nuestra razón produce tramas arbitrarias —fábulas misteriosas, espléndidas— respecto de lo que sentimos que es el itinerario de las cosas y los seres. Esas tramas, desde luego, tienen forma gracias a un lenguaje y es así que el universo, el asombroso y tal vez ilimitado universo, resultaría ser para nosotros, y solo para nosotros, un prisionero de nuestra humilde sintaxis.

No obstante, esto no debe llevarnos a presumir que el mundo existe gracias al lenguaje y que sin nuestra presencia desaparecería (es una pretensión descomunal imaginar algo así). Un cuchillo que nos haga sangrar, el golpe abusivo de un garrote de policía, un modesto cáncer que nos enflaquezca —por citar tres de quizá infinitos ejemplos— pueden hacernos sentir que es más real de lo que quisiéramos.

Cultura & Natura

Cada obra humana es, de alguna manera, un alegato contra el indiferente empuje de la naturaleza. Sin duda, este acto de rebeldía contra ella es inútil pero muestra el único aporte de nuestra especie al mundo: la grandeza moral. Porque no hay lógica que ampare el esfuerzo de creación de nuestra especie, ya que únicamente se abastece de pasión de vivir y de coraje. En consecuencia, quizá la oposición cultura *vs.* naturaleza sea falsa: tal vez solo haya en el mundo naturaleza *vs.* naturaleza. Por eso, aunque parezca difícil de creer, no es verdad que el corazón tenga razones que la razón no entiende; más bien, no existen más razones que las promovidas por el corazón. Las ideas puras, entelequias incontaminadas de emoción, no existen.

La singularidad de lo común

*Aprendiendo un poquito de
Borges, con mucho gusto.*

Algunos hombres creen que solo algunas vidas resultan extraordinarias, y urden escenas grotescas con el fin de alejarse del común de la gente. Olvidan que cada individuo es único, que cada memoria es un universo que la muerte esconde para siempre. Uno de esos hombres fue Eróstrato. Su locura fue el colmo de la vanidad; obtener una celebridad interminable fue su absurdo pecado. En el siglo IV antes de nuestra era, en el mismo día del nacimiento de Alejandro Magno, Eróstrato incendió el templo de Diana, una de las siete maravillas del mundo. Los habitantes de Éfeso, pasmados, confusos, indignados, exigieron la ho-

guera. Un decreto, luego que las fétidas cenizas inundaron la plaza, prohibió a riesgo de muerte articular su nombre. Todo ese odio fue innecesario: aunque ninguna enciclopedia olvida registrar su desvarío, las formas nítidas de su rostro, aquello que lo distinguía en su voz, en su pensamiento, la mirada que tal vez fue fervorosa o tal vez impía, el hombre, en suma, desapareció sin dejar vestigio hace más de dos milenios.

Las notas biográficas suscitan emociones, conceptos e imágenes, mínimos artificios que tienen que ver con el lector, no con el biografiado. En este sentido, Eróstrato y el acto cometido por él han llegado a su meta natural, al fascinante destino común de todos, es decir, ser apenas un signo o un conjunto de signos cuyo significado, a pesar de tener elementos de índole general, jamás es el mismo. Inevitablemente, cada individuo desde su circunstancia lo asume y entiende según sus límites y posibilidades. De Eróstrato hombre no queda nada; de «Eróstrato» historia, relato, texto, todo, un sinnúmero de significados, de complicadas o elementales interpretaciones.

Esa es la paradoja. Lo dicho acerca de Eróstrato sugiere que al mismo tiempo somos, para los demás, diferentes sujetos, y que la opinión que de nosotros mismos tenemos no es menos inexacta que la de cualquiera. En otras palabras: *también* somos «textos», construcciones no solo de nuestros sentidos sino, al mismo tiempo, del lenguaje; somos representaciones y, por consiguiente, nos entienden de acuerdo a cómo nos narran desde el temperamento, la sintaxis y la tradición cultural a la que pertenecen quienes nos observan.

De modo que el hombre está solo en su experiencia del mundo. Apenas puede transmitir una pequeña porción de

su conocimiento vital y sus sentimientos, y jamás será comprendido como se comprende. Una irreductible singularidad es el rasgo común de nuestra especie y, por lo mismo, el asesinato de un individuo no es menos terrible que la matanza de una multitud. La dicha o el dolor al ser intransferibles constituyen, por igual, una limitación y una espléndida aventura. Cada quien intenta en vano expresar del todo su yo singular; en lugar de conseguirlo, manifiesta arte, filosofía, ciencia. Por una parte, la vanidad que tenemos por nuestras acciones más generosas —o más terribles— proviene de una estrecha y complaciente visión del mundo. (Si pensamos en el tamaño del Universo y lo comparamos con el de nuestro sistema solar, sentiremos pavor por nuestra insignificancia; si analizamos el Tiempo que deducimos para el Universo en movimiento y lo contrastamos con el que probablemente tendremos las especies vivas sobre el planeta, percibiremos el temblor de nuestra irrealidad). Por otra, frente a nuestra cotidiana miseria oponemos esta alternativa: una vida breve y sin pronóstico es valiosa porque resulta, a cada paso, absoluta, pues nada hay en cada circunstancia que no sea esencial para alguien.

Homo ludens

La nobleza de nuestra especie radica en que, más tarde o más temprano, siempre puede rechazar el Paraíso.

Dios, a nuestra imagen y semejanza

Según Bertrand Russell, el genuino olor de santidad era el que tenían los anacoretas del desierto, quienes no se bañaban porque entendían que ocuparse del cuerpo no era una cuestión de limpieza sino un grave síntoma de vanidad. Por tanto, esos santos venerables toleraban ser un costal de piojos y calcinaban las plantas de sus pies sin proferir una sola queja, pues el comercio directo con la divinidad era más que un bálsamo para sus sufrimientos. El ego entonces era maldecido: resultaba un estorbo para la verdadera comunión con Dios.

De hecho, para los místicos esa comunión era —y es— más real que la realidad del viento, el sol, el mar o la vida sobre la tierra. Santa Teresa nos brinda un buen ejemplo de ello cuando escribe acerca de un ángel: «Víale en las manos un dardo de oro, largo, y al fin de el hierro me parecía tener poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande a Dios».

Américo Castro, refiriéndose a la anterior confidencia, decía que no importaba quién había sido el causante del febril entusiasmo de la santa, si Jesús o Eros, porque solo nos incumbe aquel pasaje en términos históricos y literarios. Al margen de esta muy educada y discreta opinión, para agregarle más interés al asunto el doctor V. S. Ramachandran, uno de los pioneros en el campo de problemas neurológicos asociados a la memoria no intelectual, propone que los contactos con el Altísimo se deben no a la pureza de las almas ni a la agitación de los sexos, sino a una capacidad insólita de los lóbulos temporales del cerebro

(*Phantoms in the Brain*, 1998). Desde su perspectiva, las visiones y los éxtasis de santos, anacoretas y místicos no serían otra cosa que el efecto de una sobreestimulación del sistema límbico.

Pacientes con ataques de epilepsia originados en esa parte del cerebro tienen vivencias físicas y espirituales muy intensas y, además, proclaman sin dudas su vínculo profundo con el Poder Celestial. «Por fin lo entiendo todo» es una frase común en ellos. Ramachandran agrega: «Me parece irónico que esta sensación de iluminación, esta convicción absoluta de que por fin se les ha revelado la Verdad, se derive de estructuras límbicas especializadas en emociones y no de centros cerebrales del pensamiento racional».

Dios podría ser, en consecuencia, una impresionante invención de nuestras neuronas o, también, un Todopoderoso que únicamente se revela a unos cuantos elegidos. Como fuera, lo que sugieren los estudios médicos es un conjunto de cuatro hipótesis a probar: 1) que, efectivamente, Dios tenga en los lóbulos temporales de los creyentes un *living* de visitas; 2) que dado el ímpetu y el vigor de las emociones de estas personas, el inconsciente busque algún escape y lo encuentre en las ideas religiosas y en la sumisión a un poder encarnado o sublime; 3) que los disturbios nerviosos de algunas personas formen canales de conexión más o menos permanentes entre los centros sensoriales (de la visión y el oído) y las amígdalas del cerebro (la parte del sistema límbico que discrimina el significado emocional de los sucesos del mundo exterior), ocasionando que todo cobre un significado inaudito y extático; y 4) que hayamos desarrollado por evolución un circuito neural exclusivo para las experiencias religiosas.

Las consecuencias naturales de todas estas hipótesis son interesantísimas, aunque la primera no sea comprobable experimentalmente, la segunda se haya convertido en latifundio de psiquiatras y políticos y la tercera, desde 1977, obre como un magma de disputas entre los neurólogos. Ahora bien, la última, amén de ser tal vez la más fascinante, es la que se puede contrastar con mayor facilidad. Bastaría con observar qué ocurre cuando se extirpan quirúrgicamente partes del lóbulo temporal, pues esto se hace cuando los ataques epilépticos son graves y ponen en riesgo la vida del enfermo. ¿Desaparecería la palpitación religiosa del sujeto? ¿Se habría practicado a la sazón, como indica Ramachandran medio en serio y medio en broma, una «Diostomía»?

Las respuestas a todas estas preguntas encabezarían un campo de estudios con imprevisibles alcances, pero tal como se muestran ya los hechos podríamos deducir algo para estropicio del narcisismo: no todo de lo que estamos absolutamente seguros de creer existe más allá de nuestras cabezas; el cerebro hace más que registrar y procesar la realidad exterior: en parte, también *inventa* esa realidad. Un anacoreta, un santo, un místico son raros entre nosotros, pero no son inhumanos; una pobre sensibilidad, una hipotrofia en los lóbulos temporales, un sistema límbico menos efervescente son los únicos elementos que nos diferencian de ellos. Sin embargo, las posibilidades de percibir y visionar algo que no es verdadero y, además, de defender furiosamente su existencia, son características que nos distinguen por igual como especie. Y ello supone que el fanatismo está al alcance de todos y que es bueno saberlo, porque ante estos aspectos de nuestro lado sibilino, la duda, el

humor y la tolerancia son, acaso, las únicas cualidades que nos podrían defender.

La fórmula de nuestro canibalismo

«Este es el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Dichosos los llamados a esta Cena...»

Un viejo médico

Imagino un monasterio frío, en alguna loma cercana a un pueblo de artesanos, comerciantes y vendedores de frituras. Estoy aún lejos de la llegada del Renacimiento, con su amor desenfadado a la vida y al arte clásico; estoy, más bien, en los ambientes de las grandes cruzadas, de las pestes, los alquimistas, el amor de las cortes y el horror de la Inquisición.

Ahora imagino que entro a ese monasterio. Tras el gran portón se abre un patio donde al fondo veo una caballeriza y cerca de ella una pequeña vivienda. Hay un huerto que empieza ahí. Tampoco es muy grande pero deja ver una serie de plantas y árboles frutales. De pronto aparece un monje y se dirige al huerto; recoge con cuidado algunas hierbas y después entra a la vivienda.

¿Qué hace ahí? Pues macera, hierve, concentra o diluye las plantas y las convierte en brebajes o emplastos para curar. Ese monje oficia tanto de médico como de herbolario y en él no hay distinción entre estas dos actividades.

Meticulosamente apunta en un enorme cuaderno cada detalle de las mezclas y los compuestos que logra. Tiene por guía algunos textos griegos, latinos y árabes, pero ex-

perimenta por sí mismo también. Administra a ratones, pollos, cerdos y gallinas los medicamentos y anota los efectos. Si no los mata, prueba con sus hermanos y reza.

Han transcurrido siglos desde entonces y, a pesar de ello, en esencia el procedimiento es el mismo. Ensayo, error y otra vez ensayo y error, no hay más fundamento para la ciencia que este: una interminable apuesta por reducir al mínimo las equivocaciones y tiene su origen en la naturaleza de nuestra especie.

El monje deja reposar un caldo recién hervido. Es una pócima que luego vierte en una botija que cuelga a su cintura, antes de salir de la vivienda. Una vez afuera, se dirige hacia un edificio que (adivino) es donde duermen por la noche todos.

Uno de sus hermanos está desde la mañana con retortijones en el vientre y no cesa de lamentarse. El monje herbolario espera aliviar pronto su dolor con el bebedizo, igual que lo ha hecho con los pobladores que atraviesan las murallas para pedir su asistencia y que lo admiran y le temen porque tiene el poder de la vida en sus manos.

La historia —escribió Borges alguna vez— tiene infinitos protagonistas sin nombre; como todos nosotros, aquel monje se perderá en el olvido de un drama aislado. Lo sabe y no obstante, claro está, si pudiera volvería a nacer.

EPÍLOGO EN CONFESIÓN MENOR Y EXCUSA
SOSTENIDA, DIVIDIDO EN NUEVE MOCHADAS
SECCIONES PARA MAYOR COMODIDAD DEL
IMPROBABLE LECTOR

*No tengo el menor asomo de fe en nada de lo que
yo escribo. Es exactamente como el dinero:
si lo haces tú, parece falso.*

Isaiah Berlin

Este libro, como sin duda habrán notado, se distrae con las citas. Inclusive podría decirse que abusa de ellas, aunque lamentablemente no las fecunda. Esto se debe, según creo, a una notoria pobreza de imaginación e ímpetu. Los verdaderos escritores no carecen de tales virtudes y no pasa un día sin que los envidie, pero mi envidia es estéril. Demasiado civilizado para matarlos, procuro remedarles en todo pero no engaño a nadie. Ni mi saco de pana, ni mis lentes de lectura, ni mi pipa cuadran con mi aspecto de indio viejo. Ni siquiera mis apellidos. Pero es desde ahí, precisamente, desde esa estrafalaria incongruencia —en todo paródica—, que

he tenido que relacionar las palabras y descubrirme cruzando uno de los tantos dominios de la literatura.

Ahora bien, esta literatura, la que me tocó en suerte recorrer, tiene de igual modo una voz a un tiempo tosca y cargada de artificios y no parece un accidente que yo haya decidido ser su albacea. Pero nada más que eso: un deslumbrado albacea. He dejado fluir hacia fuera una extensa tradición sin agregar algo nuevo. Se hace evidente que no soy un creador.

Nunca he dejado de plagiar, por cierto. Incluso cuando creo que no lo estoy haciendo. Días atrás hallé un grupo de viejos papeles donde había anotado mis impresiones sobre la vida. Tenía entonces catorce años y aquel texto, escrito al revés a la manera de Leonardo da Vinci, reproducía casi fielmente algunos párrafos de *Meditaciones del Quijote*, de Ortega y Gasset. Por supuesto, tiré el manuscrito a la basura para borrar toda evidencia.

En estos casos, para calmar los escrúpulos uno puede echar mano al famoso dictamen de Dalí, «Todo lo que no es tradición, es plagio». Pero aquella frase es tan verdadera que resulta superficial y hasta presuntuosa, con una agravante: entre la gente estúpida puede difundir la idea de que son síntomas de genialidad la burda copia, el pastiche fácil y la angostura de talento. Y, a fin de cuentas, hemos de reconocer que a la mayoría de nosotros nos está prohibido ser Shakespeare.

Quizá el conocimiento de esta imposibilidad desesperante me haya inducido, como a tantos otros, a ser un rústico y cansino plagiario. No lo sé.

Estudié medicina humana durante cinco años, aunque decirlo con el verbo es absolutamente injusto: rara vez estudiaba. Mi ocupación principal era divertir a los amigos con caricaturas y otras exageraciones. No por azar pertencí a un grupo cuyo nombre fue tomado en honor de un doble haz nervioso, el décimo par craneano, llamado también neumogástrico o *vago*. Y si logré aprobar la mayoría de los cursos eso se lo debo a la terquedad inolvidable de mucha gente caritativa, la cual, con pizarrón, tiza y cuadros sinópticos, me enseñaba todo lo necesario una o dos horas antes de los exámenes.

En 1985 dejé la facultad, pero antes redacté la que sería mi primera historia: «Absurdo». Tenía cuatro párrafos, el sabor de Rabelais y no sé qué fue de ella. Antes de desaparecer fue leída por un poeta, Jorge Frisancho, quien publicó una nota pequeñita en un periódico local. Dos o tres chicas se me acercaron por eso y sentí que era un buen método para nublar mi fealdad. Pese a ello, no escribí nada más hasta 1987, en Barranco. Entonces redacté «El exilio», que es el primer cuento (y quizá el único) que merece atención en este libro.

No soy un escritor de fines de semana pero, ya que me falta concentración, debería serlo. De la literatura me distraen otros placeres: el amor, la música, el cine, los viajes, el dibujo a lapicero y la charla con mis ya muy viejos amigos. Desde luego, también me distraen de ella los trabajos esporádicos que consigo para cumplir con algunos de mis deberes. La conciencia de que es así me fastidia a veces, porque tengo siempre en cuenta el paradigma de Vargas Llosa como escritor. Pero me resigno pues, lo mire por

donde lo mire, me falta su formidable vocación. En resumen: en literatura soy y seré un aficionado, nada más.

¿Por qué escribir relatos y ensayos literarios en el Perú? Supongo que por mala educación y vanidad. Aunque para ejercer la vanidad literaria como pide nuestro Iván Thays, hay que ser Iván Thays: un enamorado de la narración. Yo no puedo serlo y de veras lo siento. Todavía me afecta el hecho de que en el Perú se lea menos de un libro por año, y que a las personas les importe más el alimento, la diversión y el sexo que la lectura. Como a mí.

Reunir estos textos para hacer un libro fue tarea de barrendero. Primero fue cosa de encontrarlos, desperdigados como estaban por aquí y por allá; luego tuve que aunarlos en un solo sitio para quitarles el polvo; después, tiré los que no servían para nada y dejé conmigo los que no servían para algo; por último, me obligué a buscarles un editor. En todo este proceso fui auxiliado por muchas personas, inclusive por dos o tres que no tuvieron la menor idea de que me socorrían. Entre todas ellas consiguieron dar forma de imprenta al manuscrito, y son tantas que al nombrarlas corro el riesgo de olvidar alguna. Sin embargo, confío en que sabrán que mi memoria es desastrosa, que por algo tomo diariamente Eugerial y que he de parecer ingrato no por falta de voluntad sino de seso.

Pensamos que un narrador suele ser un animal carroñero de experiencias propias y ajenas. En realidad, cualquiera que sea nuestra actividad, todos somos así. La condición fabuladora es intrínseca a nuestra especie, tan cimentada en el embuste y la pantomima. La diferencia, si la hay, es

que un narrador tiene el deber de calzar la belleza en sus historias. Por supuesto, rara vez lo consigue, y este es un punto de referencia para distinguir a los grandes escritores de nosotros los demás. (Otro es la capacidad que tienen para hacer pasar como nuestra, al menos por un tiempo, la descarga de sus venias o reproches alusivos a un mundo gozado y padecido por ellos.) En todo caso, en relación con el uso de las palabras, yo no puedo dejar de sentirme como aquel burro que se encontró con una flauta, rebuznó encima de ella y, tras oírla sonar, creyó que era ya un gran músico.

Las historias de estas *Fábulas y antifábulas* tienen, naturalmente, muchas anécdotas en su origen. Viajes, encierros, querencias, lutos, euforias: nada dejó de ser un misterioso aliciente para narrar. Sin embargo, hubiera sido imposible componer cosa alguna sin la temeraria fe de madre y padre, quienes, con el corazón en la mano, jamás quisieron aceptar que yo fuera lo que muchos decían. Ahora, gracias a este libro, ellos podrán responder que no soy un simple inútil, sino un inútil que de vez en cuando, para colmo, también escribe.

Asimismo, cómo no sentir gratitud por Juan Solano, Miguel Seminario y Efraín Sucla, camaradas en las buenas nuestras y en las malas mías, tras enseñarme que no es la fe la que mueve montañas sino todo lo contrario. Y por Claudia Zimmermann, Gladys Monge, Cecilia Carrillo, Kathleen Bazán, Nancy Stucchi, Rocío Estrada, Carmen Zalles, Dina Koletzki, Malena Sanseviero, Estrella Guerra, Christine Foerster y Lorena Toledo Valdez, que me mostraron que la amistad entre mujeres y hombres es más que posible: sobre todo, es bienhechora.

De Federico Zevallos no sé qué puedo decir excepto que es mi generoso hermano y lector, y que lo imagino a él, al gran Gerardo Salazar, al querido José de Piérola, al infatigable Luis Cieza de León, a Ricardo Sumalavia, a Miguel Molinari, a Walter Sanseviero, a Agustín Prado, a Martín Bedoya, a Mariano Orosco, a Alonso Rabí, a Reynaldo Riba, a Luis Arrieta y a todos los mencionados en un patio al sol, ya setentones y de nuevo en pañales, sentados conmigo y con una jarra de néctar de lúcuma por ahí cerca, viendo pasar a los nietos, ensalivando por nuestras respectivas mujeres y embromándonos como de costumbre. Esta figuración es mi idea de la mayor Bienaventuranza. Y si la muerte con su invariable descortesía impide que se realice tal sueño, dejo testimonio de que me sería gozoso aquel hipotético y a todas luces imposible porvenir.

Y finalmente, acerca de Lourdes Cueva, nuestra Lourdes, mi Lou...

Pues...

*Breve referencia sobre la verdadera causa de este
pequeño volumen de cuentos y demás apuntes*

Fue un albur demasiado parecido al destino el que hizo que nos conociéramos. Ella buscaba un libro en El Virrey y le dijeron que me preguntara. No sé por qué fueron sus manos lo primero que vi de su apariencia; luego, en seguida, sus ojos. Buscaba la obra completa de Heraud y, además, inquirió por Borges; luego salimos a comer un helado y me sorprendió su profesión: ingeniera industrial. Tiempo después la visité en su departamento, tomamos café y

charlamos de arte y literatura. Desde ese día pasó un año hasta nuestro primer roce, un año de crecientes maravillas en el que las preocupaciones políticas, la trova hispanoamericana y la poesía fueron nuestra comunión. Una, dos y hasta tres veces por semana departíamos tranquilamente por las noches, con inocencia, a la salida de nuestros trabajos (ella laboraba en un proyecto de fiscalización económica, como consultora; yo entonces hacía de guionista junto a Roxana Effio y Alfonso Santistevan). No es de extrañar que, poco a poco, a la sazón, haya querido volverme un escritor únicamente para ser digno de su aprecio, pero al cabo de unos meses descubrí jubiloso que, sin preverlo ella misma, a manera de las rosas que florecen sin porqué, Lourdes me quería sin condiciones ni requisitos.

Así, mi relación con la escritura se afianzó gracias a ella. Sin su presencia, adhesión y complicidad, el lenguaje para mí sería tan solo un surtido de ruidos cabalistas o un oscuro baile de máscaras. Y, por otra parte, como si tal cosa fuera poca cosa, sin ti, Lou, no hubiera alcanzado el verdadero sentido de lo que manifestó Dante sobre su Beatrice en el *Paradiso* ni hubiera entrevisto la perfección en aquellas nubes colosales que, encimadas en los vientos y el mar, manchándose con la sangre del atardecer, combaten y hacen el amor indiferentes a nuestra leve presencia. Sin ti nunca habrían sido valientes los nombres de Alatríste, Dantés y Lagardère ni, tampoco, hubiera tenido jamás el regalo íntimo de *Ana Soror*. Pues tú me recordaste que el amor es un deseo y no un sentimiento, y por tanto siempre se halla en trance de agonía y, en consecuencia, requiere voluntad para seguir hospedándonos. Y que el amor es amor a la vida con dudas y murmuraciones, y que, por lo mismo, sin ti (bien lo sabes) ignoraría la calidez de la voz,

la armonía del dibujo y me faltaría la magia de la lectura. Porque para oír, tocar o mirar algo con verdad, uno es insuficiente, Lou, y por eso mismo, por todo ello y muchísimo más, en suma, estás en cada letra y entre cada letra puesta aquí, invisible pero nunca ausente.

Pues sin ti, amor, sin nosotros, este pobre libro enfermaría de muerte y, como aquel triste artista del hambre que refirió Kafka, se hundiría en un lecho marchito y dejaría por completo de existir...

C. S. S.

ÍNDICE

I

El exilio	13
La clave del eternifrete	15
Zarabanda con manuscrito	33
Como un puñal fue tu dicha	43
El cortejo	59
Los invitados de la última Cena	69

II

A propósito de...	143
Epílogo en confesión menor y excusa sostenida...	223

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA
PASAJE MARÍA AUXILIADORA 156 - BREÑA
Correo e.: tareagrafica@terra.com.pe
TELÉF. 424-8104 / 332-3229 FAX: 424-1582
OCTUBRE 2004 LIMA - PERÚ

Otros títulos de esta serie

MAURIZIO MEDO
LIMBO PARA SOFÍA

RICARDO SUMALAVIA
ENCICLOPEDIA MÍNIMA

FELICE IANUA
CUADERNO DE ULTRAMAR

ALEJANDRO SUSTI
CASA DE CITAS





CÉSAR SILVA SANTISTEBAN

Fábulas y antifábulas

Si las fábulas buscan aleccionar a sus lectores en lo correcto, las antifábulas desestiman todo ello y nos invitan a la irreverencia. Si las primeras basan su deleite en la construcción de las ficciones, historias que nos deslumbran, las contrarias lo hacen desmontando o cuestionando el mundo que nos proponen, internándonos en la naturaleza de las ideas. Se supone que entre unas y otras deberían neutralizarse; sin embargo, la conjunción de ambas recarga de nuevos sentidos la lectura de estas historias y nos reta con su peculiar unidad.

Con *Fábulas y antifábulas*, su primer volumen de relatos, César Silva Santisteban se nos presenta como un escritor maduro, inteligente, conocedor pleno de sus recursos narrativos y dueño de una prosa cincelada que, desde ya, destaca en la narrativa peruana última.



ISBN 9972-42-668-8



9 789972 426681 >